

El soberbio Orinoco

Julio Verne

COINCIDEN DOS EXPEDICIONES EN EL ORINOCO

Corría el año 1893 cuando, en Venezuela y en la biblioteca de la Universidad de Ciudad Bolívar, tres famosos geógrafos mantenían una animada discusión que ya duraba tres largas horas.

El tema lo merecía, porque se trataba de aclarar si el soberbio Orinoco, el famoso río de Sudamérica y arteria principal de Venezuela, se dirigía en su curso superior de este a oeste — como los mapas más recientes señalaban— o venía del sudoeste, y en este caso, el Guaviare o el Atabapo no debían ser considerados como afluentes.

Quien más energía desplegaba era el profesor Varinas, quien sudando por su reluciente calva tesoneramente se empeñaba en afirmar:

—Se equivocan ustedes. ¡Es el Atabapo!

—¡Y yo digo que es el Guaviare! —afirmó una vez más el no menos vehemente don Miguel.

Contradiciendo a sus dos colegas, la opinión de don Felipe era la que han adoptado los modernos geógrafos. Según éstos, los manantiales del Orinoco están situados en la parte de Venezuela que confina con el Brasil y con la Guayana inglesa, de forma que este río es venezolano en todo su recorrido.

Pero en vano don Felipe procuraba convencer a sus dos amigos, que además tampoco estaban conformes en otro punto no menos importante, cuando por ejemplo don Miguel afirmaba:

—El Orinoco nace en los Andes colombianos, y el Guaviare, que pretende usted que es un afluente, es todo el Orinoco colombiano en su curso superior, venezolano en el curso inferior.

—¡Error! —volvió a insistir don Varinas—. ¡El Atabapo es el Orinoco y no el Guaviare!

De la pared de la gran sala colgaba un mapa y don Felipe se puso a estudiar la evidencia que le daba la razón contra sus dos colegas. Precisamente, y sólo sobre la provincia de Bolívar, un gran río minuciosamente dibujado trazaba su elegante semicírculo marcando sus afluentes, el Apura, el Guaviare y el Atabapo con otros muchos más que formaban el gran Orinoco.

¿Por qué entonces el señor Varinas y don Miguel se obstinaban en buscar las fuentes de la principal arteria venezolana en las montañas de Colombia, y no en los macizos de la sierra Parima, vecina del monte Roraima, gigantesco mojón de 2.300 metros de altura, donde se apoyan los ángulos de los tres estados, Venezuela, Brasil y la Guayana inglesa?

Justo es advertir que no sólo aquellos dos geógrafos sostenían sus aseveraciones. La discusión duraba más de siglo y medio pese a la exploración de Díaz de la Fuente en 1706 cuando remontó el Orinoco, así como cuando más

tarde lo hizo Robert Schomburg en 1840 y posteriormente el francés Chaffanjón. Venezuela seguía siendo un inmenso país con muchas amplias zonas aún sin explorar en sus 972.000 kilómetros cuadrados, y debido a ello apuntó a sus amigos don Felipe:

—¿Qué les parece si buscamos la solución entre los tres?

—¿Cómo...? —indagó el enérgico don Varinas, bastante perplejo.

—No comprendemos... —dijo a su vez don Miguel.

—Pues es muy sencillo, amigos míos. ¡Los tres organizaremos una expedición!

—¿Se refiere a remontar el río? —quiso concretar don Varinas.

—¡Exactamente! —reafirmó don Felipe, muy satisfecho de su idea—. Se trata de subir hasta el pueblo de San Fernando, hasta el punto en que el Guaviare y el Atabapo vierten sus aguas, a algunos kilómetros el uno del otro. Así les demostraré que esos ríos no son más que

afuentes del Orinoco... ¡Y no el Orinoco mismo!

—¡Herejía! —siguió sosteniendo don Varinas—. ¡No lo podrá demostrar usted, don Felipe!

—¿Y usted qué dice, don Miguel?

—Que ahí está su error. ¡El Guaviare no es simplemente un triste río tributario!

—Por favor, amigos: quiero que termine esta discusión y por eso se me ocurrió lo del viaje. Quizá esta nueva expedición fijará el curso del Orinoco definitivamente..., admitiendo que no lo haya hecho ya el francés Chaffanjón.

—¡No lo hizo! —rechazó al instante Varinas.

—Por mi parte acepto —manifestó don Miguel.

—¡Y yo! —afirmó Varinas.

—Pues no se hable más: haremos los preparativos para el viaje —volvió a decidir don Felipe, con su voz tranquila y penetrante.

No hay que extrañar que esta solución, nacida en el curso de una prolongada disputa,

pronto trascendiera al mundo científico y entre las clases superiores de Ciudad Bolívar, llegando incluso a apasionar a toda la república venezolana. La noticia de que los tres famosos geógrafos iban a partir para intentar resolver la cuestión del Orinoco y sus afluentes del suroeste, produjo un gran efecto en el país.

No obstante, sería exagerar decir que por igual tal cuestión apasionó a toda la población venezolana, compuesta en aquel año de 1893 de 2.250.000 habitantes, entre los que había 325.000 indios, muchos de ellos viviendo en los bosques y la selva, 50.000 negros mezclados por la sangre de los mestizos, blancos, extranjeros o farangos, ingleses, italianos, holandeses, españoles, franceses y alemanes. Y ello porque sólo la menor parte hubiera podido discutir la mencionada tesis hidrográfica.

Pero como los habitantes de Ciudad Bolívar son demostrativos, apasionados y ardientes, los periódicos se mezclaron en la contienda y el pueblo hasta llegó a apostar sobre el posible

vencedor, si es que llegaba a poder demostrar su tesis.

Porque otro problema era: ¿Ofrecía el viaje serios peligros?

Desde luego que sí, sobre todo para viajeros que no pudieran contar más que con sus propios recursos. Pero por otra parte, ¿no valía la pena aquella vital cuestión algunos sacrificios por parte del Gobierno? ¿No era ésa la ocasión indicada para utilizar la milicia, que por aquellas fechas ya contaba con más de 250.000 hombres en sus filas? ¿Por qué no poner a disposición de los tres exploradores una compañía del ejército para protegerles, ayudarles y llevar a feliz término el viaje?

Don Felipe, don Miguel y don Varinas no pedían tanto: viajarían a sus expensas, sin más escolta que los peones, los llaneros, los marineros y los guías que suelen vivir a lo largo de la ribera del río, como otros esforzados de la ciencia ya habían hecho antes que ellos.

De cualquier manera, los tres geógrafos habían decidido no subir más arriba del pueblo de San Fernando, precisamente levantado casi en la confluencia del Atabapo y del Guaviare. Y ello porque, en los territorios atravesados por la parte alta del río, era principalmente donde había que temer los ataques de los indios.

Precisamente en Ciudad Bolívar reinaba alguna inquietud sobre la suerte de dos franceses, que habían partido río arriba hacía un mes. Después de haber pasado la confluencia del Meta, esos viajeros se habían aventurado a través del país de los indios quivas y de los guahibos, ignorándose lo que les había sucedido.

En verdad que si los indios sedentarios del oeste y del norte del gran río son de costumbres más dulces y se entregan a los trabajos agrícolas, no se podía decir lo mismo de los que vivían en las sabanas de la gran curva del Orinoco, pues tales hombres primitivos muchas veces se

convertían en terribles bandidos, tanto por necesidad como por interés.

Pero don Felipe, don Miguel y don Varinas no estaban dispuestos a detenerse ante nada. Y ese afán fue el que los llevó a tomar contacto con otros personajes que, llegando desde la lejana Francia, también venían dispuestos a remontar el soberbio Orinoco.

* * *

Ignorando el revuelo que la próxima expedición de los tres geólogos había levantado en Ciudad Bolívar, sobre la cubierta de un barco francés un joven señaló las costas venezolanas al decir a su compañero de viaje:

—¡Venezuela, Marcial! Pronto remontaremos el Orinoco.

¿Pero quiénes son estos dos nuevos personajes? ¿Por qué llegan desde la lejana Francia y después de haber atravesado el Atlántico aspi-

ran también a remontar el río Orinoco? ¿Cuál es, realmente, el objetivo de tan largo viaje?

De momento bastará con presentarles, dejando que el porvenir vaya, por sí solo, contestando a todas esas preguntas. Aunque no hay duda de que se trata de dos franceses, dos bretones de Nantes de muy distinta edad y apariencia.

El joven tiene facciones delicadas y es de regular estatura, aunque parece dotado de constitución vigorosa para la edad de unos dieciséis años que confiesa. Su cara es algo severa, casi triste, cuando se entrega a sus habituales pensamientos; pero resulta encantadora cuando sonrío y muestra una dulce mirada que colorea sus mejillas al hablar con extraños.

El otro personaje es un cincuentón, que reproduce exactamente el tipo de sargento que ha servido mientras se lo han permitido, tomando el retiro como subteniente. Es uno de esos valientes militares que al licenciarse suelen quedar en las casas de sus antiguos jefes, devotos y

gruñones, pero que llegan a ser el factótum de la familia, que ven educar a los niños —cuando no son educados por ellos mismos—, que les miman, que les dan sus primeras lecciones de equitación haciéndoles cabalgar en sus rodillas, y las primeras de canto enseñándoles las canciones del Regimiento.

Y a este endurecido militar el joven Juan le ha impuesto ahora la obligación de tutearle, de llamarle «sobrino» y él a su vez «tío»: todo eso además de prácticamente obligarle a que le acompañe en aquella arriesgada aventura.

Por eso el buen Marcial protestó nada más indicarle su «sobrino» las costas de Venezuela:

—No me gusta esto. ¡Insisto que este viaje es una locura!

Con dulzura pero al tiempo con decisión, el joven protestó a su vez acercándose a su refunfuñante compañero de viaje:

—¡Era preciso, Marcial! ¡No puedo vivir siempre con esta duda!

Una vez más, el rudo ex sargento tenía que aceptar. Por otra parte, ya era tarde para arrepentirse a la vista de las costas americanas. Recordaba que días atrás le había ordenado comprar todo un equipo de explorador en el mejor almacén de Nantes, probándose el joven aquellas ropas que le permitían ocultar su verdadera identidad. Y también recordaba que cuando le hizo a su «sobrino» las primeras recomendaciones, Juan le había insistido:

—¡Tengo que ir, Marcial! ¡Debemos saber si aún vive el comandante Kermor!

Ante la evocación de este nombre, el ex sargento se había rendido. El comandante Kermor había sido su jefe y mutuamente se habían salvado la vida en los campos de batalla, durante la guerra del segundo Imperio francés, que terminó con el desastre de 1870.

Sí: él también quería apurar las posibilidades de encontrar a su querido jefe, desaparecido de Francia hacía ya muchos años. Y si la única pista que tenían del comandante Kermor estaba

en América, acompañaría al decidido joven hasta allí.

Y eso aunque no le gustase prescindir de su uniforme, tener que llamar «sobrino» al joven y vestir unas ropas que le irritaban y que durante la travesía le hicieron gruñir:

—¡Me revienta vestir así! Y sobre todo que ocultes tu verdadera personalidad..., querido «sobrino».

—Todo eso es necesario, Marcial —le había insistido el joven—. ¿No lo comprendes?

Cuando embarcaron en Francia, el buen Marcial sintió nuevas zozobras. Cierto que se esmeró en rodear a su joven acompañante de cuidados y atenciones, no perdiéndole de vista; pero ni durante un solo minuto dejó de temer lo peor.

¡Que por cualquier fatal casualidad le descubrieran!

En cambio, Juan dio la sensación de que andaba a sus anchas con aquellas ropas, que sabía desenvolverse muy bien y hasta que era un

perfecto muchachito que viajaba con su huraño «tío» por placer.

—¡Menudo placer! —había refunfuñado una vez más el rudo Marcial, días antes de llegar a las costas americanas—. Usted sabe que remontar el Orinoco no será ningún...

—¡Ah, mi buen Marcial! —le había interrumpido su acompañante—. ¿Desde cuándo un «tío» le habla de «usted» a su sobrino?

—¡Ah, perdone! Quiero decir, perdona, Juan.

—No debes olvidar tu papel, o estaremos perdidos. ¡Alguien podría sospechar!

—Es que tengo la cabeza muy dura.

—También debes perfeccionar tu español. ¡En Venezuela no se habla francés!

—¡Uf! Para un viejo soldado que ha hablado el francés toda su vida, resulta terrible aprender ese galimatías.

—Una vez dijiste que el comandante Kermor te enseñó algo de español.

—Pero de eso hace muchos años. Ni había nacido usted y...

—¡Marcial!

—¡Otra vez metí la pata! Perdona, Juan...
¡No logro acostumbrarme!

—Pues tienes que hacerlo, por él...

—¡Por él lo haría todo, querido «sobrino»!
Mira, Juan: si Dios me dijera: «Sargento, dentro de una hora estrecharás la mano de tu comandante, y diez minutos después te partirá un rayo», yo le respondería: «Está bien, Señor; prepara el rayo y apunta al corazón.»

Al oírle, el joven se aproximó al viejo soldado y le enjugó las lágrimas rebeldes que brotaron de sus ojos al decir aquello, mirándole con ternura. A su vez Marcial le atrajo a su pecho y le oprimió entre sus brazos, haciéndole decir al joven:

—Bueno, bueno, Marcial. ¡Me estrujarás!

—Perdone..., quiero decir, perdona, Juan.
¡Soy un bruto!

—Y un sentimental: por eso estás aquí conmigo, en esta barca

Encogiéndose de hombros, con visible resignación en los gestos el ex militar suspiró:

—¡Todo sea por el comandante Kermor!

Cuando los dos viajeros llegaron al fin a tierras americanas, tras desembarcar en la Guayra, el verdadero puerto de Caracas, por un camino de hierro se trasladaron a la capital de Venezuela. Pero el hermoso espectáculo de la bella ciudad no consiguió distraer ni un solo instante al sargento Marcial y a su «sobrino» de lo que habían venido a hacer.

En los días que pasaron allí, se ocuparon en reunir datos relativos al viaje que iban a emprender, y que tal vez les arrastraría hasta las lejanas y casi desconocidas regiones de la república venezolana.

Las indicaciones que poseían eran sumamente escasas e imprecisas, pero esperaban completarlas en San Fernando. Desde allí, estaban decididos a continuar sus pesquisas hasta

tan lejos como fuera necesario; aunque tuvieran que llegar a los más peligrosos territorios del Alto Orinoco.

Y si entonces el sargento Marcial trataba de ejercer su autoridad, si trataba de impedir que Juan se expusiera a los peligros de tal viaje, el viejo soldado conocía de sobra que chocaría contra una tenacidad verdaderamente extraordinaria en un joven de aquella edad.

Y el buen Marcial volvería a ceder otra vez. Con estos pensamientos el joven Juan se puso en camino de Ciudad Bolívar siempre acompañado del ex militar, desde donde debían volver a embarcar en el *Simón Bolívar*, que efectuaba el servicio del Bajo Orinoco, ascendiendo por la corriente del río hacia regiones menos exploradas.

—¡Dios nos proteja! —exclamó el joven al ponerse en camino.

—¡Él te oiga! —se limitó a desear Marcial.

Cuando Juan y Marcial se acercaron a los muelles para embarcar en el *Simón Bolívar*, el gentío allí congregado casi no les permitía avanzar. Gran número de amigos y partidarios de los tres famosos geógrafos se habían dado allí cita para despedirlos, y la gente gritaba agitando banderitas.

—¡Viva el Guaviare!

—¡Viva el Atabapo!

—¡Viva el Orinoco!

Propenso siempre a refunfuñar y sobre todo a proteger a su joven compañero de viaje, el sargento

Marcial a su vez se puso a protestar para evitar tantos empujones:

—¿Pero qué diablos pasa aquí?

Haciéndose cargo de la situación por los vítores y los comentarios de los entusiastas, el joven razonó:

—Debe ser que despiden a alguna expedición científica dispuesta a remontar el Orinoco.

—Pues es lo que nos faltaba; yo preferiría más tranquilidad.

Embarcaron en medio de las exclamaciones de los mozos que llevaban los fardos y de los marineros que acababan sus preparativos para desamarrar, y a pesar del ensordecedor silbido de las calderas y de los mugidos del vapor huyendo por las válvulas, no dejaron de escuchar el tremendo bullicio de los muelles.

Desde cubierta vieron a los tres geógrafos que embarcaban entre otros muchos pasajeros, la mayoría de ellos traficantes que transportaban mercancías al interior del país o las conducían a los puertos de las riberas del gran río.

Venezuela pertenece por completo a la zona ecuatorial, por lo que su temperatura media está comprendida entre los veinticinco y los treinta grados centígrados; pero es variable, como suele ser en los países montañosos. Entre los Andes del litoral y los del Oeste, el calor adquiere la mayor intensidad, es decir, en la superficie de los territorios donde jamás llegan

las brisas marineras. Incluso los vientos generales, los alisios del Norte y del Este, no consiguen suavizar los rigores del clima.

Sin embargo, aquel día, por estar el cielo cubierto y amenazar lluvia, los pasajeros no sufrieron excesivo calor. La brisa que venía del Oeste, en sentido contrario a la marcha del vapor, producía a los viajeros sensación de bienestar.

Unas horas después, el *Simón Bolívar* pasó a la vista de la isla Orocopiche, donde si el Orinoco no llega a tener más que novecientos metros de anchura, más arriba la dobla y hasta triplica y desde la cubierta Juan pudo contemplar claramente la inmensa planicie, en la que aparecían muchos cerros solitarios y lejanos.

Antes del mediodía, el capitán de la nave indicó a los pasajeros de primera que pasaran al comedor, dándose la casualidad de que el sargento Marcial y Juan quedaron sentados frente a los tres famosos geógrafos que cortésmente les saludaron. Pero Marcial se limitó a

soltar un leve gruñido y, siempre muy conciso, cuando don Felipe, don Miguel y don Varinas se presentaron, sólo indicó:

—Me llamo Marcial: éste es mi... sobrino Juan.

Naturalmente, los tres geógrafos eran el centro de atención y fue así que ellos sostuvieron el peso de la conversación. Como se sabía el objeto por el que habían emprendido el viaje, los demás pasajeros se acercaban e intercambiaban palabras con ellos, llegando incluso el sargento Marcial a interesarse y a no encontrar inconveniente en que su «sobrino» también satisficiera su curiosidad.

La comida era variada, pero de inferior calidad. De cualquier manera, es menester no mostrarse muy exigente en los barcos que remontan el Orinoco y, realmente, durante tales navegaciones se considera gran suerte hallar lonchas de carne fresca en el menú que sirven los camareros.

Como la discusión Atabapo-Guaviare-Orinoco seguía entre los tres geógrafos y cada uno aducía sus razones, llegó un momento en el que el sargento Marcial preguntó, al quedar sentado frente a los tres científicos:

—¿Y qué interés puede tener eso? Que un río se llame de una manera u otra, siempre será agua que corre siguiendo una pendiente natural.

Los tres geógrafos se miraron entre sí, pero por ser el más calmoso don Felipe rechazó:

—Sin duda, señor mío; pero si no hubiera estas cuestiones, ¿de qué servirían los geógrafos? Y si no hubiese geógrafos...

—No podríamos aprender geografía —tuvo que reconocer un tanto mohíno el mismo sargento Marcial.

De pronto, con cierto tono irónico, el vehemente Varinas indagó mirando directamente a los ojos al compañero del joven silencioso:

—Usted es militar, ¿verdad?

—Lo soy... ¡Y a mucha honra! —estalló el ex sargento—. ¿Lo dice usted por la pregunta tonta que hice, caballero?

—¡Oh, no! No debe molestarse; simplemente fue curiosidad.

Deseando volver a suavizar la charla, el joven intervino al anunciar a sus compañeros de mesa:

—A mí me sirven de guía las relaciones de los viajes de Chaffanjón.

—¡Excelente explorador su compatriota! —alabó siempre amable don Felipe—. Sin embargo, hoy en día ya está superado. Lo digo porque existen zonas del Orinoco que Chaffanjón no visitó y que es preciso explorar más.

También sonriente, el profesor don Miguel se ofreció al joven:

—Si a usted le interesan las cosas del Orinoco, tanto mis colegas como yo gustosamente quedamos a su disposición. El viaje será largo y podremos tener amenas charlas que...

—A mi sobrino le basta y sobra con el libro de Chaffanjón —volvió a intervenir con cierta sequedad el sargento Marcial.

Confuso por tal brusquedad, don Miguel musitó:

—Perdone, mi ofrecimiento fue...

Una severa mirada del joven hizo que el robusto ex militar se ruborizase, empezando a balbucear:

—Per...perdónenme ustedes a mí. Creo que otra vez metí la pata. Juan y yo les agradecemos sus ofrecimientos, pero... no creo que nos interese el río... tanto como a ustedes.

—Es natural —intervino Varinas—. Al fin de cuentas, aquí los geógrafos somos nosotros.

Lo peor de aquella tensa tirantez que se había creado en la mesa era que la lluvia había empezado en el exterior y nadie podía salir a cubierta. Era preciso seguir sentados allí, observándose mutuamente y manteniendo una forzada conversación que, sobre todo al pobre Marcial, le ponía en vilo.

Y todo por lo que él sabía; por aquella condenada doble personalidad del «muchacho»...

La tarde empezó a caer y el vapor pasó al Oeste de la embocadura del Caura. Este río es uno de los más considerables afluentes de la ribera derecha que vienen del Sudeste a través de los territorios de los Panares, Inao, Arebatos y Tapanitos, y riega uno de los más fecundos y pintorescos valles de Venezuela.

Los pueblos más próximos a las riberas del Orinoco están habitados por mestizos civilizados, muchos de ellos de origen español, y los más lejanos no dan asilo más que a indios aún salvajes, guardianes de ganado, llamados gomeros porque se ocupan también de la recolección de las llamadas «gomas farmacéuticas» que extraen de ciertos árboles.

Más arriba de la embocadura del Caura, el Orinoco presenta una anchura de unos tres mil quinientos metros, dado que normalmente las pertinaces lluvias tropicales contribuyen en

gran medida a su gran caudal, elevándose muchas veces el nivel de las aguas.

Debido a esto fue preciso que el capitán del *Simón Bolívar* maniobrara con suma prudencia, bordeando la isla Tucuragua a la altura del afluente de tal nombre. El barco experimentó algunos choques con troncos de árboles que arrastraba la corriente, en el instante en que don Miguel anunciaba a sus compañeros de mesa:

—Nosotros tres partiremos de San Fernando. ¿También van ustedes hacia allí?

—Pues nosotros...

El joven Juan se interrumpió al tener que mirar a su compañero de viaje que bruscamente se había levantado, para anunciar sin más transición a los científicos:

—Discúlpennos, señores... Ya es tarde y tenemos que retirarnos.

Los tres geógrafos quedaron vivamente sorprendidos. Estaba muy claro que aquel hombre recio y arrogante no aceptaba ninguna clase de

pregunta sobre los motivos de su viaje con el muchacho, dando pruebas de una actitud que muy bien podía calificarse de grosera.

¿Pero por qué?

—Buenas noches —escucharon musitar al joven, ruborizándose por la actitud seca de su forzado compañero—. Han sido ustedes muy amables y yo...

—Vamos, Juan; tienes que dormir —insistió Marcial. Y con leve inclinación de su enérgica cabeza, a su vez se limitó a desear—: Buenas noches, señores.

Nada más quedar ante la mesa solos, la conocida vehemencia del profesor Varinas quedó una vez más de manifiesto al estallar:

—¡Qué grosero! ¿Habéis visto? Ni tan siquiera dejó contestar al muchacho a la pregunta que le hizo usted, don Miguel.

—Creo que ese muchachito está dominado por su tío.

—¿Tío? —volvió a ironizar Varinas—. Si lo es, resulta un tío que muestra aspecto de gruñón tutor.

—Compadezco al joven que ha caído bajo su rígida tutela —contestó a su vez don Felipe—, pues tiene que soportar sus brutalidades.

—Pues yo les digo que ese tío y sobrino excitan mi curiosidad. Si remontan el Orinoco, será para algo, ¿no?

—No se preocupe usted, Varinas —recomendó don Felipe—. Y no olvide que realizamos este viaje como geógrafos... ¡No como detectives!

—Don Felipe tiene razón —apoyó don Miguel.

—¡Es que me irritan estas cosas! Trata al muchacho como si fuera un niño y a mí me parece...

Fuera del salón comedor, la charla se desarrollaba a su vez entre el muchacho y Marcial, que empezó a pedir:

—Perdona, pero tenía que hacerlo.

—¿Por qué, Marcial?

—Porque charla que te charla, tienes un fallo y esos tipos son muy listos.

—¡Y muy amables! Y en cambio, tú...

—¿Qué pasa? ¿No estoy representando bien mi papel?

—Regular solamente, porque te muestras muy nervioso.

—¡Y hay para estarlo! Menuda risa, si llegan a saber quién eres realmente.

—Tranquilízate, hombre; ya has oído que esos geógrafos también se dirigen a San Fernando.

—¡Lo oí!

—Pues es posible que hayan oído hablar del comandante Kermor.

Ante el silencio de su recio compañero, el muchacho añadió:

—Sabemos que el comandante Kermor pasó por San Fernando hace unos catorce años. ¡Esta carta lo atestigua!

—Sí, pero...

—¿Crees que se encontrará todavía allí, Marcial?

—No sé... ¡Es mucho tiempo! ¡Son muchos años!

—No sé lo que daría por tener una pista más concreta que esta carta que llegó a mis manos.

—Ahora vamos a descansar.

Al día siguiente, en las primeras horas, el *Simón Bolívar*, cuyos fuegos habían sido mantenidos, volvió a ponerse en camino después que la tripulación hubo embarcado y apilado en el primer puente la madera cortada en los bosques ribereños.

El vapor había anclado durante la noche en una de las dos bahías del pueblo de Motaico. Cuando salió de ella, el coquetón conjunto de casitas —en otra época centro importante de las misiones españolas— desapareció pronto tras un ángulo de la ribera.

Durante el día se pasó por la aldea de Santa Cruz, formada por una veintena de casas en la ribera izquierda, para más tarde rebasar la isla

de Guaranés, en otra época residencia de los misioneros.

Llegó un momento en que fue preciso franquear varios raudales, producidos por la inesperada estrechez del río más grande y caudaloso de Venezuela. La madre Naturaleza empezaba a mostrarse caprichosa, tanto por lo que respecta al Orinoco como las grandes extensiones de tierra que fecundaba. La selva se hacía a cada hora más densa y tupida y parecía que todo lo ahogaba aquel verdor propio de las zonas tropicales, donde se agrupaban poderosos y altos árboles, prueba de la rabiosa fertilidad del suelo.

Desfilando ante ellos en sucesión sin límite, Juan y Marcial podían ver troncos chaparros retorcidos, como el del olivo, cubiertos de hojas consistentes y de fuerte olor que llegaba desde las orillas hasta ellos. Palmeras copernicias de extendidas ramas formando gavillas y desplegadas como gigantescos abanicos; palmeras moriches que forman lo que se llama el «mori-

chal», es decir, un pantano, pues tales árboles tienen la propiedad de extraer el agua del suelo hasta formar fango a sus pies.

Además veían copaíferas, gigantescas mimosas, con una honda hendidura, hojas de fina contextura y de un rosa pálido. En los bosques se veían a millares elegantes ramilletes de sensitivas, adormideras y árboles del tinte.

Entre toda esta vegetación saltaban bandadas de monos, casta que pulula en los terrenos venezolanos, y de la que hay más de seis especies, tan inofensivas como ruidosas, cuyo estridente parloteo asusta a los que no conocen los bosques tropicales. Y al mismo tiempo, también de rama en rama saltaba todo un mundo alado; trupiales, que son los primeros tenores de estos orfeones aéreos, y cuyo nido pende en el extremo de un largo bejuco; escochetes de las lagunas, pájaros encantadores y graciosos; y ocultos en las hendiduras de los troncos y en espera de la noche para salir, numerosos guarharos, llamados así en esas zonas, pero más

conocidos por petreles, que cuando se lanzan desde las altas copas de los árboles parecen ser lanzados como las flechas, como movidos por resorte.

Observando todo aquel maravilloso panorama, el sargento Marcial suspiró:

—Me gustaría andar por una de esas riberas, cazando con mi fusil.

—¿Para matar monos? —quiso divertirse su joven amigo.

—Monos, no. Pero estoy seguro que, internándonos en esas selvas, encontraríamos caza mayor.

Aun no habiendo estado nunca en las selvas que bordean el soberbio Orinoco, el sargento Marcial tenía razón. Cualquiera que se interne en ellas muy bien puede tropezar con los felinos, grandes y pequeños, tales como los jaguares, los pumas y los ocelotes, siempre al acecho en los grandes bosques. Y hasta tal vez tropezar con osos, aunque tales plantígrados suelen tener el genio amable.

Respecto a los habitantes humanos de aquellas zonas que iban dejando atrás, eran generalmente mestizos, mezclados a algunos centenares de indios, más dispuestos a ocultarse en el fondo de sus cabañas de paja, que a mostrarse fuera, sobre todo las mujeres y los niños.

—¡Bah! Esos tipos son pequeñajos e inofensivos —exclamó hasta con cierto desdén el ex militar.

—¿Qué esperabas? ¿Gigantes con fuerzas de titán?

—El que tiene un hambre de titán soy yo.

—Pues vamos al salón-comedor y...

—¡No! Prefiero que nos sirvan en nuestros camarotes.

—No es muy civilizada tu actitud, Marcial —reprochó el joven—. Nos echarán de menos y eso es tanto como hacerles un feo a esos hombres que tan amablemente compartieron nuestra mesa.

—Lo sé y lo siento. Pero no puedo evitar que me tiemblen las carnes cada vez que pienso que si te descubren...

—Son buena gente. Creo que hasta podríamos fiarnos de ellos.

—¡No! —volvió a rechazar—. Se reirían de mí, o me llamarían loco por haberte permitido este viaje.

—¿Pero por qué, mi buen Marcial?

—Porque tú sólo eres una...

No pudo terminar: la mano del muchacho tapó su boca y con la voz susurrante le pidió:

—¡Chist! ¡Calla! Puede oírte alguien, por favor.

—¿Lo ves? —se desquitó el hombre rudo—. A ti también te asusta que descubran tu secreto.

Naturalmente que los tres geógrafos echaron a faltar en el salón-comedor al ex militar Marcial y a su joven sobrino, pero Varinas se limitó a comentar, mientras daba cuenta de un buen filete:

—¡Lo dije! Esa pareja nos oculta algo.

—Vamos, vamos, don Varinas —intervino conciliador don Felipe—. Tienen derecho a comer en sus camarotes, si así lo desean.

—No les gustará nuestra compañía —apuntó don Miguel.

—¿Y por qué no? Creo que somos gente culta y civilizada, corteses y amables. Nuestro comportamiento creo que fue totalmente correcto con los dos. Incluso el muchacho nos resultó simpático y yo...

—Don Varinas.

—Diga, don Felipe.

—¿Quiere dejar de darle vueltas al asunto? No nos interesan los problemas ajenos, sino llegar a fijar, y de una vez por todas, si el Orinoco es el Orinoco o bien...

Alzando la mano con el tenedor en ristre, al instante don Varinas apuntó:

—¡Esa es la principal cuestión, don Felipe! Al llegar a San Fernando les demostraré que el Atabapo es...

—¡Y dale! —cortó don Miguel—. Seré yo quien demuestre que es el Guaviare quien...

Y siguieron así, cada uno sosteniendo sus «razones» en una discusión que parecía no tener final, pero que precisamente por eso servía a los tres geógrafos para mantener vivas sus respectivas esperanzas durante el viaje.

El viaje prosiguió siempre Orinoco arriba sin ningún percance, hasta que el *Simón Bolívar* fue acercándose a la ensenada de una población llamada Las Bonitas.

2

INVITADOS POR EL GOBERNADOR

Justamente en Las Bonitas, tenía su residencia el gobernador del territorio del Caura, zona regada por este importante tributario del Orinoco.

El pueblo ocupa, en la orilla derecha del río, el sitio en el que en otra época se asentaba la misión española de Altagracia. Podía decirse que los misioneros habían sido los verdaderos

conquistadores de aquellos pueblos americanos que el correr del tiempo y la historia convertiría en hispanoamericanos. Esto es: en venezolanos, en aquel caso.

En ese apartado rincón venezolano las novedades diarias no eran muchas, por lo que sí constituía una de ellas, ¡y de las más entretenidas y apreciadas!, el hecho de la llegada de algún barco. Debido a esto no resultaba extraño que el mismo gobernador en persona acudiese a los muelles, sobre todo conocedor de que tres famosos geógrafos remontaban el río al objeto de sus estudios hidrográficos.

Nada más descender del barco Marcial y Juan vieron al grueso y orondo gobernador de Las Bonitas recibir y dialogar animadamente con los tres geógrafos, aunque mirando de vez en cuando a los dos franceses como con la intención de acercarse a ellos, para también saludarles. El vivaz ex sargento comprendió la maniobra y quedamente avisó a su joven acompañante:

—¡Atención! Ese gordinflón trata de acercarse a nosotros y seguramente nos coserá a preguntas.

—No sería correcto rehuírse, Marcial.

—Pero mejor sería que se ocupase de sus cosas.

—Si el gobernador nos interroga, está en su derecho. Por otra parte, no me negaré a contestar. ¡Hasta es posible que obtengamos de él algunos informes!

Gruñó sordamente el ex sargento, se acercó más al joven con aire protector al ver que decididamente el hombre grueso caminaba hacia ellos, para indagar con amable y obsequiosa sonrisa muy venezolana:

—Ustedes son franceses, ¿verdad?

—¡Sí, señor gobernador! —respondió el joven, descubriéndose cortés ante el grueso personaje, elegantemente vestido.

—¿Y su compañero, joven?

—Mi «tío» también es francés, señor. Un antiguo sargento retirado.

Aunque el ex sargento Marcial aún estaba poco familiarizado con la lengua española, comprendió perfectamente que se referían a él. Así que enderezó el corpachón, convencido de que un sargento del 72 de Línea valía tanto como un general o un gobernador venezolano. Ante su taconazo siguió escuchando que aquel hombre decía:

—No creo ser indiscreto al preguntarles si piensan seguir su viaje río arriba.

—Por supuesto, señor; no lo es. ¡Seguiremos!

—¿Por el Orinoco o por el Apura? —insistió.

—Por el Orinoco.

—¿Quizá hasta San Fernando de Atabapo?

—Hasta ese pueblo, señor gobernador —siguió contestando el joven—. Y tal vez más lejos, si los informes que esperamos recoger allí lo exigen.

Los tres geógrafos también se habían acercado, y al gobernador, lo mismo que a don Felipe, no podía menos que impresionarles vivamente el tono resuelto de aquel joven y la sencii-

llez de sus respuestas, porque realmente toda su actitud inspiraba simpatía. Pero precisamente contra esas visibles simpatías trataba Marcial de defender a su «sobrino». Parecía que no quería que se le mirase tan de cerca, ni que otros extranjeros, gobernadores o no, demostraran el buen efecto que les causaba su gracia natural y personal encanto. Y lo que más irritaba al ex militar era que don Felipe no ocultaba los sentimientos que le inspiraba el joven.

Para él, el gobernador de Las Bonitas poco importaba, porque se quedaría allí, en aquel poblado cumpliendo sus misiones; pero aquel don Felipe era algo más que un simple pasajero del *Simón Bolívar*, puesto que con los otros dos geógrafos debía remontar el río hasta San Fernando y eso implicaba que las preguntas podían seguir.

Por lo demás, como en aquellos instantes no podía enviar a su Excelencia a paseo, tuvo que dejar que el joven tomase parte en aquella con-

versación que visiblemente le irritaba. Y más cuando el gobernador preguntó directamente:

—¿Van ustedes a San Fernando?

—Sí, señor gobernador.

—Bien, pues... Debido a mi autoridad, me permito preguntarles, ¿con qué objeto?

El joven no se inmutó al apuntar:

—Con el objeto de obtener algunos datos, señor.

—¿Datos...? ¿Sobre qué, joven?

—Sobre el comandante Kermor, señor.

Quedó algo pensativo el grueso personaje, se pellizcó el labio inferior con los dedos, antes de repetir quedamente:

—¿El comandante Kermor...? Es la primera vez que oigo pronunciar ese nombre. Y la verdad, no tengo noticia de que, desde Chaffanjón, ningún francés haya sido visto por allí.

—Pues el comandante Kermor, sin ninguna duda, estuvo en San Fernando, incluso algunos años antes.

—¡Vaya, vaya, joven! ¿Y en qué funda usted su afirmación?

—En la última carta del comandante Kermor que se ha recibido en Francia. Carta dirigida a uno de sus amigos en Nantes... y firmada por él.

—¡Todo esto es muy interesante! —exclamó el gobernador.

El personaje se dio cuenta del vivo interés que también ponían en la charla los tres geógrafos, por lo que inesperadamente invitó:

—¿Pero qué hacemos hablando aquí? ¿Me hacen el honor de ser mis invitados?

Nuevo movimiento de recelo por parte del inquieto Marcial, que el joven atajó al aceptar:

—El honor será para nosotros, señor gobernador.

—Le agradezco que acepten, joven. ¡Ah! Son tan pocos los extranjeros que nos visitan, que les recibo con los brazos abiertos, créanme.

—No queremos causarles molestias. Nosotros...

—Señor... —le atajó el grueso personaje—. Su rigidez militar me asombra. Bien está para un viejo soldado como usted seguir en el barco, mientras no prosigue el viaje. ¿Pero qué me dice de este jovencito, que podrá asearse, bañarse, cambiarse y descansar mucho mejor en mi residencia?

—Precisamente por eso, señor...

—¡No se hable más! —cortó la autoridad suprema de Las Bonitas—. No es que disponga de un palacio, pero sí de una buena casa, donde todos ustedes serán bien recibidos.

Al oír aquello, con más alarma en los ojos, el recio Marcial indagó, al señalar a los tres geógrafos:

—¿Y ellos..., ellos también señor?

—¿Por qué no? —preguntó con extrañeza el gobernador—. ¡Son famosos científicos los tres! Tanto don Felipe como don Miguel, ¡y no digamos don Varinas!, serán el ornato de mi casa, si aceptan.

—Encantados, Excelencia —casi dijeron a la vez los tres.

—Pues no se hable más: en mi casa y ante una buena mesa, continuaremos nuestra agradable charla. ¿Les parece?

Marcial fue a objetar aún algo, pero un discreto pisotón del joven le hizo frenar la lengua al oírle decir:

—Es usted la amabilidad en persona, señor.

—Y usted parece un excelente muchacho. Para sus pocos años, demuestra una educación y una madurez dignas de elogio, jovencito.

La mirada que de soslayo le lanzó el gobernador al serio Marcial, fue todo un poema. Era como si con los ojos mudamente le estuviera reprochando: «Pero usted no, amigo. ¡Usted es rudo y hasta grosero! De no ser por su joven amigo... ¡No le invitaría a mi mesa!»

El almuerzo fue sencillo, pues no se puede esperar de un gobernador de provincia tan remota como aquélla, lo que del presidente de la República de Venezuela; pero los invitados

fueron objeto de una cordialísima acogida e incluso los criados de la casa se mostraron en todo momento atentos a servir los deseos de los invitados, quienes, efectivamente, con mayores comodidades que en el barco, pudieron asearse, cambiar de ropa y presentarse a la mesa frescos como rosas.

Claro está que, inicialmente, primero se habló de la misión de los tres geógrafos. Pero el gobernador, como hombre listo, se guardó muy bien de tomar la defensa del Orinoco, del Guaviare o del Atabapo, para que la discusión entre los tres científicos no prosperase.

Lo esencial era que aquella charla no terminase en disputa y, quizá por eso, deseando cambiar el curso de la charla, el dueño de la casa volvió a apuntar, mirando alternativamente a Marcial y a su joven acompañante:

—De manera que ustedes dos también seguirán río arriba, hasta San Fernando, ¿verdad?

—Así es, señor —afirmó el joven.

—Y creo recordar que me dijo que era para buscar datos sobre..., sobre...

—Sobre el comandante Kermor, señor.

—¡Ah, sí! Kermor... Kermor. Un francés quien, por lo visto, escribió una carta a un amigo en Francia, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Deduzco de ello que ese comandante Kermor permaneció algunos años en San Fernando?

—Debió ser así, puesto que esa carta aparece fechada en el día 12 de abril de 1879.

Al oír aquello, el dueño de la casa exclamó:

—¡Eso me asombra, amigos míos!

—¿Por qué, señor?

—Mi querido muchacho, porque en esa fecha yo me encontraba, precisamente, en San Fernando. Sí; tenía el puesto de gobernador de Atabapo entonces. Y les digo que si un francés, tal como ese comandante Kermor que nombran, hubiera aparecido por mi territorio, con toda seguridad yo me habría enterado. ¡Y les

doy mi palabra que mi memoria no recuerda nada de eso!

La precisa información del gobernador pareció causar una profunda impresión al joven. Su rostro delicado, animado durante la conversación, pareció perder el color. Sus ojos se humedecieron y se le vio hacer un gran esfuerzo para poder decir:

—Mi tío y yo agradecemos mucho el interés que se toma por esto, señor. Pero aunque usted no haya oído hablar nunca del comandante Kermor, estoy seguro de que él se encontraba en San Fernando el día 12 de abril del año 1879.

—¿Seguro, joven?

El muchacho extrajo un sobre de uno de sus bolsillos al afirmar:

—¡Seguro, señor! Puesto que desde dicho punto envió la última carta que de él se ha recibido en Francia. ¡Ésta!

Reinó el silencio en la mesa y todas las miradas quedaron clavadas en la carta que les

mostraba el joven, hasta que fue roto por don Felipe al decir:

—¿Y qué hacía un comandante francés en San Fernando por esas fechas?

Como siempre andaba receloso desde que habían emprendido aquel largo viaje, el ex sargento Marcial fulminó al geógrafo con los ojos al exclamar:

—¡Ah! ¿También usted quiere hacer preguntas, amigo? El señor gobernador pase, pero ustedes...

Pero una vez más tuvo que frenar su mal humor ante la muda indicación de la mano de su joven acompañante, que pretendió contestar a la pregunta al decir:

—Ignoro lo que hacía el comandante Kermor en San Fernando, por esas fechas, don Felipe. En todo caso, es un secreto que quizá mi tío y yo descubramos si Dios permite que nos reunamos con él.

—Ante todo, les diré que mi pregunta no fue para molestarles —aclaró el geógrafo, mirando directamente a los ojos de Marcial.

—¡Pero fue una pregunta impertinente! —insistió el ex militar.

—¡Caballeros! —exclamó el gobernador, imponiendo la paz.

Luego guardó silencio, pareció reflexionar y directamente clavadas las pupilas en el muchacho, indagó:

—Dígame, joven... ¿Qué lazo le une a usted con ese comandante Kermor?

El joven pareció dudar, y antes de contestar miró un instante a su recio y serio acompañante, pero al fin informó para sorpresa general:

—¡Es mi padre!

—¿Su... su padre? —repitió como un eco don Varinas.

Tras el breve silencio que siguió a tal afirmación, el grueso gobernador pareció que volvía a meditar, como haciendo esfuerzos para recordar al decir:

—Pues insisto en que en esa fecha que dice no conocí a nadie en San Fernando que se llamase Kermor. Sólo recuerdo que llegó un francés, pero a ése todo el mundo le conocía, porque se trataba del famoso explorador Chaffanjón.

—¿Fue cuando realizó su ascensión Orinoco arriba? —quiso concretar don Felipe.

—¡Exactamente! —confirmó el dueño de la casa.

—¿Y está seguro que no llegó ningún extranjero más? —insistió el joven.

—Pues no... Aunque recuerdo perfectamente al padre Esperante.

—¿Esperante?

—Sí, un misionero, quiero decir.

—¿Francés, señor?

—No, mi joven amigo. Al menos, que yo recuerde hablaba el español.

—No pudo ser mi jefe —manifestó con cierto orgullo el calmado Marcial, al añadir—: El

comandante Kermor siempre fue un francés...
¡Y de pies a cabeza!

—He oído hablar del padre Esperante —dijo al salir de su prolongado silencio don Miguel—. ¿No fundó más tarde una misión río arriba, en Santa Juana?

—¡Exactamente! —confirmó el gobernador.

La firmeza nuevamente apareció en los ojos expresivos del joven, que expresó su decisión al informar:

—Pues si en San Fernando nadie nos puede dar razón de mi padre, tendremos que seguir subiendo hacia esa misión.

Todos volvieron a centrar las miradas en el joven, con cierta alarma. Incluso el silencioso indio que les servía lo hizo y, también mudamente, aquel criado se santiguó. Todo aquello resultaba tan expresivo en sí, que el dueño de la casa se consideró obligado a decir:

—¿Más arriba de San Fernando? ¡Eso es muy peligroso, joven!

—¡Arriesgadísimo! —remachó don Varinas.

—¡Una locura! —opinó don Miguel.

—No es aconsejable —terció más prudente don Felipe.

Marcial buscó con sus vivaces pupilas los ojos de aquellos tres entendidos uno a uno, antes de formular a su vez una pregunta que deseaba decir muchas cosas:

—¿Los indios, señores...?

—Las tribus salvajes y otras cosas —informó don Felipe.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, ya han viajado lo suficiente por el Orinoco, como para darse cuenta del ambiente que les rodea. En toda su costa la vegetación es exuberante, tupida..., ¡inmensa! En estas circunstancias, la Naturaleza se muestra fértil y hasta si usted quiere, hermosa y maravillosa... ¡Pero es un peligro!

—Don Felipe quiere referirse a las lagunas, a los mosquitos, a los muchos insectos. También a los animales, a las crecidas inesperadas de los

ríos, a sus desbordamientos y a mil peligros más —amplió a su vez don Miguel.

—Nada de todo eso nos importa —rechazó con firmeza el joven.

—Pues deben tenerlo muy en cuenta —insistió don Felipe—. ¡Por algo a este río se le suele llamar «El Soberbio Orinoco»!

—Es como un mundo aparte —terció don Varinas, secundando a sus compañeros.

Escuchando aquellos argumentos, pero guiado por los que le dictaba el corazón, ahora fue el joven el que buscó los ojos de todos al inquirir:

—¿Pero no comprenden? ¡Se trata de localizar a mi padre!

Pasando una de sus manazas sobre el hombro de su joven compañero, como deseando justificar la vehemencia en las exclamaciones anteriores, Marcial informó:

—Hace dieciocho años que mi jefe, el comandante Kermor, abandonó sin ningún moti-

vo aparente Francia sin despedirse ni de sus más íntimos amigos. ¡Ni tan siquiera de mí!

Por el silencio que siguió comprendió que esperaban que siguiera y amplió:

—Todos los esfuerzos para conocer al principio los motivos de su desaparición y su paradero, fueron inútiles.

Recordando, el gobernador señaló al joven al decir:

—¿Y esa carta qué dijo?

El muchacho volvió a mostrarla, al informar:

—Está fechada en San Fernando hace catorce años. Pero nos ha llegado hace poco tiempo a nuestras manos.

—¡Uf! Es un dato muy débil, joven.

—Y algo confuso —objetó don Miguel.

—Como una quimera —dijo don Varinas.

—Catorce años es mucho tiempo —apuntó el gobernador.

—Pero siempre hay una posibilidad —insistió el joven—. Por eso pensamos que de-

bemos empezar allí las pesquisas, en San Fernando, donde mi padre envió esta carta.

—Mi joven amigo, usted y su tío han demostrado mucho ánimo... ¡y mucha esperanza!, al emprender un viaje tan largo. Cruzar el Atlántico desde Francia a Venezuela ya es dejar medio mundo atrás, pero les aseguro que eso no es nada comparado con los riesgos que pueden correr, si realmente intentan subir por el río más arriba de San Fernando.

La parrafada había sido de Don Felipe y mirándole directamente a los ojos, el joven afirmó:

—¡Los correremos! ¡Nada nos detendrá!

—¿Nada?

—¡Nada, don Felipe!

—Me admira su valor, joven: pero hay un factor contra el que el ánimo más decidido, nada puede.

—¿A qué se refiere, don Felipe?

—A algo contra el que no se puede luchar.
¡El tiempo!

—¿Se refiere a esos catorce años, desde que mi padre escribió esta carta?

—¡Exactamente! Su padre pudo haber pasado por San Fernando, puesto que lo demuestra esa carta que tiene que fue fechada allí. Pero un militar, un hombre como debió ser el comandante Kermor... Créanme que me cuesta trabajo admitir que puede pasar nada menos que catorce años en un lugar tan remoto y perdido como ése.

—Sus razonamientos son justos —terció don Miguel.

—¡Lo mismo opino! —remachó don Varinas.

—A no ser que...

El grueso gobernador se interrumpió, para solicitar antes de seguir:

—¿Me prometen que no se ofenderán?

Marcial y el muchacho se miraron sin comprender, hasta que el joven animó:

—Adelante, señor. Le damos nuestra palabra.

—Pues... a no ser que el comandante Kermor esté huyendo de algo y por ese motivo desapareciera de Francia sin despedirse de nadie. Esa podría ser una razón: como lo sería pasar catorce años medio escondido en San Fernando, desde donde decidiera escribir esa carta que a ustedes les ha puesto sobre su pista.

Nada más terminar de exponer sus pensamientos, Marcial olvidó la promesa hecha por su «sobrino» de no ofenderse y creyó conveniente ponerse en pie para casi gritar:

—¡Eso que ha dicho es ofensivo, señor!

—Por favor, Marcial —rogó el joven.

—¡No! ¡Esto sí que no lo soporto! ¡Nadie puede dudar de la honorabilidad de mi jefe! ¡El comandante Kermor siempre fue un caballero, señores!

—Pero hombre... ¡No se ponga así! —empezó a excusarse el dueño de la casa medio sonriente—. Sólo fue una idea, intentando encontrar explicación a todo esto y...

—¿Y le parece digno apuntar que el comandante Kermor puede estar huyendo de «algo»? ¡Huir es de cobardes, y mi jefe nunca lo fue!

—Yo no dije que sea un cobarde, hombre. Sólo sugerí que quizá... a veces pasan cosas en la vida que...

—¡No pretenda arreglarlo!

—Sólo pretende excusarse, Marcial —terció el joven.

Marcial decidió sentarse muy digno y tieso, pero ni aun así el gobernador perdió su buen humor. Como buen venezolano era dado a la broma y su comentario fue sin dejar de sonreír al ex militar:

—Amigo mío, ¿sabe que resulta usted graciosamente quisquilloso? De no tratarse de un problema tan serio como el de localizar al padre de su sobrino, le aseguro que al verle tan ofendido... ¡Me habría dado una buena panzada de reír!

—Pues no son graciosas insinuaciones, señor.

—Le repito que sólo intenté buscar una explicación a la misteriosa desaparición del comandante Kermor, así como su estancia en un lugar tan remoto como San Fernando.

—Yo admito también que son demasiados años para que mi padre siga allí —terció el muchacho—. Pero como por algún sitio debíamos empezar, mi... tío y yo pensamos que al menos allí podrán darnos alguna pista.

Superada al fin la leve tensión entre el dueño de la casa y el iracundo Marcial, al llegar a los postres de aquella comida los criados indios, siempre eficaces y silenciosos como estatuas, sirvieron buena cantidad de plátanos, ya al natural, ya con el condimento de jarabe de melaza, que transformaba los frutos en una especie de confitura.

Y como todos los presentes daban por sentido que ningún otro argumento podría hacer desistir al joven de proseguir su viaje, incluso osando palmear las recias espaldas del serio

Marcial con una de sus manos regordetas, el simpático y humorista gobernador prometió:

—Les ayudaré en lo que pueda, mi pundonoroso amigo.

—¿Cómo, señor? —quiso concretar el impaciente joven.

—Pues no sé... Pidiendo a los indios que están bajo mi mando que investiguen por ahí. En el interior, más allá de las riberas del río, hay poblados indígenas: quizá alguien haya oído hablar del comandante Kermor, ¿no?

—Se lo agradeceremos mucho, señor.

—¡Bah! No tiene importancia. ¡De algo ha de servir mi mando en esta región! De esta forma, si tienen que regresar sin averiguar nada, quizá yo pueda decirles algo.

—Es usted muy amable.

—Entre otras muchas cosas, lo primero que van a necesitar es contratar una embarcación.

—¿No sigue el *Simón Bolívar* más arriba?

—Continúa el viaje, pero no precisamente hacia San Fernando. Desde aquí tuerce por el

tributario Cuchivero, para navegar luego por el Manapire y pasando la isla Taruma finalizar el viaje en los muelles de Caicara.

—¡Qué fastidio! —volvió a refunfuñar Marcial.

—No vuelva a preocuparse, hombre —le animó nuevamente el gobernador—. Aquí podrán contratar una piragua.

—Yo conozco un mestizo, cuyo negocio es navegar por el río —apuntó don Felipe—. Y como nosotros también...

Se interrumpió al oír que Marcial rechazaba:

—Gracias, don Felipe. Ya nos apañaremos.

3

DOS PIRAGUAS RÍO ARRIBA

Al día siguiente, una vez los cinco invitados del gobernador se despidieron de su amable anfitrión, tanto los tres geógrafos como Marcial y el joven muchacho se dispusieron a alquilar una embarcación.

Pero el reclutamiento de los marineros necesarios no resultaba cosa fácil: era menester buscar hombres diestros y osados, pues la mayoría del tiempo las piraguas tienen que navegar contra el viento durante la estación de las lluvias, y siempre contra la corriente durante los quinientos kilómetros que había desde Las Bonitas hasta llegar a San Fernando.

Quinientos kilómetros de río durante los cuales a veces hay que enfrentarse con impetuosos raudales muy peligrosos, así como tramos llenos de puntiagudas rocas o caprichosos bancos de arena, que obligan a rodeos y enormes esfuerzos, y es que el Orinoco tiene sus caprichos, sus cóleras como el océano, y no se le afronta sin innumerables riesgos y peligros.

No obstante, un gran número de indígenas tienen como único oficio el contratarse para navegar por el río. ¿Pero puede uno fiarse totalmente de tales marineros? A decir verdad, sólo medianamente. Y ello porque a veces resultan rapaces, no muy expertos y suelen deser-

tar cuando las dificultades aumentan y llegan a temer por su propia vida.

Por otra parte, como los viajeros tienen que tratar con el patrón de tales piraguas y el precio del flete se fija, no por la distancia que se ha de recorrer, sino por el tiempo que la embarcación ha de prestar servicios, pensando que al reclutar una tripulación y una sola piragua los gastos y los riesgos se reducían, los tres geógrafos decidieron hablar con el adusto Marcial, máxime conociendo los motivos del viaje del joven muchacho al que deseaban ayudar.

Tratando sobre esto los tres científicos se preguntaron entre sí: ¿Conseguirían domar la ferocidad de aquel ex sargento? ¿Les permitiría estrechar las relaciones con su joven sobrino? ¿Triunfarían de la desconfianza, en verdad inexplicable, del antiguo soldado? ¿Dulcificarían las miradas del cancerbero? Difícil sería, pero don Felipe se arriesgó y buscándoles por los muelles le abordó:

—¿No le parece que sería más conveniente, más ventajoso, más seguro y hasta más agradable hacer el viaje juntos hasta San Fernando en una misma embarcación?

Ante el gesto adusto de Marcial, don Miguel consideró oportuno remachar:

—Escogiendo una piragua de dimensiones suficientes, los cinco podremos viajar en condiciones más favorables.

Marcial miró a los tres geógrafos y al encararse con don Varinas indagó:

—¿Y usted no tiene nada que añadir?

—Sólo esperar que usted y su sobrino decidan. Estoy de acuerdo con mis compañeros.

—¡Pues yo no! —fue la seca respuesta.

—¿Có...cómo? —balbuceó don Felipe.

—Lo siento... Sí, lo lamento, don Felipe —se dulcificó algo Marcial—, pero sólo con esa negativa puedo contestarles.

—¿Pero por qué? Y en todo caso, al menos una negativa puede darse en forma más cortés.

—No soy ningún diplomático, don Felipe, sino un rudo ex soldado.

—De todas formas...

Fue cuando el joven se adelantó, diciendo al intervenir:

—Caballeros, les ruego perdonen la rudeza de mi «tío». Su intención no ha sido ofenderles. Lo que ustedes nos proponen atestigua gran cortesía por su parte, y en cualquier otra circunstancia habríamos sido los dos muy dichosos en aprovecharnos de su buena voluntad. Pero nuestro deseo es tener una embarcación para nosotros solos, de la que podamos disponer siempre, según las circunstancias, pues es posible que los informes que nos den nos obliguen a cambiar nuestro itinerario, a permanecer en algún poblado o en otro.

Hizo una pausa y al fin resolvió:

—En una palabra, amigos: tenemos necesidad de la más completa libertad.

—Muy bien, joven: no pretendemos molestarles en nada.

—Al contrario, don Felipe: no nos molestan ustedes.

—Sin embargo... En fin: pese a su negativa, si podemos ser útiles en algo...

—Se lo agradezco por mi «tío» y por mí, don Felipe. Y en caso necesario, crea usted que no dudaremos en acudir a ustedes.

Con gesto retador, don Felipe miró al ex militar, y consciente de que la negativa del joven era influencia suya, le retó:

—¿Oye usted, señor sargento?

—Oigo, señor geógrafo.

Don Felipe tendió su mano al joven que se la estrechó cordialmente, lo que hizo que Marcial frunciera el ceño cuando los otros dos también parecieron ignorarle a él. Pero se vengó al quedar nuevamente solos al decir:

—Ya viste cómo despaché a esos tipos.

—Lo vi, Marcial. ¡Groseramente!

—¡Tiene gracia! Lo hago por tu seguridad y encima...

—Eso te lo agradezco, pero lo podrías hacer todo de una forma más amable.

—¡Bobadas! Todo, mientras no descubran quién eres. Y para eso, cuando más lejos de la gente... ¡Mejor!

Al fin tuvieron suerte y contrataron la embarcación de un mestizo indio llamado Vélez, con quien acordaron que si el viaje de sus dos pasajeros proseguía más allá de San Fernando sobre el curso del Alto Orinoco, él y su tripulación de nueve indios banivas gustosamente les llevarían, pues afirmó:

—No teman: yo ya navegué alguna vez por allí.

Las piraguas más pequeñas del Medio Orinoco están labradas en el tronco de un árbol grueso, entre otros, el del cachicamo. Pero aquella era de las más grandes, con juncos muy unidos entre sí, redondeadas en los flancos y levantándose en gran arco en la popa. Estas embarcaciones, construidas con bastante solidez, resisten al arrastre sobre los bajos fondos y

a los choques del acarreo, cuando es preciso transportarlas más allá de los caudales infranqueables.

En su centro se endereza un alto mástil sostenido por un estay y dos obenques, al que se apareja una vela cuadrada utilizable para el viento de popa. Una especie de pagaya, que sirve de timón, está dirigida por el patrón, colocado en la popa. La parte anterior de la piragua está descubierta desde la armazón del mástil hasta la proa. En este sitio está la tripulación durante el día y duerme también allí por la noche: tripulación compuesta, generalmente, por diez indios; el patrón y nueve hombres.

En la parte posterior tienen un cobertizo, especie de «camarote» general, donde van los pasajeros de categoría. Y allí se habían instalado Marcial y su «sobrino» cuando en el instante de partir una voz conocida les gritó:

—¡Eh! ¿Pensaban marcharse sin nosotros?

De un manotazo, Marcial descorrió la lona, miró al exterior y fulminando con las pupilas a

una embarcación muy parecida a la suya, anunció:

—¡Ahí están esos pesados! ¡No se despegan de nosotros!

Pero al joven le dio alegría la noticia, también salió al exterior y agitando su mano deseó, al reconocer a los tres geógrafos:

—¡Buen viaje, amigos!

—¡Les seguimos! También estamos dispuestos a partir —les gritó don Miguel.

—¡Eso si no les molesta! —voceó fuerte don Varinas.

Los marineros de una y otra embarcación subían los últimos bultos desde el muelle, cuando en aquella obligada espera el joven aún celebró, comunicándose con los tres geógrafos a gritos:

—¡No nos molesta, don Varinas! Dicen que en las orillas hay ladrones y a veces asaltan las embarcaciones. Si las nuestras marchan cerca, mejor.

—Cierto, muchacho. Hoy mismo he oído que una pandilla de indios quivas mandada por un portugués evadido del penal de Cayena, opera río arriba.

Contra su costumbre, al oír aquello Marcial se adelantó para caminar sobre cubierta y acercarse al máximo a la vecina embarcación, para indagar:

—¿Dijo un portugués, evadido del penal de Cayena, don Felipe?

—Eso dije: creo que se llama Alfañiz... o algo así.

Incapaz de contenerse, cerrando con fuerza los puños, Marcial renegó visiblemente irritado:

—¡Diablos! Parece mentira, pero debe ser..., sí, debe ser-Observando la extraña reacción de su compañero de viaje, el joven también se adelantó y atosigó al indagar:

—¿Qué pasa, Marcial? ¿Por qué pones esa cara?

—¿Qué cara pongo, caray?

—Te conozco bien. El bigote y las cejas te se alteran cuando te preocupa algo.

—No me preocupa nada.

—¡Tienes que decírmelo! Al oír el nombre de ese portugués huído de Cayena, tu rostro se alteró.

—¡Sapos y culebras...! Sí: creo que tengo que decírtelo.

—¿Quieres hablar de una vez, por favor?

—Bueno..., hace muchos años tu padre fue testigo de cargo contra un soldado portugués llamado así. ¡Aquél Alfañiz era una mala bestia!

—¿Qué hizo?

—¡Asesinar! ¡Robar y matar cruelmente! Y tu padre, como jefe del Regimiento, tuvo que declarar contra él.

—¡Dios santo! ¿Y tú crees..., crees que será el mismo?

—Al menos le mandaron a Cayena, para que cumpliera la condena de veinte años que le echaron.

—O sea que, desde Francia, le enviaron aquí.
¡A América!

—Sí, a la Cayena francesa. ¡Pero antes juró vengarse de tu padre, aunque fuese lo último que hiciera en su perra vida!

El joven se puso a temblar, pero deseando darse ánimos a él mismo recordó:

—No habrá cumplido aún su condena y seguirá...

Volviendo a irritarse, Marcial señaló a la vecina embarcación y recordó bruscamente:

—¿No acabas de oír que escapó del penal?

—¡Ah, sí, perdona! Y tú temes... Temes que cumpla su venganza, ¿verdad?

—Tipos así jamás olvidan. ¡Son rencorosos hasta la muerte! Y yo conocí bien a ese Alfañiz, te lo aseguro...

Acercándose al hombre corpulento, el muchachito musitó:

—¡Tengo miedo, Marcial! Ahora que por fin quizá es posible encontrar a mi padre, ese canalla también puede...

—Tranquilízate, por favor. Sólo fue un presentimiento.

—¿Y si ronda con esa partida de indios qui-vas por aquí? Don Felipe dijo que suelen asaltar las embarcaciones.

—Tengo el rifle y no les será tan fácil. Y los indios de la tripulación lucharían, al menos para defender sus vidas, a nuestro lado.

Deseó seguir animando a su joven acompañante y, al señalar a la vecina embarcación por primera vez reconoció:

—Y además, llevaremos buena compañía. Esos tres geógrafos parecen hombres valientes y decididos.

—¿Lo ves, Marcial? ¿No te alegras ahora de que nos sigan en su embarcación?

—¡Por Cristo que sí! Esto varía las cosas. Te prometo que, en la primera ocasión, me disculparé con ellos.

Por fin las maniobras terminaron y las dos embarcaciones, casi a la par, empezaron su recorrido por el Medio Orinoco. ¡Qué largas

horas, qué monótonos días habrían de transcurrir a bordo de aquellas piraguas!

Aunque tal monotonía no existiría para don Felipe y sus dos compañeros, ya que mientras llegaban al confluente del Guaviare y del Atabapo, tendrían que tomar notas geográficas, completarían el reconocimiento hidrográfico del Orinoco, estudiando la disposición de sus muchos afluentes no menos numerosos —tiene en el total de su recorrido más de trescientos— y de sus muchas islas.

Sí; tendrían que establecer las situaciones de sus raudales, y rectificar, en fin, los errores de que aún estaban llenos los mapas de tales territorios.

Que el tiempo transcurre velozmente para los sabios... que quieren saber más.

4

SE ACERCAN LAS TORTUGAS GIGANTES

Mientras las dos embarcaciones proseguían durante días su viaje, río arriba una frágil pira-

gua tripulada por dos jóvenes exploradores franceses era atacada sañudamente por los rebeldes indios quivas.

El ataque se inició desde la ribera izquierda y las flechas empezaron a llover peligrosamente sobre ellos. Como cartógrafos, Germán Paterne y su amigo Jacques no eran ningunos novatos y el primero indicó:

—¡Rema con fuerza, Jacques! ¡Hay que ganar la otra orilla, o esos tipos nos agujerearán la piel!

—¡Y tú afina la puntería, Germán! ¡Hay que mantenerlos a raya!

Inicialmente y no deseando causar la muerte a nadie, Germán Paterne empleó su rifle tan sólo para disparar al objeto de hacer huir a los furiosos indios. Pero en vista de que no cesaban en su ataque y que alguna de aquellas flechas envenenadas les podía alcanzar causándoles una muerte segura, decidió:

—¡Ya os enseñaré, salvajes!

No obstante, procuró dirigir sus balas para tan sólo herir a los quivas que, envalentonados, empezaron a penetrar en el río. El rifle de repetición no dejaba de tronar, y aunque uno de los indios resultó herido en una pierna, el nutrido grupo de sus compañeros redobló el ataque lanzando alaridos guerreros.

Remando con todas las fuerzas de sus musculosos brazos, bañado en sudor por el esfuerzo pero sin cesar en su intento, Jacques Helloch dijo al amigo:

—Nuestra única salvación está en esa otra orilla. Ellos no tienen piragua y no podrán cruzar el río.

—Pues aviva, Jacques. ¡La selva nos ofrecerá protección!

—Eso si no encontramos a otro grupo por allí. ¡Andan revolucionados por ese portugués llamado Alfañiz!

—Sí, buscan desesperadamente armas de fuego.

—Pues no cogerán nuestros rifles.

—Si no remas más rápido... ¡Lo conseguirán!

Jacques Helloch era un joven de veintitrés años, natural de Brest, a quien después de una brillante carrera el Ministerio de Instrucción Pública de Francia había encargado aquella expedición al Orinoco en compañía de su amigo Germán Paterne, de unos veintiocho años. Los dos eran cartógrafos de gran porvenir, aunque de no conseguir esquivar aquel ataque de los indios rebeldes pronto se convertirían en cadáveres.

Como buen explorador, Jacques Helloch era de temperamento atrevido, resuelto, audaz, aunque uniendo al valor la prudencia de que había ofrecido claras pruebas en varias ocasiones.

Era de esos hombres que agradan sin hacer esfuerzos para agradar, de modo natural, extraño a todo intento de hacerse valer.

Germán Paterne, no menos determinado que su antiguo compañero de colegio, pero de dife-

rente carácter, generalmente iba donde Jacques Helloch le conducía, sin hacer objeción alguna; y máxime en aquella ocasión en la que, o se salvaban juntos, o morían unidos para siempre por aquellas salvajes flechas envenenadas.

La desilusión de los dos amigos fue grande cuando, tras alcanzar la orilla opuesta del ancho río, pudieron observar que los tenaces indios quivas no daban la partida por perdida: se lanzaban al agua de cabeza uno tras otro, sin duda con la malévola intención de darles caza.

—¡Qué tozudos! —exclamó Jacques.

—Vamos, Germán, aunque se empeñen en seguirnos les llevamos buena ventaja.

—Sí, tendrán qué cruzar a nado y eso nos dará tiempo.

Veloces y escurridizos se filtraron en la espesa selva, ignorando que unas millas río abajo dos embarcaciones ascendían al caer de aquella tarde que podía ser para ellos la última de sus vidas.

El mestizo Vélez se acercó al siempre vigilante Marcial al preguntar, señalando a una de las orillas:

—¿Qué le parece aquella ensenada, señor? Es un sitio tranquilo para pasar la noche.

—Decida usted, Vélez, conoce mucho mejor que yo estos parajes.

En aquellos días el ex militar había tenido tiempo de aprender que la brisa cesa por las noches en tales regiones, por lo que en el Orinoco no se navega más que durante el día. Y no sólo por esto y porque los pasos por los posibles bancos de arena cambian caprichosamente en pocas horas y es preciso ver claro para poder dirigir la embarcación, sino también porque los marineros nativos tienen necesidad de descansar.

La maniobra de amarre se efectuó con suma facilidad tanto en una como en la otra embarcación, y fue cuando todos saltaron a tierra cuando claramente percibieron un ligero temblor que parecía hacer vibrar la hierba.

Extrañados, mirándose unos a otros sin llegar a comprender, al guardar silencio pudieron escuchar un ruido sordo que se podía confundir como el lejano zumbido de la tormenta que quizá se aproximaba. Como era el más experimentado en aquellos parajes, todas las miradas quedaron centradas en el patrón Vélez, quien con aire vacilante negó:

—No es la tormenta, porque el cielo está sin nubes y la poca brisa viene de levante.

—Entonces... ¿De dónde viene esta agitación y ese ruido? —quiso concretar don Felipe.

—No sé, señor... No sé... —repitió una y otra vez el mestizo.

Realmente aquello resultaba inexplicable, a menos que inesperadamente llegase hasta ellos un reflujó de la corriente del río o alguna crecida impetuosa, puesto que todo se puede esperar del caprichoso Orinoco.

Al fin, tras mucho observar y al seguir escuchando aquel ruido sordo, el mestizo Vélez apuntó:

—Puede ser un temblor de tierra en la sierra Matapey y que las sacudidas se propaguen hasta bajo el lecho del río.

—Es como un zumbido sordo que viene del este —opinó don Miguel.

Durante más de una hora el extraño rumor fue en aumento: parecía que se efectuaba una especie de deslizamiento, un poderoso arrastre en la superficie del territorio. Y pesado y cadencioso, ese deslizamiento se transmitía hasta la ribera derecha del río, como si el suelo estuviera turboso. Siendo el más reflexivo, don Felipe propuso que debían subir a alguna colina cercana y al poco, desde la altura ganada de unos treinta metros, todas las miradas se dirigieron hacia el este.

La inmensidad verdosa se extendía ante ellos, descubriéndoles la vasta planicie como un «océano de hierbas». Pero aquel «mar» no estaba en calma, dado que ofrecía la impresión de estar movido en sus profundidades, hasta que

las pupilas más jóvenes del muchacho indicaron:

—¡Allí! ¡Es una polvareda inmensa!

—Sin embargo, no es el viento lo que lo motiva —observó don Varinas.

—Y además... ¡Está ese rumor! —dijo Marcial.

—Entonces... ¡No hay explicación admisible! —opinó don Miguel.

Los marineros nativos habían salido corriendo hacia las dos embarcaciones para, una vez allí, acurrucados, esconder su miedo bajo las esteras que les servían de lecho. El mestizo Vélez lo observó y entre dientes silbó:

—Me temo que, de seguir esto así... ¡Nos quedaremos sin hombres!

—Por Dios —pidió Marcial—. Vaya a hablarles y tranquilícelos.

—¿Y cree que me harán caso, si antes no descubrimos qué es este fenómeno, señor?

De pronto, la mirada de don Felipe quedó clavada en la inmensa nube de polvo y creyó identificar:

—¡Son animales! ¡Miles y miles de animales moviéndose!

—¡Imposible! —rechazó Marcial.

—Pues sólo ellos pueden causar ese ruido y la polvareda. ¡No hay otra explicación!

—¿Pero qué clase de animales?

Don Felipe dejó pasar algunos angustiosos minutos, antes de poder precisar, siempre la vista clavada en el mismo punto lejano:

—¡TORTUGAS! Son... son... ¡TORTUGAS!

Extrañadísimo aún más que todos los presentes, el joven repitió entre incrédulo y perplejo:

—¿Dijo tortugas, don Felipe?

—Sí, hijo, sí... ¡Miles y miles de tortugas gigantes! ¡Miren todos allí! ¡Miren bien!

Sin dejar de observar, tenso los nervios como todos, don Miguel palmeó con seco golpe su amplia frente de sabio y exclamó:

—¡Claro! ¡Son tortugas! ¡Qué estúpido he sido al no pensarlo antes! Esos animales han debido ser espantados por las sacudidas de algún leve terremoto. Sin duda, arrojados por las aguas del río Tortuga o del Saupure, vienen buscando refugio en el Orinoco, arrastrados por el poderoso instinto de conservación.

—¡Es cierto! —recordó a su vez don Felipe—. Otras veces han sucedido fenómenos así.

Era esta explicación natural, y además la única admisible. La sierra de Matapey y sus alrededores habían debido ser conmovidos profundamente por aquel temblor de tierra. Y en tales condiciones, semejante invasión de tortugas gigantes se había producido fuera de los meses de marzo y abril, en que se efectúa de manera regular..., aunque en cantidades muy inferiores.

Cada vez más claramente podía distinguirse que las miles y miles de tortugas gigantes avanzaban en masa compacta, oprimidas las unas contra las otras, chocando y resbalando

constantemente entre sí. Ello hacía que resultase una inmensa superficie de escamas que cubría varios kilómetros cuadrados y que no dejaba de moverse de forma inquietante.

—¡Por donde pasen lo arrasarán todo! — predijo don Felipe.

La terrible escena se completaba con algo también inesperado y sorprendente, pero en el fondo a la vez lógico. Sobre esta superficie móvil se agitaban a su vez como un centenar de animales que, para evitar ser aplastados, habían buscado refugio sobre los caparazones de las tortugas.

Y allí, sorprendidos por aquella inusitada invasión, corrían y saltaban monos, jaguares, pumas y otros muchos animales, que se mostraban excitados al máximo y a veces se atacaban mutuamente. Algunos cadáveres yacían sobre aquellos duros caparazones, cuyo movimiento ondulatorio debía resultar muy molesto para todo aquello con vida que tan precariamente se viera obligado a permanecer allí.

Todo resultaba tan terrible, tan dantesco y a la par inesperado, que las pupilas jóvenes del muchacho quedaron como hipnotizadas y sus labios exclamaron:

—¡Dios mío! Es... ¡Es extraordinario! Nunca... ¡Nunca soñé poder contemplar una cosa así!

Siempre alerta y protector, Marcial se acercó al indicar con prudencia:

—Pues mejor será no mirar y aprovechar el tiempo para apartarnos de ese terrible rodillo. ¡Eso es peor que una carga de caballería, señores! Peor que el caballo de Atila, que por donde pasaba ya no volvía a crecer la hierba.

—Buen estratega, señor Marcial —le felicitó don Felipe, ofreciéndole la mano amistosa—. Es preciso avisar a los demás y de tomar precauciones.

—La mejor precaución es apartarse de su camino... ¡Y lo más rápido posible!

Corrían ya loma abajo, cuando agitada la voz el muchacho empezó a oponer:

—Sí, pero... ¿Y las embarcaciones? Van directamente al río y... ¡Las destrozarán!

Comprendiéndole como siempre, Marcial terminó aquel temor al decir en voz alta:

—¡Tiene razón! Y eso significaría no poder seguir el viaje. Lo que a su vez impedirá que... mi «sobrino» y yo continuemos intentando buscar al comandante Kermor que...

—¡Olvide eso! —objetó don Varinas—. ¡Salvar las vidas es lo primero!

—¡Esperen! —pidió el jadeante muchacho—. ¿No podrían ser desviadas las tortugas de su camino?

—¿Cómo? —volvió a estallar Varinas algo irónico—. ¿Asustándolas con los sombreros?

Y comprendiendo que había sido algo brusco al responder al muchacho, acudió a sus conocimientos científicos para intentar suavizar, al añadir:

—Esos «bichitos» llegan a medir hasta más de un metro de largo y algunos pesan media tonelada. Son quelonios de un caparazón durí-

simo y se multiplican como las moscas. Precisamente el río Tortuga lleva ese nombre por ellas, porque ponen miles y miles de huevos en sus márgenes y una vez al año...

—¿Cree que nos sobra tiempo para ponerse a dar clases de zoología, señor Varinas?

La pregunta llegaba de labios de don Felipe y su compañero aceptó:

—Tiene razón, pero sólo quería informarles que nada puede detener a esa enorme masa de tortugas.

—Posiblemente a tiros —insistió el muchacho.

—Hijo mío, harían falta cañones, ¡y de grueso calibre!, para detenerlas. Su duro caparazón rechazaría las balas.

—Bien, don Felipe, pero si apuntamos a sus cabezas...

—Aun aceptando que todos fuéramos tan excelentes tiradores como debe serlo su tío Marcial, las que siguen a la primera fila nada

sentirían y pasarían sobre sus compañeras muertas.

—Y su incontenible avance seguiría —volvió a sentenciar Varinas.

Impaciente, soltando una fuerte patada sobre el suelo tembloroso, el ex sargento masculló encarándose con todos:

—¡Pues algo hay que hacer, diantre! Si estuviéramos en la guerra mi experiencia serviría de algo, pero en circunstancias tan desconocidas para mí...

—¡Ya lo tengo! —exclamó de pronto el joven.

—¿Eh? ¡Vamos, habla, por favor! —apremió Marcial.

—¡El fuego! ¡Sólo una barrera de fuego las hará desviar su trayectoria!

—¡Excelente idea! —aceptaron don Felipe y Varinas.

—¡Pues manos a la obra! —apremió Marcial.
Al instante se volvió hacia don Miguel al solicitar:

—¡Corra hacia las embarcaciones, rápido! Avise a Vélez para que ponga a todos sus hombres a trabajar también.

—¡Voy para allá!

Tanta prisa se dio don Miguel, que sus cuarenta y cinco años le hicieron tropezar y caer rodando colina abajo. Pero se levantó velozmente, prosiguió la carrera y se puso a gritar:

—¡Eh, Vélez... Vélez! ¡Por favor!

Llegó jadeante al río y desde allí indicó al mestizo:

—¡Haga que sus marineros salgan de ahí, Vélez!

—Imposible, señor... ¡Están muertos de miedo!

—Pues más pasarán si las tortugas llegan hasta aquí. ¡Es preciso formar una barrera de fuego!

—¿Fuego? ¡Es una locura, señor! Con tanta vegetación que nos rodea puede arder toda la selva.

—No, si lo hacemos bien. ¡Los otros ya están trabajando en ello!

Al poco, la voz recia y autoritaria del mestizo Vélez se oía tronar dentro del chamizo de su nave:

—¡Arriba, gandules! ¿O es que queréis morir como la estúpida avestruz, con la cabeza bajo tierra?

Aquellos pobres hombres, casi primitivos y supersticiosos, perezosamente empezaron a bajar de la embarcación. Pero en vano intentó el bueno de don Miguel detenerlos para indicarles lo que se necesitaba de ellos. La mayoría se lanzó a la carrera, no tardando en perderse entre la franja de la ribera en busca de una seguridad personal que ardientemente anhelaban.

Cansado de gritar y perseguirles, el fatigado geógrafo jadeante se apoyó en unos arbustos para reflexionar, molesto pero sin ira:

—¡Pobres diablos! El problema sigue siendo el mismo... La falta de solidaridad.

Regresaba para avisar a sus compañeros, cuando inesperadamente unos disparos tronaron en la lejanía. Don Miguel quedó petrificado, pero nuevamente caminó al pensar que alguno de los suyos se habría puesto a disparar contra las tortugas.

Sin embargo, tras ascender nuevamente la loma pudo comprobar que no era así. Ellos también mostraban extrañeza y esforzándose por mirar al horizonte a través de las nubes de polvo escuchó decir a don Varinas:

—¡Disparos!

—Sí, don Varinas —advirtió a su vez don Felipe—. Disparos que no ha hecho ninguno de nosotros.

Una vez más, la aguda vista del joven les indicó:

—¡Allí... allí! ¡Sobre la masa de las tortugas!

—¿Sobre las tortugas? ¡Imposible! —rechazó Marcial—. Ningún hombre puede estar con vida sobre esa masa que...

Todas las miradas quedaron centradas en el mismo punto, perfectamente localizado porque los estampidos de los disparos partían de allí.

—¡Dos hombres! —volvió a indicar el muchacho.

Era cierto.

Sobre aquel mar movible de caparazones, dos seres humanos precariamente se esforzaban por mantenerse en equilibrio, que a monos, pumas y otros animales también les costaba sostener. ¿Pero quiénes eran aquellos hombres?

Debido a la distancia no se les podía ver bien, pero al juzgar por sus ropas, no eran indios yapuros, ni mayopos ni de ninguna otra de las muchas tribus de la cuenca del Orinoco. También podía adivinarse que valientemente se defendían de los pumas y fieras que pretendían atacarles, en una desesperada disputa de aquel movedizo suelo que las circunstancias seguramente también les había hecho aceptar.

Pues, o eso... o haber muerto quizá arrollados, aplastados por aquellas miles de tortugas.

En realidad, olvidando todo dramatismo, el espectáculo resultaba insólito: dos hombres luchando desesperadamente por sobrevivir.

El joven muchacho rompió el silencio del grupo al reconocer en voz alta, esforzando la vista:

—¡Son dos valientes!

—Lo son... —admitió a su vez Marcial—. Pero lo malo es que nada podemos hacer por ellos.

—Cierto —musitó a su vez don Felipe—. Nuestros disparos no llegarían hasta allí. Y además, aun corriendo el riesgo de acercarnos, podríamos darles a ellos y...

—¡Pero hay que ayudarlos! —casi gritó el joven.

—¿Cómo, muchacho?

Había tanta resignada desesperación en la voz fatigada de don Felipe, que el joven también reclinó la cabeza y por un instante dejó de contemplar la épica pelea de los dos desconocidos contra las fieras. Sólo el eco de los disparos

le anunciaban que aquellos valientes continuaban luchando.

Pero temía que, ante tantas dificultades acumuladas, pronto tuvieran que darse por vencidos...

5

EL FUEGO SALVADOR

Mientras, ignorando que desde lejos eran observados, con todas las potencias del ser sólo atentas a lo que podía significar vivir o morir, Jacques Helloch y Germán Paterne no daban reposo a sus armas.

Por dos veces ya habían recargado las recámaras de sus rifles y eran conscientes de que no podrían hacerlo una tercera. Y eso aunque la suerte de su excelente puntería siguiera favoreciéndoles, eliminando a una fiera tras otra.

Sencillamente, ya no les quedaba más munición...

Pero los hombres de verdad suelen crecer en los momentos más difíciles y ansiando animar al amigo, Jacques Helloch jaleó:

—¡Duro con ellos, Germán! ¡Esto es como tirar en una feria!

—Sí, sí... Lo dirás por lo mucho que se acercan, ¿no?

—Esos «mininos» están recibiendo lo suyo. ¡Otro más! Te juego a que tumbo más que tú.

—Acepto la apuesta, Jacques, pero... ¿Me la podrás pagar?

—No seas agorero, Germán. ¡Trae mala suerte!

—¿Acaso la podemos tener peor, chico?

Era cierto: que una cosa es tener que luchar a tiro limpio contra las fieras en plena selva, pero con los pies firmemente pisando el suelo, y otra muy distinta obligado a hacerlo sobre aquel movable tapiz de caparazones de alocadas tortugas huyendo.

En cualquier instante, cualquier cosa podía suceder. Resbalar, ser engullido por el tropel de

tortugas que les aplastarían, o bien ser alcanzado por alguno de los feroces pumas que les disputaban el terreno.

O terminar la munición.

Y no obstante, lo más admirable era el alegre y animoso talante con el que aceptaban los dos hombres aquella prueba suprema de su destino. Una vez más lo mostró Jacques Helloch al decirle al amigo:

—¡Fantástico, Germán! ¡Jamás había vivido una aventura tan extraordinaria!

—Pues ojo no resbalar... ¡O no lo contarás!

Un enorme puma saltó felinamente hacia el hombre al que creía su presa, pero un certero balazo en su cabeza pareció paralizarle por un instante en el aire. Quedó como suspendido, lanzando a la tarde su gruñido de rabia y muerte, retorciéndose por el dolor en una crispación que puso de manifiesto sus poderosos músculos de criatura perfectamente dotada para matar.

Luego descendió, desplomándose sobre la movediza plataforma, hasta que de alguna manera su musculoso cuerpo empezó a desaparecer, seguramente para ser triturado por el paso de miles de pesadas tortugas que parecían dispuestas a no detenerse jamás.

—Ese se llevó su buena ración de plomo, Jacques.

—¡Uf! Creí que iba a fallar -suspiró el vencedor.

Nuevamente atraída la mirada por el sorprendente espectáculo, desde la distancia, las pupilas del joven se sentían atraídas como por poderoso imán. Y un pensamiento torturante brotó en la mente al decir en voz alta:

—¿Y si uno de esos hombres es mi... padre, Marcial?

—¡Qué idea tienes! No sé cómo has podido pensar que el comandante...

—Pudiera ser, ¿no?

—Sí, pudiera, pero no creo que... ¿Quieres no atormentarte ni preocuparme a mí?

El enfado no pasó a mayores porque, en aquel instante, don Felipe reclamó:

—¡Miren, miren! ¡Lo están consiguiendo!

—¡Es cierto! ¡Las fieras huyen!

—¡Oh, Dios mío! Uno de ellos se cae — exclamó el angustiado muchacho—. ¡Le triturarán las tortugas!

Mirando al joven, Marcial comprendió todos sus temores. Pensó que en cierta forma cabía la posibilidad de que uno de aquellos hombres fuese el comandante Kermor. Y aun no siendo así, por humanidad debían ayudarles. Por eso empleó el timbre más tonante y autoritario de su recio vozarrón para indicar a su vez:

—¡Tenemos que ayudarles! ¡Y pronto, señores!

—¿Pero... cómo? —indagó tímidamente don Miguel.

—¡Como sea, pardiez! ¿No hablamos antes de emplear una barrera de fuego?

—Sí, pero...

—¡Pues al trabajo!

—¡Tiene razón! —al fin se decidió don Felipe—. Nosotros también lo necesitamos: las tortugas vienen hacia aquí y hay que detenerlas, desviarlas al menos.

Dando ejemplo, incluso algo alocadamente, Marcial ya se había puesto a arrancar con sus fuertes manazas retamas y hierbajos, aunque escuchó que don Felipe pedía:

—No, amigo mío, no... Así no. ¡Tiene que ser leña que arda bien y dure al menos algunos minutos!

—¡Allí! La arrancaremos de aquellos arbustos —indicó don Varinas.

Al instante todos se pusieron a trabajar, arañándose los brazos, lastimándose las manos, pero consiguiendo cada uno una brazada de ramas y retamas secas, que corrían a depositar sin darse reposo en donde don Felipe preparaba la barrera de fuego.

Don Varinas, don Miguel, Marcial y el joven muchacho vieron secundada la acción por el mestizo Vélez, que al fin también acudió con

tres marineros indígenas e informar entre jadeos el patrón de la embarcación:

—Los otros han huido, pero éstos nos ayudarán.

—¡Bravo, Vélez! —animó don Felipe—. Vayan depositando la leña hacia allí. Haremos un semicírculo.

Todos sudaban, todos querían emular al compañero y como la unión hace la fuerza y ésta se resuelve en efectividad, pronto estuvo don Felipe en condiciones de anunciar:

—¡Atención! El fuego se iniciará desde aquí.

La intensa tarea a la que se habían sometido no les había permitido reflexionar reposadamente, pero ahora que sólo se trataba de esperar los resultados, más sosegado el joven muchacho calculó, al observar las primeras llamas.

—Pero entonces... ¡Esos dos hombres tendrán también una barrera de fuego ante ellos!

—¡Es cierto! —temió a su vez don Varinas.

Por su parte, Jacques Helloch y Germán Paterno no dejaron de observar lo que ocurría. Ya

no tenían que luchar contra los pumas y otros animales, pero aquellas llamas que se levantaban al fondo les anunciaba otro nuevo peligro.

Fue Jacques Helloch quien primero advirtió:

—¡Mira, Germán! ¡Una barrera de fuego!

—Eso... ¡Eso demuestra que no estamos solos, Jacques!

—Sí, debe ser para desviar a las tortugas.

—Pero eso las hará detenerse, se moverán más alocadamente y nosotros...

—¡Cuidado, Germán! ¡Mantén el equilibrio!

—¡Uf! No... ¡No puedo! Me... ¡Me resbalo!

Jacques Helloch saltó a su vez con suma agilidad de caparazón en caparazón, procurando afianzar sus pies para acudir en ayuda del amigo. Llegó en el instante justo cuando Germán ya apoyaba las manos, tirando de él por uno de los brazos al animar:

—¡Arriba!

—¡Uf! De... de no ser por ti...

—Te creí mejor equilibrista.

—No trabajé en ningún circo, amigo.

—¡Ni yo...! Vamos a saltar hacia allí.

Apoyándose el uno en el otro mutuamente se mantenían en equilibrio, observando que en el constante avanzar de aquel mar de tortugas cada vez se acercaban más a la barrera de fuego, que empezaba a extenderse ante ellos en semicírculo. Observándolo Germán comentó con cierta alarma:

—¿Sabes que esa ayuda que alguien nos quiere prestar, puede ser nuestro final?

—Espero que no —se empeñó Jacques Helloch, manteniendo su buen humor.

Al otro lado de la barrera de fuego, Marcial se había visto obligado a sujetar con ambas manos a su joven compañero. El muchacho pugnaba por soltarse y en su angustia rogaba:

—¡Déjame, Marcial! ¡Te digo que me sueltes!

—¡Ni hablar! ¿Quieres achicharrarte?

—¿Pero no comprendes? Si las tortugas cambian de dirección, se llevarán a esos hombres.

Corrió hacia ellos don Felipe gritando a su vez:

—¡Esperen! ¡Esperen! ¡Hay otra solución!

—¿Cuál, don Felipe?

—Intentaremos gritarles que salten en esta dirección.

—¿Desafiando al fuego? —argumentó Marcial.

—Ellos comprenderán que deben hacerlo así.

—¿Está loco? ¡Nadie se arroja al fuego voluntariamente!

—Nuestras voces se lo indicarán. ¡Les gritaremos que es la única salvación posible!

Don Felipe no quiso discutir más, sus brazos se alzaron para agitarlos sobre su cabeza, indicando al resto del grupo:

—¡Aquí, aquí! ¡Todos corriendo hacia aquí!

En cualquier otra circunstancia, la escena habría parecido cómica. Sobre todo observando a don Miguel y don Varinas, que se lanzaron a correr como en reñida competición deportiva.

Aunque venía desde atrás, la mayor agilidad del mestizo Vélez les adelantó, pero sin dejar de animar al rebasarles:

—¡Vamos! ¡Ustedes sí que parecen tortugas!

—¡Uf! ¿Có...cómo se atreve? Yo les demostraré que mis piernas aún...

Con esfuerzo supremo las extremidades inferiores del geógrafo calvo aceleraron, consiguió rebasar a su colega don Miguel, pero al intentar imprimir mayor velocidad a sus pies y hacer lo mismo con el mestizo..., ¡cayó cuan largo era!

Nuevamente le rebasó don Miguel, y al verle tendido en el suelo moviendo brazos y piernas, ni aun en aquellos instantes olvidó la rivalidad establecida entre ellos tres y le indicó:

—¡Vamos, Varinas! Se trata de correr... ¡No de nadar en su río Atabapo, hombre!

—¡Por vida de...! Sólo resbalé y yo...

Mientras, la estrategia de la barrera de fuego empezaba a dar buenos resultados. Ante el calor que despedían las llamas, las tortugas de

vanguardia empezaron a frenar su «carrera», más tarde se pararon y al hacerlo las primeras filas, el resultado fue una peligrosa aglomeración.

Unas se posaban sobre las otras, se pisaban, se aplastaban intentando proseguir el avance, pero pronto se detenían formando a su vez como una especie de muro que frenaba a las que seguían.

Que el fuego es algo que, instintivamente, a todo animal viviente detiene...

El grupo no quiso perder más tiempo y, acercándose lo más posible a las llamas, se puso a gritar a coro:

—¡Eh, ustedes! ¡Salten!

—¡Salten hacia el fuego!

—¡No tengan miedo! ¡Nosotros les ayudaremos!

—¡Por favor, salten! —rogó la voz casi infantil del joven muchacho.

El mestizo Vélez demostró una vez más ser hombre práctico, cuando anunció:

—¡Voy con mis marineros al río!

—¿Para qué? —rugió Marcial—. ¡Cuantos más gritemos, mejor!

—Pero mejor será traer algunos cubos de agua, señor. Esos hombres necesitarán ser bien rociados con ella, después de traspasar las llamas.

—¡Buena idea, Vélez! —aprobo don Felipe.

El patrón de la embarcación rozó el hombro del fatigado don Varinas al solicitar:

—¿Nos acompaña?

—¡Uf! No..., no podría correr más —jadeó.

Pero al instante se unió al corro que repetía:

—¡Salten! ¡Salten ahora!

Sobre las tortugas que se habían detenido ante la barrera de fuego, pero que no dejaban de moverse al intentar iniciar un giro, Jacques Helloch y Germán Paterne no dejaron de oír aquellas voces. Y fue el más joven de los dos amigos quien indicó haciéndose cargo de la situación:

—No podemos elegir, Germán.

—¿Estás loco? ¡Nos achicharraremos si saltamos ahora!

—¿Y si no lo hacemos? O atravesamos esas llamas... ¡O sabe Dios dónde nos llevarán las tortugas!

Germán Paterne aún vaciló, pero al fin decidió:

—¡Te sigo, Jacques!

Realmente, aquello sí que era cosa de equilibristas, o de suerte. Se trataba ahora de ir saltando de caparazón en caparazón, pero con el suficiente tino de ir apoyando la punta de los pies sobre el centro mismo de cada uno de ellos.

Y la tarea resultaba muy difícil, porque los animales no dejaban de moverse.

Pero quiso el destino que se tratase de dos hombres jóvenes, ágiles y fuertes, con los músculos bien adiestrados y el ánimo bien templado, propio de todo explorador. De no haber sido así, ninguno de los dos lo habría logrado.

Quien primero llegó al límite de aquella inusitada carrera de obstáculos fue Germán Paterno, quien reunió todas las fuerzas que le restaban para lanzarse en gran salto que debía llevarle al otro lado de la barrera de fuego.

Se vio lanzado por el aire, entrar en la zona calurosa y al instante sentir en toda la piel de su cuerpo el desagradable abrazo de las llamas, que le obligaron a cerrar los ojos y sentir como si millares de finos alfileres le pincharan. El aire le faltó en los pulmones pero su voluntad le hizo mantener la boca cerrada, aunque estallara.

Y de pronto, el inmenso alivio corporal al sentirse al otro lado, mitigado por el encontronazo brusco de sus pies ya pisando terreno firme. Rodó por el suelo y primero no pudo darse cuenta que había perdido su casco de explorador y el rifle, que en ningún momento voluntariamente había soltado. El calor continuaba siendo intenso, pero la piel al menos ya no le pinchaba.

¡Se había salvado! ¡Lo había conseguido!

Pero al instante, nuevamente la angustia ascendiendo hasta su reseca garganta, que apenas pudo emitir:

—¿Y Jacques? ¿Don...dónde está?

Aún agachado, miró con rapidez en torno suyo y al girar sólo vio las llamas tras él. El ruido sordo de las tortugas aún seguía tras aquel fuego y temió lo peor. Confusamente recordó que el amigo le había precedido en aquellos arriesgados saltos sobre las tortugas, por lo que si no había cruzado las llamas era porque se había caído.

Cerró los ojos horrorizado, figurándose la escena. Jacques habría resbalado al fin y al caer sobre los caparazones de aquellos inquietos animales habría ido a morir bajo ellos, triturado materialmente por aquel movedizo rodillo.

—¡Oh, no! —gimió.

No cabía pensar otra cosa, porque a última hora Jacques no habría dejado de saltar. Le conocía muy bien y sabía que no era ningún co-

barde. Incluso recordaba que de él había sido la decisión de seguir el consejo de aquellas voces que les llamaban.

Cuando Germán Paterne nuevamente volvió a abrir los ojos, aquella vez los sintió húmedos, pese al intenso calor que aún le rodeaba. Pero al instante las pupilas se le iluminaron con una alegría que le llegaba desde lo más hondo de su ser, como si brotase del mismo sitio de donde unos segundos antes había partido su doloroso gemido de protesta.

Porque su gemido por la pérdida del buen amigo había sido como una instintiva oración. Si, una oración que había tenido, por lo sincera y profunda, una milagrosa recompensa.

No lo podía creer, pero allí, a pocos pasos de él y tendido sin duda inconsciente sobre el terreno, estaba el cuerpo de Jacques Helloch, con el rostro como reposando sobre una piedra.

Al instante, mientras corría hacia él, comprendió lo que había sucedido. Sin duda, al saltar y negar a poner los pies en el suelo al

otro lado de la barrera de fuego, Jacques había tenido mala suerte y al caer su cabeza había chocado violentamente con aquella piedra.

—¡Sólo debe estar desmayado! —musitó esperanzado.

Aceleró la carrera y se puso a llamar:

—¡Jacques! ¡Jacques! ¿Estás bien?

No obtuvo respuesta y lanzó el cuerpo hacia delante para obligar a las piernas a acelerar, forzándolas a mantener la vertical. Así correría más aún.

—¡Jacques, amigo!

Germán Paterne ignoraba que estaban siendo observados desde lejos por el grupo que les habían ayudado. La distancia era mucha y no pudo oír la voz del joven muchacho que también se había lanzado a la carrera anunciando a los suyos:

—¡Les ayudaré!

La voz del energético Marcial sonó atronadora:

—¡Eh, tú! ¡Ven aquí!

—¡Ese muchachito es una inquieta ardilla! — comentó el sudoroso don Varinas, sin dejar de pasar su empapado pañuelo por la reluciente calva.

—Corre mucho más rápido que usted, don Varinas —le recordó su rival don Miguel.

Sabía que hacía alusión a su carrera anterior, cuando se cayera y por eso rechazó, agitando en la mano el pañuelo:

—¡Bah! ¡Déjeme tranquilo!

—Y también corre con más estilo —siguió bromeando don Miguel.

Aquello era la manifestación exterior de su contento. Todos se sentían felices de haber contribuido a salvar a los dos desconocidos, además de haber podido desviar al ejército de tortugas.

—Asustadas como están, terminarán desperdigándose y por grupos acabarán en el río —calculó don Felipe.

—¿Y no habrá peligro para nuestras embarcaciones...? —quiso saber don Varinas.

—No creo, porque el semicírculo de fuego que hemos formado las llevará más abajo.

Al oír aquello el mestizo Vélez se persignó con suma rapidez al calcular:

—¡Ay, mamacita mía! Mis marineros son muy cobardes y huyeron río abajo. Si esos «bichos» caminan hacia allí... ¡Me los atraparán!

El mestizo lanzó una implorante mirada en torno suyo, pero por si acaso, don Varinas rechazó, volviendo a sudar:

—¡No, no, querido Vélez! Yo no puedo acompañarle para avisarles... ¡Ya le dije que soy incapaz de correr más!

—Le acompañaré yo —se ofreció don Felipe.

—¡Pues vamos allá, señor! ¡Hay que avisarles!

—Y así, de paso volverán a la embarcación.

Allí sólo quedaron don Miguel y don Varinas, puesto que Marcial también continuaba corriendo para perseguir a su joven «sobrino», sin dejar de gritarle:

—¡Espera! ¡Espera!

—Siéntese, don Varinas —indicó don Miguel ya sin hacer guasa—. Pese a su caída... ¡Estuvo formidable, amigo!

6

ENCUENTRO DE CIENTÍFICOS

Pese a su energía, los cincuenta años del ex sargento Marcial no le permitieron seguir el ritmo. También sudaba por cada poro de su piel y al fin se rindió, librándose del casco de explorador, pero resoplando su amenaza.

—¡Ya te atraparé...! ¡Uf!

Germán Paterne ya había llegado junto al amigo y tras observar que sólo estaba desmayado se tranquilizó. Incluso tan sólo tenía una pequeña rozadura en la frente y más aliviado celebró:

—Tienes la cabezota muy dura, Jacques. ¡Tuviste suerte!

Se limitó a arrastrarle más lejos de la barrera de fuego, que por otra parte ya empezaba a ceder. Las llamas se hacían más pequeñas, en

algunos trozos sólo se convertían en rescoldos y el humo se tornaba cada vez menos denso.

Germán Paterne se incorporó al oír unos pasos y clavó la mirada en el joven muchacho que seguía corriendo hacia ellos. Pudo observarle a placer y un pensamiento absurdo le hizo musitar:

—«Ese chico tiene excesivas caderas. Yo diría que...»

Dejó de pensar porque ya le tenía ante él, resoplando:

—¡Uf! ¿Es...están bien?

—Sí, muchas gracias.

Y al instante, adivinando, volvió a añadir deseando confirmar:

—¿Eres del grupo que nos ayudó, muchacho?

—Sí... Me... me llamo... Juan.

—¿Juan? —repitió, sin saber ciertamente, con aire incrédulo el joven cartógrafo.

—Sí... Juan de Kermor.

—El mío es Germán..., Germán Paterne.

—Encantado... ¿Su amigo está herido?

—¡No! Pero no sé si está sin sentido, o finge que duerme. ¡Jacques es muy gandul! — bromeó.

Vio la inquietud en aquellos vivaces y grandes ojos y añadió más formalmente:

—En serio: sólo tiene un rasguño en la frente. Y como por ahora nada podemos hacer, lo mejor será dejarle reposar.

Inesperadamente, aquel muchachito se puso a preguntar al hombre desconocido, arrastrado por el afán que le había llevado hasta aquellos apartados parajes del río Orinoco:

—¿No..., no le dice nada mi nombre?

—¿Cómo...?

—Mi nombre: le dije que me llamo Juan de Kermor.

—Lo oí, pero... ¡No comprendo, jovencito!

Vio que le observaba directamente al rostro y hasta le escuchó musitar:

—Sí, claro... Usted es muy joven. ¡No puede ser!

—No puede ser, ¿el qué, amiguito?

—Que sea usted mi..., mi...

Germán Paterne no era hombre que se distinguía por la paciencia y por eso atajó, poniéndose serio:

—No comprendo a qué viene todo esto, chaval. Ahora no estoy para rompecabezas. Debo ocuparme de mi amigo.

—¡No!

—¿Qué pasa ahora?

—Le ruego que me deje atenderle a mí.

Germán Paterne cada vez estaba más perplejo y se puso a observar cómo el muchachito de excesivas caderas y rostro delicado se inclinaba para atender a su amigo. Jacques parecía seguir desmayado y le fue fácil incorporarle para dejarle sentado sobre el suelo, mientras le retiraba los rebeldes cabellos de la frente despejada y amplia.

Germán Paterne hasta se divirtió con la escena. Jacques seguía realmente sin sentido, o lo fingía muy bien. Lo cierto era que su rostro

marcadamente varonil, mostraba sus enérgicas facciones tranquilas y plácidas, observadas con suma atención por aquel muchachito que nuevamente musitó:

—No... El tampoco puede ser.

—Ser... ¿El qué? —volvió a intrigarse Germán.

—También es demasiado joven.

—¡Ya está bien, jovencito! ¿Quieres explicarte de una vez? —pidió el hombre con cierta energía y hasta enfado.

—Es que...

Pero el muchacho tuvo que interrumpirse. En aquel instante, Jacques pareció recuperarse al fin, gimió, pasó una de sus manos por la frente, llevó los dedos al sitio dolorido y cuando consiguió abrir sus ojos al instante buscó las pupilas de quien le atendía teniéndole apoyado en su cuerpo, inclinado sobre él.

Y para mayor perplejidad de Germán, su amigo se puso a decir:

—¡Vaya! ¿Qué..., qué pasó? ¡Qué dulce despertar! ¿Estoy aún en la Tierra, o contemplando el rostro de un ángel?

—No..., no soy ningún ángel —protestó muy bajito el muchacho.

—Pues yo diría que estoy viendo a una bella mu...

Inesperadamente el joven muchacho no le permitió terminar su pensamiento. Con cierta brusquedad le soltó, se apartó de él incorporándose, con lo que el desprevenido Jacques nuevamente quedó tendido para sorpresa suya sobre el terreno.

Contemplándole, Germán Paterne sonrió.

Aunque levemente esta vez, Jacques se había vuelto a golpear la cabeza al quedar sin el sostén de los brazos del joven, pero quedando sentado al instante, protestó:

—¡Eh! ¿Que diablos hice yo para este trato?

—Veo que está bien, puesto que hasta tiene ganas de bromear —replicó el joven.

—¡Menuda bromita ha sido todo lo que hemos pasado Germán y yo! —rechazó Jacques.

Se fijó en el rostro serio del muchachito y al poco añadió, aunque sin decidirse a ponerse en pie:

—Perdona, chico. Debí ser el golpe; creí ver visiones y me pareciste una mujer.

—¡Pues se equivoca!

—Claro, claro; una mujer no llevaría esas ropas. Y además, si tú lo dices...

Germán Paterne terminó soltando la carcajada:

—¡Ja, ja, ja! Tú sueñas, Jacques. ¡El es chico, y se llama Juan..., Juan...!

—Juan de Kermor —confirmó el muchacho.

Sentado en el suelo Jacques Helloch extendió el brazo; el muchacho tuvo que estrechar su mano y dijo:

—Pues encantado, Juan de Kermor. ¿Me ayudas a levantarme?

El muchacho tiró del hombre con todas sus fuerzas, pero Jacques Helloch tenía un cuerpo

musculoso demasiado pesado para levantarlo. No lo habría conseguido de no ayudarse el cartógrafo por él mismo, y al quedar de pie manifestó:

—Bien, Juan; no tienes por qué enfadarte con nosotros. ¿Y por qué te ruborizas ahora?

—Es sólo un crío, Jacques —advirtió Germán—. Aunque algo extraño.

—¿Extraño? —repitió perplejo el amigo.

—Hombre, lo digo porque cuando me vio, fijándose mucho en mi cara dijo: «Usted es muy joven. ¡No puede ser!»

—¿No puede ser el qué, Germán?

—Eso le pregunté yo. ¡Y lo mismo dijo al contemplarte a ti!

El muchachito continuaba ruborizándose, se sentía molesto ante las bromas y los comentarios de los dos hombres, por lo que al fin decidió:

—Creo..., creo que les debo una explicación.

—¿A nosotros?

—Sí; han de saber que he venido desde Francia en busca de mi padre, desaparecido hace dieciocho años...

¡Sopla! —dijo Jacques sacudiendo los dedos.

—Cuando en Las Bonitas nos dijeron que dos exploradores también habían remontado el río, al verles en aquella situación temí..., temí que...

—Que uno de los dos podría ser tu padre, ¿no? —le ayudó a terminar Germán Paterne.

—Sí.

—¿Es que no has conocido a tu padre? —indagó Jacques.

—No.

—Lo siento.

—Desapareció cuando sólo tenía..., cuando sólo tenía yo dos años.

—O sea, que ahora tienes dieciséis —quiso confirmar Jacques.

—¡No!

—¿Cómo es eso si...?

—Perdón; quise decir... sí.

Los dos amigos guardaron silencio ante las vacilaciones del jovencito, que añadió:

—Tal vez ustedes hayan oído hablar de él. Pasó por San Fernando hace catorce años y el comandante Kermor...

—Kermor..., Kermor... —se puso a repetir Jacques, haciendo esfuerzos por recordar.

—¿Le conoció usted? —preguntó con viva ansiedad el muchacho.

—No, pero recuerdo ese apellido... ¡Sí, ya está! Recuerdo haber oído algo de su misteriosa desaparición, cuando estaba en Francia.

—Tú serías muy joven, Jacques —apuntó el amigo.

—Cierto, Germán. Pero lo recuerdo muy bien. Yo entonces también quería ser militar y me interesaba mucho todo lo concerniente al ejército. Y como el comandante Kermor fue un héroe durante la guerra de 1870 pues...

—Gracias, Jacques. Es usted muy amable al tener ese criterio de mi padre —manifestó el muchacho.

—No es sólo mi criterio, muchacho. ¡Toda Francia lo sabía!

—Sin embargo, algo debió pasarle para decidirse a desaparecer de esa forma —opinó a su vez Germán.

El muchacho quedó cabizbajo y los dos hombres respetaron su silencio. Sobre todo al tener que prestar atención al personaje que caminaba hacia ellos resoplando, secando el sudor de su frente y balbuceando:

—¡Uf! Menos mal que les encuentro. ¿Están todos bien? Perdonen a mi sobrino; es muy impetuoso y...

Jacques se adelantó ofreciendo con su simpática sonrisa amistosamente su mano al rechazar:

—¡Al contrario, señor! Juan corrió a salvarme y eso es de agradecer.

—¡Ah! Veo..., veo que ya se han presentado.

—Sí; nos dijo que se llama Juan de Kermor —terció Germán.

—Y yo Marcial... Ex sargento del Ejército francés.

—¡Es formidable estar entre compatriotas! — exclamó siempre festivo Jacques Helloch—. Germán y yo somos de Brest.

Y al instante, haciendo las presentaciones:

—Germán Paterne y yo Jacques Helloch. Cartógrafos, señor.

Contra lo que era lógico esperar, aquel recio y bigotudo ex sargento no pareció muy complacido al estrechar las manos. Sus ojillos vivaces no dejaban de observar a quien había dicho era su sobrino, y hasta se mostró un tanto esquivo al manifestar:

—Pues... si están bien, Juan y yo regresamos con los nuestros.

—¿Cómo? ¿Van a dejarnos ahora aquí? — apuntó Germán.

Pasando una de sus manazas con aire protector sobre los hombros de su «sobrino», aquel hombrón argumentó, medio volviéndose al detener sus pasos:

—Habrán visto que hemos hecho todo lo posible por ustedes, ¿no?

—Así fue, pero...

—Ustedes tendrán su ruta marcada y nosotros la nuestra.

—Sí, claro.

—¡Pues no se hable más!

Perplejos, intercambiando mudas miradas entre los dos, les vieron alejarse. Hasta que el genio vivo y festivo de Jacques Helloch le hizo comentar:

—¡Vaya un tipo!

—Sí, Jacques: se diría que le molesta nuestra presencia.

—Más bien diría que le molesta que hablemos con su sobrino. ¡Y no encuentro la razón!

—Ni yo.

—Además, en esa historia que nos contó el chico, creo que hay «algo» que no encaja. ¿Qué edad le supones?

—El dijo dieciséis años.

—Sí, pero vaciló.

—¿Y eso qué? Se sentiría confuso ante nuestra presencia.

—No. ¡Es que no nos dijo la verdad! Calcula; nos dijo que su padre desapareció cuando él sólo tenía dos años. Y como el comandante Kermor lleva dieciocho años desaparecido...

—Quiere decir que el chico ahora tendrá unos veinte.

—¡Exacto!

—Pues su rostro no parece el de un chico de veinte y...

—Es que su cara también tiene algo «raro».

—¿El qué?

—No sé...

Habían caminado siguiendo por instinto la dirección de tío y sobrino, sobre todo animados porque el muchacho, aunque desde lejos, de vez en cuando se había vuelto para mirarlos.

Así es que, llegado el momento en que los dos amigos pudieron distinguir a don Felipe, a don Miguel, don Varinas e incluso a un mestizo que parecía estar ordenando algo a varios ma-

rineros nativos. Por eso interrumpieron su conversación al indicar Jacques:

—¡Cuidado! Tenemos que saludar a ese grupo.

Al poco eran prácticamente obligadas las presentaciones, y tras las muestras de agradecimiento de los dos cartógrafos, don Felipe informó con gran alivio:

—Por fortuna, las tortugas siguen hundiéndose en el río.

—¡Ojalá no vuelvan a salir de ahí! —comentó Germán—. ¡Nos dieron un gran susto!

—¡Y a nosotros! —confesó don Varinas.

No lejos de allí el Orinoco hervía con miles de tortugas que a su vez, también satisfechas por encontrar su natural elemento, precipitadamente se hundían en la corriente dando durante algunos minutos a la superficie del agua una inusitada y movible apariencia.

Prácticamente el peligro había pasado y ahora sólo restaba pasar la noche descansando de

tanto trajín, así como reorganizar cada grupo la próxima marcha.

Jacques Helloch se acercó al muchachito que no se separaba de su tío, para indicar:

—Me temo que, forzosamente, tendremos que ser sus invitados. Con nuestra piragua, excepto los mapas y los instrumentos que llevamos encima, ¡lo hemos perdido todo!

—¡Oh, no se preocupe! —exclamó el joven—. Nos sobran suministros y...

Se interrumpió al intervenir inquietamente Marcial:

—¡Un momento! ¿Es que piensan seguir con nosotros hasta San Fernando?

—¿Qué otra cosa podemos hacer, sin embarcación...? —apuntó Germán.

Don Felipe se acercó conciliador al indicar al ex militar, que no daba muestras de sentirse satisfecho:

—Vamos, vamos, señor Marcial. Hay que ser más hospitalario. ¡Se trata de dos compatriotas vuestros!

Tieso el índice, Marcial se disponía a argumentar algo, cuando se detuvo al oír que su «sobrino» decía:

—Querido tío, vendrán en nuestra embarcación. ¡Desde ahora debemos considerarlos como nuestros invitados!

Los dos jóvenes cartógrafos, inclinándose a la vez ante el amable muchacho algo versallescamente, casi a la vez manifestaron:

—Será un honor, Juan... ¡Tú sí que eres un buen francés!

—¿Insinúan que yo no lo soy? —se encaró algo amoscado con ellos el irritado Marcial.

—¡Oh, no! —rechazó con gesto festivo Jacques—. Tiene usted todo el aire de un digno general del segundo Imperio.

—¡Sargento! —rectificó el ex militar—. Nada más que sargento; pero tan francés, tan patriota y tan hospitalario como el primero. Y si mi sobrino les ha invitado... ¡Sea!

Todos juntos caminaron hacia las dos embarcaciones, a las que los marineros nativos

estaban defendiendo con los remos y todo lo que encontraban de las tortugas que habían ascendido por el río. Pero los animales ya se mostraban tranquilos y pacíficos al haber encontrado nuevamente el agua y en pocos minutos todo volvió a la tranquilidad.

La noche había llegado y tanto el mestizo Vélez como el patrón de la otra embarcación de los geógrafos, se afanaron para preparar la cena; el campamento fue organizado con la mayor rapidez y el mestizo, siempre con su voz melosa, invitó:

—Señores, creo que hoy, más que nunca, se han ganado una buena cena.

Durante ella, siempre locuaces y con su aire festivo de no dar importancia a las cosas, los dos jóvenes cartógrafos contaron el ataque sufrido por parte de los indios quivas, la pérdida de su piragua, la forzada huida por la selva y el inesperado encuentro con las miles de tortugas. Al llegar a este punto fue cuando dijo Jacques Helloch:

—¿Qué podíamos hacer?

—Pero ¿por qué saltaron sobre ellas? — quiso saber el muchacho, que prestaba vivo interés a todo lo que contaban.

—Jovencito, en casos así es mejor imitar a los animales de la selva —intentó aclararle Jacques—. Saltando sobre ellas es la única manera de no ser arrollados.

—Los animales lo saben por instinto y, en casos así, siempre lo hacen —aclaró Germán.

—Sí, pero tuvieron que luchar contra los pumas.

—Fue terrorífico, pero... ¡emocionante! Nosotros les vimos y estuve temiendo que...

—Mi sobrino es muy emotivo —pretendió excusar Marcial.

—¡Y también muy valiente! —corrigió Jacques—. Fue el primero de ustedes que corrió hacia nosotros.

—Gracias, Jacques. Por fortuna, usted sólo sufrió un golpe leve en la cabeza.

—No te preocupes, Juan. ¡La tiene muy dura! —bromeó Germán.

—¿Tanto como para empeñarse en proseguir el viaje? —apuntó con una segunda intención Marcial.

Los dos jóvenes cartógrafos intercambiaron una mirada de inteligencia. Estaba claro que a aquel Marcial no le hacía mucha gracia el tener que compartir su embarcación con ellos, pese a la cordial invitación que les había hecho el jovencito. Y como no querían forzar las cosas Jacques indicó:

—Sí, Marcial. Germán y yo tenemos la cabeza tan dura, como para seguir empeñados en continuar nuestro trabajo. Seguiremos explorando el río, pero usted no se preocupe que...

—¿Preocuparme yo? ¿Y por qué habría de hacerlo? —intentó Marcial aclarar con aire festivo.

—Lo digo, porque sólo tendrán que llevarnos hasta Atures.

—¡Ah! ¿Ya no piensan seguir con nosotros hasta San Fernando?

—No... No queremos molestar.

—¡Pero si no molestan! —exclamó el muchacho.

—De cualquier manera, en Atures podremos adquirir otra piragua. Ese poblado no queda lejos, río arriba.

—¡Hombre! Me parece muy bien porque...

—¡Marcial!

—¿Qué, sobrino?

El muchacho se había puesto serio y recriminó a su «tío»:

—Parece mentira que un hombre tan bueno como tú...

—No te preocupes, muchacho —atajó Jacques, para evitar una posible discusión—. A Germán y a mí también nos gusta viajar solos. Bueno; quiero decir que como nuestra función es sacar mediciones del río y toda su cuenca, muchas veces tenemos que detenernos.

—Sí, los estudios cartográficos lo exigen así —le ayudó Germán.

—Y esos estudios cartográficos que realizan, ¿para quién son? —se interesó don Felipe.

—Para el Gobierno francés —aclaró Jacques.

—¡Muy interesante! —exclamó don Varinas.

—Nuestro viaje también lo motiva el estudio —dijo a su vez don Miguel.

La tirantez en la charla había sido olvidada y, tanto los tres geógrafos, como los dos jóvenes franceses, se pusieron a dialogar sobre problemas científicos que atañían al río Orinoco y toda su cuenca, con más de sus trescientos afluentes.

Marcial parecía más tranquilo y hasta más satisfecho, no dando reposo a los dientes que iban triturando la comida. Por su parte, siempre los ojos fijos en el varonil rostro de Jacques Helloch, el muchachito procuraba seguir el hilo de la conversación que aquel hombre y su amigo mantenían con los tres geógrafos.

Un poco más allá, el mestizo Vélez y los nativos ya dormían.

7

SE SEPARAN LOS CARTÓGRAFOS

Unos disparos hicieron que el corpulento Marcial despertase sobresaltado bajo el chamizo de la embarcación. Apartó el mosquitero, se cubrió precipitadamente con la camisa y sin esperar calzarse las botas se precipitó en la parte donde sabía reposaba su «sobrino».

El muchacho también había despertado y con cierta alarma indagó:

—¿Qué pasa, Marcial?

—No lo sé; pero al oír disparos temí que... a ti...

—Tranquilízate, hombre. ¡No me pasa nada!

—Sí, eso. ¡Encima riñeme! No hago más que des vivirme por protegerte, y tú...

—Yo agradezco tu interés, Marcial. Pero a veces...

—A veces..., ¿qué? ¡Vamos, dilo!

—Que a veces te pasas.

—Lo dices por esos dos jóvenes, ¿verdad?

—Admite que anoche no estuviste muy cortés con ellos.

—En cambio, tú sí. ¡Demasiado! Les invitaste a llevarlos en nuestra embarcación.

—Oíste que perdieron su piragua.

—¡Lo oí! Pero bien podían viajar en la otra. De no adelantarte tú, seguro que don Felipe y sus amigos les habrían invitado a ir en la suya.

—No habrá ningún peligro. No han discutido quién soy.

—¡Pero yo sí lo sé! ¡Y me inquieta que lo descubran!

—Eres un gruñón, Marcial. Deja de discutir y averigua quién ha disparado y por qué.

Fuera del chamizo que les servía de camarote, Marcial observó que en la vecina embarcación los tres geógrafos también se habían despertado bruscamente. Lo anunciaban las escasas ropas que vestían y don Felipe le gritó:

—¿Ha oído esos disparos?

—Sí... Parece que es en la jungla, algo lejos.

—Eso calculé yo —intervino don Miguel.

En aquel instante apareció el mestizo Vélez por la popa, informando:

—Tranquilos, señores. ¡No pasa nada!

—¿Y esos disparos? —insistió Marcial.

—Deben ser sus amigos, esos dos franchutes. Se levantaron muy temprano, para ir a cazar.

Unos minutos después, se acercaban a la orilla con aire muy satisfecho Jacques Helloch y su amigo Germán Paterne. Su botín de caza consistía en dos «ángeles», un «zuro» —palomas silvestres—, así como dos pécaris y un saíno, además de un «capuchino», uno de los monos pequeños y comestibles de aquellos territorios.

Lo dejaron todo junto a los rescoldos del fuego de la noche anterior, aunque el buen humor de Jacques Helloch le hizo lanzar más hacia la orilla el «capuchino» gritándole con aire festivo al ex militar:

—¡Ahí tiene, Marcial! Lo cacé para usted.

Todos sonrieron divertidos empezando a bajar de las embarcaciones, pero Marcial con repugnancia exclamó:

—¿Un mono?

—Es un «capuchino».

—¡Cómase lo usted!

—¿Qué dice, hombre? Le aseguro que bien guisado ofrece a los *gourmets* un excelente regalo para el paladar.

—¡Pues no lo quiero!

—Usted se lo pierde, amigo. El mismo Chaffanjón ha escrito en su libro que un «capuchino» vaciado y asado a fuego lento, según la costumbre de los indios, resulta muy apetitoso. ¡Un manjar escogido!

Sin dejar de festejar la broma del joven cartógrafo, el muchachito remachó:

—Es cierto, Marcial. Yo también lo leí en el libro del explorador Chaffanjón.

Molesto por sentirse el blanco de todos, el ex sargento insistió:

—Repito que no lo quiero. Me comeré una de esas palomas.

Mientras el mestizo Vélez y algunos nativos se aprestaban a preparar el desayuno, don Felipe dijo a los dos cazadores:

—Han sido ustedes muy amables, al molestarse en proporcionarnos carne fresca.

—Es lo menos que podíamos hacer; anoche nos invitaron ustedes.

Mirándoles con los ojos muy brillantes por la admiración que sentía, el joven muchacho comentó:

—¿Pero es que ustedes no se cansan nunca? ¡Han debido levantarse muy temprano!

—Ser explorador y perezoso no es compatible, Juan —dijo Jacques—. Te lo digo por experiencia.

La charla se hizo animada y general durante el desayuno, para al poco las dos embarcaciones proseguir el viaje Orinoco arriba. Por cierto que el terreno, al ir ganando altura, presentaba aspectos muy diferentes. No era ya la inmensi-

dad de planicies que se esparcían hasta el horizonte, sino que se perfilaban las montañas. Parecían una especie de cordilleras ribereñas que contrastaban con los llanos de la ribera derecha.

Entre estos cerros podían distinguirse los de Carichana, caprichosamente dibujados en medio de una región llena de lujuriosa verdosidad. Por la tarde, cuando la ribera derecha se convirtió en plana, las embarcaciones tuvieron que tomar el rumbo de la izquierda a fin de remontar el raudal de Cariben, único paso que el río ofrece en este sitio.

Al este se abrían esas extensas playas de tortugas, tan fructuosamente explotadas en otra época; pero esta explotación mal dispuesta y conducida sin cuidado, entregada a la avidez desordenada de los indígenas, no tardaría en producir, seguramente, la total destrucción de los quelonios. Cierto es que las tortugas habían ido abandonando ya, poco a poco, las playas de aquella parte. También Cariben, muy bien situado a poca distancia del Meta —uno de los

más grandes afluentes del Orinoco— ha perdido toda su importancia; ahora era un pueblecito que terminaría descendiendo al rango de aldeúcha del Medio Orinoco.

Durante este largo recorrido, el receloso Marcial se vio obligado a bajar la guardia más de una vez, aprovechándose el muchacho para acercarse a los dos jóvenes cartógrafos y charlar con ellos. Jacques sonrió agradeciendo aquella prueba de amistad, poniéndose a decir:

—¿Y ustedes qué harán, si en San Fernando no encuentran informes sobre tu padre?

—Subir hasta la misión del padre Esperante.

—¿Hasta Santa Juana?

—Sí... ¡No puedo desistir, después de haber llegado hasta aquí!

—¡Pero es peligroso, muchacho! Ya les dije que los quivas andan soliviantados.

—Oí que los agita un portugués, un evadido de Cayena.

—¡Razón de más! Ese bandido es un asesino.

La mano amistosa de Jacques Helloch se posó en el hombro del joven muchacho, para pedir:

—Juan... Creo que deberías pensarlo mejor y...

En aquel instante, como llovido del cielo, una vez más se presentó Marcial. Daba la sensación que le molestaba que alguien hablase con su sobrino y su excusa fue:

—Vamos, Juan, no debe darte tanto tiempo el sol. ¡No estas acostumbrado a este clima!

Jacques vio cómo lo llevaba bajo el chamizo, cuando la voz de Germán sonó a su espalda al decir:

—¿Qué? ¿Dándole vueltas al misterio del muchacho?

—La verdad, Germán. ¡Cada vez me intriga más!

—¡Y dale! ¿Qué nos importa, si su tío le mi-ma tanto?

—¿Mimar? Lo que ocurre es que no le deja casi hablar. Se diría que teme que el chico diga algo que no les interesa.

Al fin fueron acercándose al poblado de Atures, donde los dos jóvenes cartógrafos franceses desembarcarían para alquilar una pira-gua, al objeto de proseguir con su misión. En otra época, los pasajeros hubieran descubierto en aquel sitio una población próspera y anima-da, habitada por indígenas activos y con un movimiento comercial en aumento. Pero por muy distintas causas todo había cambiado mu-cho y Atures no contaba con más de una doce-na de casas, habitadas por unos cuantos indios que acudieron al muelle como un enjambre de moscas hambrientas, para ver lo que podían conseguir de aquellas dos embarcaciones.

El momento de la despedida había llegado y el joven muchacho dejó hablar a su corazón, al decir a los dos cartógrafos:

—Siento que tengan que seguir sus explora-ciones sobre el río. Me habría gustado que...

Adivinando su apuro, sonriente Jacques Helloch extendió su mano amistosa al apuntar:

—¡Quién sabe! Tal vez volvamos a encontrarnos en San Fernando.

—¿Ustedes creen? —preguntó el joven, con la esperanza en sus vivaces ojos.

—¿Por qué no? —animó a su vez Germán—. Lo más difícil de nuestro trabajo está hecho; ahora sólo se trata de unas simples comprobaciones y al terminar iremos allí.

Don Felipe también se despidió, manifestando:

—Créanme que fue un encuentro poco agradable al principio por todo lo que pasó, pero que luego ustedes han sabido hacerlo muy ameno.

—Les deseamos suerte en su trabajo —dijo don Miguel.

—Y nosotros a ustedes, don Varinas.

—¡Ah, amigos! Cuando nos volvamos a ver, estaremos celebrando mi triunfo.

—¡O el mío! —volvió a terciar don Miguel.

—¿Y por qué no el mío? —retó don Felipe—. Yo les demostraré a mis dos tenaces colegas... ¡Que el Orinoco es el Orinoco, y no el Guaviare ni el Atabapo!

—¡Narices! —estalló una vez más don Variñas, que perdía los estribos cada vez que se discutía aquel tema—. El Atabapo es el río que...

—¡Por favor, amigos! —pidió calma Germán—. Ustedes tienen prisa y nosotros también.

—Es cierto —recordó Jacques—. Debemos encontrar una piragua que nos sirva.

El mestizo Vélez ya empezaba a lanzar la vela de la embarcación secundado por sus marineros, cuando precipitadamente una vez más la mano del joven muchacho se extendió al decir:

—Adiós, Jacques... Que tengan suerte, Germán. ¡Les prometo que no les olvidaré!

—¡Vamos, vamos! —apremió Marcial.

Las dos embarcaciones continuaron remontando la corriente fluvial y, mudamente, con los

ojos clavados en una de ellas, Jacques alzó el brazo desde lejos continuando silenciosa la despedida. Fue preciso que Germán le tocara en la espalda al indicar al melancólico amigo:

—¿Piensas seguir toda la vida aquí, Jacques?

—Tienes razón, Germán; tenemos que seguir con lo nuestro.

Las dos piraguas siguieron la navegación normal, aunque varias horas después tuvieron que utilizar muy hábilmente el velamen para maniobrar por la corriente que poco a poco fue haciéndose más impetuosa y rápida. Era debido a que varios ríos vertían por allí sus aguas torrenciales sobre el ancho Orinoco, lo que permitió demostrar al mestizo Vélez y al patrón de la otra embarcación que eran hombres que conocían muy bien su oficio.

Gracias a la brisa, las barcas pudieron contornear las rocas de Nericawa, aunque lo consiguieron con mucha habilidad y no pocas dificultades; el peligro estaba en que una embarcación, cogida inopinadamente por la fuerte co-

rriente, fuese arrojada contra los escollos, donde inevitablemente se destrozaría.

Después de haber sorteado los peligros del raudal del afluente Aji, los marineros no fueron menos dichosos en el paso del raudal del Castillito, el último que puede estropear la navegación del río subiendo a San Fernando. Con el natural disgusto Marcial advirtió que Vélez no se había engañado en sus predicciones; el viento caía y las velas no podían vencer casi la corriente. Sólo a veces, cuando venían fuertes ráfagas de viento húmedo y caliente, las embarcaciones ganaban la marcha habitual.

Era evidente que el estado atmosférico amenazaba verse perturbado en plazo breve. Al sur, nubes grises con tintes fuliginosos inundaban el horizonte; el sol, que a la hora de su culminación pasaba el cenit, no tardaría en desaparecer tras la espesa cortina de vapores.

TORMENTA Y PELIGRO EN EL ORINOCO

Los primeros relámpagos cruzaron las nubes que amenazaban estallar; ni un soplo de viento venía del norte. La tempestad, pues, ganaba terreno extendiendo sus alas eléctricas de levante a poniente; toda la extensión del cielo sería rápidamente invadida por aquellas masas fuliginosas.

Por prudencia, en las dos embarcaciones las velas habían sido arriadas, tanto más cuanto de momento ningún servicio prestaban. Así pasaron cerca de la isla Amanameni, para dejar atrás al poco la conocida con el nombre de Guayartivari, de extensión no menos considerable en medio del ancho río Orinoco.

Unas horas después, casi amanecía el nuevo día, las embarcaciones llegaron a la altura donde —según el criterio de don Felipe— el río Guaviare desembocaba en la corriente del Orinoco, a menos de que no fuese el Orinoco el

que hubiera desembocado en el Guaviare. Es decir, en el caso de que el señor Miguel tuviera la razón.

Seguía haciendo un calor insoportable y el aire parecía cargado de electricidad, pero don Felipe tuvo el humor de comentar, al observar la conjunción de las dos corrientes:

—¿Qué arroyuelo es éste?

—¿Un arroyuelo el Guaviare, que los barcos pueden remontar cosa de mil kilómetros? —se apresuró a rechazar con indignación don Miguel—. ¡Es mi Guaviare!

—¿Ah, sí? —se unió a la broma don Variñas—. Creí que era un afluente sin importancia.

—Ustedes dos quieren hacerme perder los estribos —admitió don Miguel—. Pues han de saber que ese «arroyuelo», riega los pies de los Andes y es capaz de arrojar un caudal de tres mil doscientos metros cúbicos por segundo.

La discusión se habría prolongado como tantas otras veces, de no anunciar en aquel instan-

te uno de los marineros nativos de la embarcación de los tres geógrafos:

—¡Chubasco! ¡Chubasco!

Tal es, en efecto, el nombre indio del terrible ramalazo de viento que acababa de desencadenarse en el límite del horizonte. Y el chubasco anunciaba que pronto caería como una formidable avalancha sobre el lecho del río Orinoco.

Un momento antes, la atmósfera aparecía tranquila; más que en calma, pesada, espesa, como si el aire, por el intenso calor, estuviera solidificado. Las nubes, saturadas de electricidad, invadían el cielo. Pero el viento pronto encontró en el cenit cúmulos que con gran furia los dispersó, amontonó a otros y terminó produciendo lluvia y granizo que agitaron aquella encrucijada fluvial, donde se mezclaban las aguas de un río poderoso y las de uno de sus más grandes tributarios.

El primer efecto del chubasco fue separar a las dos embarcaciones de la embocadura del Guaviare; el segundo, no solamente mantener-

las contra la corriente, sino arrastrarlas oblicuamente, con lo que las aguas del Orinoco chocaban contra ellas.

Desgraciadamente, los naturales del país saben muy bien que tales chubascos son fecundos en desastres. Quien no ha sido testigo de ninguno de ellos no puede formarse idea de su formidable impetuosidad. Engendran húmedas ráfagas mezcladas con granizo, cuyo choque no se soportaría impunemente; agua metralla que atraviesa las paredes de los cobertizos.

Al oír el grito de «¡Chubasco! ¡Chubasco!», los pasajeros habían buscado refugio bajo los chamizos, mientras los marineros nativos luchaban con las dificultades de la navegación, cada vez más críticas.

Desde su puesto de mando, el mestizo Vélez se puso a gritar en la embarcación donde viajaban Marcial y el joven muchacho:

—¡Cuidado! ¡Ahí están los saltos de Aji!
¡Tendremos que ir sorteando todos esos escollos!

Todo crujía cuando la embarcación chocaba con alguna ola monstruosa, que precipitaba a bordo enormes cantidades de agua. Medio hundida por esta sobrecarga, le hizo temer al jovencito:

—¡Nos hundiremos, Marcial!

La ribera derecha del Orinoco quedaba a más de mil metros de distancia, por motivo de la curva que describe el río rodeando la embocadura del Guaviare; se la veía a través de la lluvia y el granizo, blanca por la espuma que cubría sus peligrosos arrecifes, así como en los escollos que sobresalían en la agitada corriente.

Y, de pronto, la embarcación sufrió una terrible sacudida.

Acababa de chocar violentamente contra uno de los escollos, dando tan bandada que, si bien no naufragó por completo, con el encontronazo lanzó al joven muchacho al agua.

Un grito terrible dominó por un instante el ensordecedor estruendo de la tempestad:

—¡Ah...! ¡Marcial...!

Presenciando el alarmante espectáculo desde la otra embarcación, don Felipe anunció:

—¡Miren! ¡Han zozobrado!

—¡Y ese muchacho no tendrá fuerzas para luchar con las aguas! —temió don Miguel

—Eso, suponiendo que sepa nadar —musitó don Varinas.

Marcial no dudó un instante y se disponía a arrojar a la corriente, cuando las musculosas manos del mestizo Vélez le sujetaron al pedir:

—¿Está loco, señor? ¡Se ahogará también!

—¡Aparte! ¡Nadie me lo impedirá!

—¡Pero es...!

—¡Le digo que me suelte! ¡Tengo que hacer algo!

Pese a sus cincuenta años cumplidos, Marcial continuaba siendo un hombre vigoroso. En aquellos instantes ni tres Vélez juntos habrían sido capaces de sujetarle, por lo que empujándoles con fuerza, consiguió su objetivo.

Pero se equivocó al pensar que con unas cuantas brazadas podría llegar hasta quien pre-

cisaba ayuda. En su confluencia con las aguas del Guaviare la corriente del Orinoco había multiplicado su rapidez; las aguas bajaban reueltas por los efectos del chubasco que había terminado en furiosa tempestad, y el otro náufrago, pese a sus esfuerzos por mantenerse a flote, también era violentamente arrastrado.

—¡Marcial! ¡Marcial! ¡Socorro! ¡Me...!

Los gritos de angustia tenían la virtud de multiplicar las fuerzas de los vigorosos brazos del ex militar. Miles de veces aquel hombre había tenido que confiar en su fortaleza física para salir airoso de otras tantas empresas, sobre todo en las batallas que Francia tuvo que librar cuando la guerra de 1870.

Pero ahora no se trataba de luchar contra otros hombres, de disparar con puntería, correr, atacar o mostrarse duro y resistente durante las marchas. Ahora tenía que enfrentarse a las ciegas fuerzas de la Naturaleza desatada, donde la más decidida voluntad del hombre generalmente pocas veces vence.

Fugazmente pensó en todo esto y se desesperó. Pero intentando darse ánimos a él mismo continuó nadando, sin dejar de gritar:

—¡Aquí! ¡Sigue aguantando! ¡Voy para...!

Las botas y la ropa no le permitían nadar bien. Su propio cuerpo pesaba una tonelada, pero se dijo que no disponía ni de un solo segundo para entretenerse en librarse de todo aquello.

—¡Tengo que seguir! ¡Tengo que seguir! —se repetía mentalmente.

Y también angustiado, azotado el rostro por las revueltas aguas que lo envolvían todo, de vez en cuando:

—¿Dónde estás? ¡Dios mío! ¡No... no te veo!

Notó que la impetuosa corriente le estaba acercando a la orilla izquierda, enfadándose consigo mismo. Eso indicaba que también le empezaban a fallar las fuerzas, puesto que su vigoroso nadar le apartaba de la mitad de la corriente, adonde debía volver si quería conseguir algo.

—¡Ahí! ¡Ahí estás! ¡Ahora veo tu mano alzada! —farfulló lleno de esperanza.

Se había aferrado a uno de los escollos, procurando mantenerse a flote mientras se orientaba. Pero lo terrible era que no podía permitirse el lujo de descansar ni un instante allí, para recuperar las fuerzas. Por eso nuevamente se lanzó a luchar contra la caprichosa corriente, sin advertir que con su propia desesperación a la vez se lanzaba contra el escollo que le había servido de asidero. Bajo el agua sus rodillas chocaron contra las rocas cortantes y afiladas por la incesante corriente, haciéndole exclamar de dolor:

—¡Ah! ¡Mis rodillas!

Aquel nuevo retraso fue suficiente para las fuerzas del que pretendía salvar, aun a costa de arriesgar su propia vida. Por última vez Marcial vio cómo una mano aleteaba sobre las revueltas aguas, en una muda, pero angustiosa petición de ayuda.

—¡Dios mío! ¡Se hunde! ¡No... no puede más!

Olvidó sus doloridas rodillas, desechó su propia incapacidad física mermada por el constante esfuerzo, olvidó la terrible tormenta y todo lo que le rodeaba, para lanzarse a bucear bajo las aguas en un último intento.

Y lo hizo dispuesto a morir ahogado también, si no conseguía lo que más anhelaba en aquellos trágicos momentos.

Mientras el valeroso Marcial buceaba bajo las aguas, en la superficie del embravecido Orinoco la tragedia también seguía. En el tremendo encontronazo contra el escollo, la embarcación del mestizo Vélez amenazaba con partirse en dos y su patrón bramó a los marinos nativos:

—¡Todos al agua, o nos hundiremos también con estos despojos!

El mismo se lanzó a la corriente, con la esperanza de que si habían sido vistos por los de la otra embarcación maniobrarían para ayudarlos. Le seguían sus marineros quienes, hábiles na-

dadores, no sólo sabían sortear los peligrosos escollos, sino también aprovechar el furioso oleaje para acercarse más a su objetivo.

En efecto, aunque con mil dificultades y ayudándose con los remos, la otra embarcación procuraba acercarse y en una lucha titánica la tripulación conseguía uno a uno ir rescatando a sus compañeros. El forzado Vélez fue el último en ser atrapado por las manos ansiosas de los tres geógrafos, animándole don Felipe:

—¡Arriba, amigo!

—¡Uf! ¡Cuidado! Creo..., creo que mi pierna derecha está herida. ¡Casi no la puedo mover!

—Un poco más y... —jadeó el fatigado don Varinas.

Cuando al fin el mestizo quedó tendido sobre la cubierta, olvidándose de su pierna herida con los escollos y hasta de los tres geógrafos que se inclinaban para atenderle, se puso a pedir:

—¡Hay que subir a ese loco!

—¿Se refiere a Marcial?

—¡Sí! Se lo advertí. ¡Estúpidamente se lanzó al agua!

—Vimos lo ocurrido. Se lanzó porque el muchacho...

—No le podrá salvar. ¡Yo conozco bien estas tormentas!

—Bien, pero ahora...

—¡Hay que maniobrar, señores! ¡Y hacerlo rápido! Si no salimos pronto de aquí, esta embarcación correrá la misma suerte que la mía.

Con gran esfuerzo, el mestizo consiguió ponerse en pie, para ordenar al instante señalando a dos de los marinos nativos:

—¡Tú y tú! ¡A por ese hombre! ¡Y rápidos!

Los tres geógrafos silenciosamente admiraron la disciplina de aquellos indios. Ni un solo instante parecieron dudar en cumplir lo que podía significar su muerte, lanzándose con habilidad y rapidez a la agitada corriente del Orinoco que rugía como un auténtico océano en medio de aquella furiosa tormenta.

Los vieron nadar vigorosamente en busca de Marcial, sorteando con suma pericia los peligrosos escollos de las rocas en espera de que, cuando saliera a respirar para tomar aire en sus pulmones, pudieran acercarse a él.

Y cuando lo consiguieron le escucharon gritar:

—¡No..., no! ¡Uf! ¡Tengo que seguir! ¡Seguir!

—¡No le hagáis caso! —bramó con su recio vozarrón el mestizo Vélez desde la embarcación—. ¡Arrastradle hacia aquí!

No fue tarea fácil, pese a que el visible agotamiento de Marcial permitió a los dos valerosos indios arrastrarle hacia la embarcación. Pero aun ya estando en ella rodeado por los tres geógrafos que pretendían consolarle, le escucharon musitar terriblemente apenado:

—¡Dios mío! ¡Déjenme seguir buscando!
¡Déjenme!

—Todo sería inútil, amigo mío —dijo don Felipe.

—¿No lo comprende, Marcial? —le secundó don Varinas.

Menos amable por la firmeza empleada, el mestizo Vélez se puso a decir:

—¿Es que quiere ahogarse también?

Levantando la cabeza abrumada, Marcial reprochó:

—¡Usted tiene la culpa!

—¿Yo, señor?

—¡Sí, usted!

—Por favor, Marcial —solicitó don Felipe.

—¡Es cierto! ¡No supo maniobrar hábilmente y la embarcación zozobró!

—¿No ve cómo está la corriente? —se defendió el mestizo—. ¡Ni el más hábil marino puede con el Orinoco, cuando baja así!

Nadie podía dudar de que Vélez tenía razón, por lo que don Miguel suplicó al hombre medio trastornado por el dolor:

—Debe calmarse, Marcial. Nada se adelanta reprochándonos cosas.

—Y menos, si nos entretenemos en discutir —remachó el mestizo—. ¡Lo que hace falta es salir de esta zona! Está cuajada de escollos muy peligrosos y con esta tormenta-Realista como siempre, don Felipe apuntó:

—¿Qué sugiere usted, Vélez?

—Muy sencillo: en vez de seguir empeñándonos en remontar el río, bajar por él.

—Eso retrasara el...

—Ahora nada importan los retrasos, señores. ¡Lo importante es salvarse! Será más fácil navegar y saldremos pronto de esta zona. Se puede atravesar bien normalmente, pero insisto que con esta tormenta...

—¡No se hable más! —indicó don Miguel, aunque vuelto hacia los otros indagó—: ¿Están ustedes de acuerdo?

—Por mí, sí —consintió don Varinas.

—Y por mí —aceptó don Miguel.

—Al fin de cuentas, Vélez es el que más entiende de estas cosas —remachó don Felipe.

Marcial seguía como anonadado por el dolor y no intervenía, pero al oír el acuerdo musitó lloroso:

—Al menos, si tenemos un poco de suerte río abajo podremos rescatar su cadáver.

—No debe atormentarse usted, Marcial — pidió don Varinas.

—¿Y cómo evitarlo, don sabiondo? ¿Poniéndome a pensar en lo que a ustedes les interesa? A mí no me importa si este maldito río es el Orinoco, el Guaviare o el Atabapo. Nosotros..., mi sobrino y yo, sólo veníamos para intentar localizar al comandante Kermor y ahora..., ahora...

Se interrumpía en su desahogo y terminó:

—En caso de encontrarle... ¿Qué le digo de su hijo? ¿Que he permitido que este condenado río se lo trague? '

—Usted hizo todo lo posible. Y en cuanto a nuestro interés científico sobre este río, tiene que saber que...

Don Varinas se interrumpió ante el gesto de don Felipe que le pidió:

—No ha querido ofendernos, don Varinas. Debemos comprender que sus palabras son fruto del dolor que siente. Juan era un muchacho lleno de vida y simpatía que se hacía querer y nuestro buen amigo Marcial...

—¡Nada de «buen Marcial»! —volvió a estallar, furioso contra él mismo—. ¡Soy un inútil!

—Por favor...

—¡Sí! Eso es lo que soy... Un pobre viejo que no tuvo fuerzas suficientes para acercarme a él y salvarle. Yo..., yo... ¡Me quisiera morir!

Ya hacía algunos minutos que el mestizo Vélez se había hecho cargo de la embarcación, maniobrando con una habilidad en medio de la impetuosa corriente que le acreditaba como excelente marino. Pero llegó un momento en el que, incapaz de resistir más, cuando vio acercarse a don Felipe le confió:

—Señor, van a tener que entablillarme esta pierna. ¡La tengo medio rota!

—Deje el mando a uno de sus hombres, tumbese y...

—No, señor, no podemos permitirnos esos lujos. ¡Debo seguir aquí, en pie!

—Pero así...

—¡Háganlo como puedan, por favor! ¡Lo primero es seguir conduciendo esta embarcación!

Viendo los ímprobos esfuerzos de aquel hombre rudo pero valiente y pundonoroso, el geógrafo extendió su mano y reconoció:

—¡Es usted todo un hombre, Vélez!

9

CABELLOS DE MUJER DEBAJO DEL AGUA

En la frágil piragua conseguida, a la que habían aplicado una vela, los jóvenes cartógrafos franceses Jacques Helloch y Germán Paterno habían tenido que soportar a su vez la terrible tormenta sobre el Orinoco.

Pero ellos dos, por navegar mucho más retrasados, habían tenido la gran ventaja de darse

cuenta de lo que se les venía encima a muchas millas más abajo de los peligrosos escollos de Aji. Ciertamente que la corriente del río empezó a aumentar, haciéndose mucho más impetuosa cuando estalló el chubasco, pero se limitaron a remar hacia una de las orillas, pusieron su embarcación a buen recaudo y tras extender su tienda de campaña aceptaron con resignación:

—A esperar, Germán. Ya pasará la tormenta.

—¡Qué remedio, Jacques! Cualquiera sigue por el río con lo que empieza a caer.

Totalmente ajenos a la tragedia sufrida por sus amigos, bien protegidos bajo su tienda de lona, los dos jóvenes cartógrafos se dedicaron a poner en limpio los muchos datos de sus notas y mediciones.

El Gobierno francés debía quedar bien satisfecho con su trabajo.

Todo lo más, viendo que la tormenta se dilataba durante horas, a Jacques se le había ocurrido comentar con el amigo:

—Espero que a ese muchachito y a los geógrafos no les pase nada.

—No te preocupes, hombre. ¿No viste que llevan buenas embarcaciones y un excelente patrón? Ese Vélez me pareció...

—Sí, pero cuando el Orinoco se enfada, ya sabes lo que pasa.

Pasada la tormenta habían seguido río arriba y, como buenos exploradores, no se extrañaron de cómo bajaban las aguas: sucias, revueltas y, como era lógico, arrastrando infinidad de ramas, troncos de árboles abatidos y, por supuesto, algunos animales ahogados medio flotando.

—Buen festín para los voraces cocodrilos —comentó Germán, sin dejar de remar.

—¡Cierto! —aceptó el amigo.

Ignoraban que, poco después, los dos casi tendrían que gritar a la vez:

—¡Cocodrilos!

Fijando la vista en la orilla izquierda donde se había formado una especie de playa, Jacques

observó a los inquietos reptiles hidrosaurios al indicar:

—¡Ahí los tienes, Jacques!

—Si antes pensamos en ellos, antes los vemos.

—Mira cómo se desperezan.

—Lo malo es que... ¡Vienen hacia aquí, Jacques!

—No te preocupes, tienen muy dura la piel, pero nuestros rifles les mantendrán a raya.

—¡Eso espero!

Los dos amigos empuñaron las armas, dispuestos a no permitir que ninguno de los cocodrilos se les acercaran. Eran conscientes de que la frágil piragua india no podría soportar la furiosa embestida de aquellos reptiles de hasta cuatro y cinco metros de largo, así como en el caso de que la lucha tuviera que sostenerse en mitad de la corriente del río sin su embarcación, los vencedores no serían, precisamente, ellos dos.

Por lo tanto, lo que debían conseguir era mantenerlos lejos.

Y por lo tanto, para conseguirlo lo mejor era centrar el fuego en uno de ellos, sobre el cual el resto se cebaría al verle muerto.

—¿Qué te parece ese de la izquierda, Germán?

—Además, es el que está más adelantado.

—¡Pues duro con él!

Los dos rifles se pusieron a tronar casi al mismo tiempo. El animal recibió el impacto de las balas, pero debido a su formidable coraza las heridas no fueron mortales: siguió avanzando marcándoles la ruta a los demás, aunque pareció frenar algo su marcha a juzgar por la forma de cortar la superficie del agua con sus formidables mandíbulas medio sumergidas, al igual que el resto de su largo cuerpo.

—Parece que no ha tenido bastante, Jacques.

—Le daremos otra ración.

Nuevamente los rifles trepidaron, pero aquella vez con menor fortuna. Jacques Helloch

vio perfectamente cómo su bala levantaba un pequeño surtidor de agua en torno a la silueta del reptil, a la vez que Germán Paterne también fallaba. La distancia entre ellos y la manada de cocodrilos cada vez se acortaba más, y Jacques masculló:

—Es difícil hacer puntería sobre esta piragua.

—Sí, la corriente la hace moverse mucho.

Germán Paterne se dispuso a afinar más la puntería, cuando inesperadamente creyó observar que la manada de cocodrilos empezaban a variar de dirección. Se extrañó, quedó un instante confuso y la explicación le vino del amigo que indicaba, señalando hacia la orilla izquierda:

—¡Mira allí, Germán!

—¿Dónde?

—Allí, junto a las rocas del fondo, sobre aquel tronco de árbol flotando en el río.

—¡Diantre! Es..., es... ¡Una persona! Está aferrada al tronco y me parece que es..., es...

—¡Alguien a quien conocemos, amigo! —
terminó Jacques.

No podían perder más tiempo en averiguaciones y, además, fuera quien fuese la persona, era evidente que precisaba de toda su ayuda. Los cocodrilos nadaban velozmente hacia aquel punto, a todas luces con la seguridad de conseguir una buena pieza para sus voraces estómagos.

—¡Dispara ya, Jacques! ¡Dispara, hombre!

—Es que podemos alcanzarle a él y entonces...

—¡Diantre! Hay que arriesgarse, chico. ¿O quieres que le alcancen y le partan en pedazos?

—No, pero...

Germán Paterne no daba reposo al rifle, aunque con el movimiento de la piragua, la marcha de los reptiles y posiblemente la precipitación con que lo hacía dado la premura, no podía decirse que tenía uno de sus mejores días. El fallo de su puntería era anunciado por los surtidores de agua que levantaban las balas en

torno de los terribles carniceros, aunque en una de las ocasiones pudo exclamar triunfantemente:

—¡A ése sí que le di! ¡Mira cómo agita su inmunda cola!

—Eso no será suficiente, Germán. Hay... ¡hay que intentar algo más!

—No pretenderás que me lance al agua con el cuchillo entre los dientes, como si fuese un terrible pirata para...

—¡Me has dado una idea, Germán! ¡Precisamente eso voy hacer!

—¿Cómo...? ¿Estás...? ¡Estás loco, chico!

Pero Jacques Helloch no lo pensó dos veces. Sólo tardó en lanzarse a la corriente del ancho río el tiempo de sacar de su funda el cuchillo de monte, aunque con ocasión para indicar:

—¡Tú sigue disparando contra ellos, Germán!

—¡Eh! Un momento... Ven aquí o te destrozarán a ti y...

Ya nada podía evitar y, furiosamente, entre dientes masculló:

—¡Condenado seas! ¡Eso es un suicidio, Jacques! Si sales de ésta te voy a...

Nuevamente se interrumpió; mientras recargaba el rifle, al fin había reconocido al náufrago que seguía pugnando por sujetarse al tronco del árbol que arrastraba la corriente del río, volviendo a exclamar:

—¡Por Dios vivo, pero si es Juan! El muchacho que...

Mientras disparaba nuevamente, empezó a comprender al valeroso amigo. Jacques Helloch había cometido aquella locura, más que para salvar él mismo al joven muchacho, para llamar la atención a la manada de cocodrilos; así los reptiles nadarían hacia él y posiblemente el amigo que dejaba sobre la piragua tendría nuevas oportunidades para terminar con alguno de ellos con sus disparos.

—¡Y lo está consiguiendo! —se animó a sí mismo.

Sin embargo, con la astucia y la destreza de los de su especie, uno de los cocodrilos prefirió seguir hacia la segura presa, en vez de acudir a lo que había agitado las aguas al lanzarse a ellas. Y aún hizo más, ya que ladinamente abandonó la superficie y para atacar desde abajo nadó hacia las profundidades del río, elemento en el que se podía desenvolver mucho más diestramente.

Jacques Helloch le vio desaparecer y la inteligencia del hombre le llevó a calcular lo que se disponía a realizar la fiera. Su cuerpo joven y vigoroso recibió como una sacudida que le impulsó a moverse más velozmente: era el aviso del cerebro que le proporcionó más energía al pensar lo que podría ocurrir de no llegar a tiempo.

Y también, para evitar la fuerza de la corriente y poder nadar más veloz, el hombre se hundió a su vez en las aguas del río en un desesperado afán de alcanzar su objetivo, que era el vientre de aquel astuto cocodrilo, con el que

tendría que luchar de poder a poder con todas sus fuerzas.

La pasada tormenta había agitado mucho las aguas y la visibilidad dentro de ellas resultaba escasa. Pero alcanzó a distinguir la movible silueta del monstruo, que ya ascendía nuevamente con toda seguridad guiado por su instinto hacia la presa. El hombre frenó su impulso para seguir hundiéndose, realizando un eficaz movimiento de frenada con todo su cuerpo; pero al instante se propulsó con brazos y piernas hacia aquella gigantesca sombra que ascendía, en su afán de cortarle el camino.

Jacques Helloch sintió una molesta e inquietante sensación en el pecho, temiendo que sus pulmones estallaran. Pero su cerebro le hizo desechar todo lo que no fuese evolucionar bajo el agua hasta situarse bajo las mismas largas mandíbulas del reptil, al objeto de poder clavar hasta la empuñadura la hoja acerada de su cuchillo de monte.

Pudo hacerlo gracias a la sorpresa, puesto que el cocodrilo aún no se había dado cuenta de la inesperada presencia del hombre. Pero cuando se sintió herido el monstruo se detuvo, todo su formidable cuerpo se sacudió y el brusco movimiento despidió a su atacante hacia la superficie del agua.

Jacques abrió la boca y con ansias locas renovó el aire en sus pulmones. La sensación de alivio que sintió le permitió razonar que una sola cuchillada no era suficiente para terminar con un animal de cinco metros de largo. Por otra parte, ya no podía permitirse el lujo de elegir.

Se había empeñado en una feroz lucha en la que sólo podía haber un vencedor; y ése debía ser él, si no quería morir también.

Una segunda bocanada de aire le dio el ánimo suficiente para volver a nadar bajo el agua, en el instante mismo que el enemigo atacaba. Con veloz movimiento hurtó las piernas encojiéndose sobre sí mismo todo lo más que pudo,

pero para al segundo aprovechar la postura y nuevamente propulsarse hacia el reptil, que iba dejando una negra estela de la sangre que fluía de su garganta herida.

¡Y era allí donde debía volver a atacar!

Aquella vez no resultó tan fácil, pero al fin logró situarse en excelente posición para buscar las únicas partes vulnerables del cocodrilo. Una y otra vez hundió el cuchillo, poniendo todas sus energías en los golpes, consciente de que en ello no sólo le iba la vida a él.

En su vida aventurera, una vez más Jacques Helloch se encontraba frente a la disyuntiva de tener que matar... ¡o morir!

En una de las veloces revueltas del animal herido de muerte, el hombre nuevamente fue lanzado como un muñeco de trapo hacia la superficie. Pero en aquella ocasión, aunque ello otra vez por instinto abrió la boca y le permitió llenar sus pulmones, no se soltó. Jacques Helloch siguió obstinadamente aferrado con la mano izquierda al cuerpo del monstruo, en su

afán de continuar hiriendo, hundiendo su cuchillo una y otra vez con una fuerza de furia vengadora.

Fue cuando, casi indescriptiblemente, creyó reconocer una voz que decía no muy lejos de él:

—¡Dios mío! ¡Es él! ¡Es Jacques!

No supo por qué, pero el sonido de aquella voz le sirvió para revitalizar sus fuerzas, a punto de agotarse. Como si al oírla su cuerpo se inundase de una alegría loca que le impulsó a su vez a lanzar al aire un grito.

—¡Ahhh...!

No era grito de victoria, pero sí el del combatiente que a sí mismo se anima para proseguir la lucha. Las revueltas y agitadas aguas ya estaban teñidas de rojo, formando hombre y bestia una sola masa.

Jacques Helloch penetró bajo el agua una vez más, aunque en aquella ocasión arrastrado por el cocodrilo que se hundía. Los movimientos cada vez más lentos del animal le indicaron que ya ni se defendía y eso le hizo soltarle, para

con brazos y piernas buscar nuevamente la superficie.

Regalo de los dioses le pareció al hombre aquel aire que podía volver a respirar nuevamente. Valía muchísimo más que la mejor medalla, porque era el triunfo de la audacia y la inteligencia contra la fuerza y el instinto ciego.

—¡Ah! ¡Al fin! —musitó entre dientes.

Tan intensamente nada más se preocupaba por su recuperación, que no fue capaz de darse cuenta que sólo a muy pocas brazadas unos ojos le miraban fijamente; y en aquellos ojos no sólo podía adivinarse la justificada admiración y el agradecimiento, sino también otro sentimiento.

¡El amor!

El hombre no se dio cuenta de esta proximidad, hasta que la misma voz que le había animado no hacía mucho le llamó:

—¡Jacques! ¡Jacques! ¡Estoy aquí!

El hombre giró velozmente el rostro y descubrió al náufrago sujeto al tronco de árbol que

seguía arrastrando la corriente del río. Fue a nadar hacia allí, pero un segundo pensamiento nuevamente le detuvo al oír ruidos de disparos.

Río abajo, a poca distancia y desde la pira-gua, el amigo continuaba la lucha contra los cocodrilos.

—¡Bravo, Germán! ¡Sigue disparando y aleja a los otros!

Cuando Jacques quiso volver la atención hacia el joven náufrago, al observar la actitud que en precario equilibrio ahora guardaba sobre el tronco del árbol, le hizo exclamar:

—¡Se ha desmayado!

Un instante después el joven náufrago se hundía, desapareciendo bajo la corriente.

—¡Lo que faltaba! ¡Ahora se hunde en el agua! —masculló el hombre.

Pero al instante se puso a nadar hacia allí, para a su vez bucear en busca de aquel cuerpo que debía haber agotado toda su capacidad de resistencia.

Y entonces, bajo las aguas del soberbio Orinoco, Jacques Helloch hizo el más inesperado descubrimiento de su vida, al poder distinguir que de la cabeza del joven Juan una larga mata de cabellos negros quedaban al fin sueltos, flotando ondulantes en el agua.

El hombre no quiso dar crédito a lo que veían sus ojos, empezando a buscar en su cerebro mil excusas para lo que seguían viendo sus pupilas. El estaba tremendamente cansado, las aguas del río bajaban revueltas y turbias y todo podían ser nada más que figuraciones suyas.

«No... Juan no puede ser una mujer», se negó a sí mismo.

Pero cuando consiguió alcanzar aquel cuerpo, al poner las manos en él para arrastrarlo hacia la superficie, nuevamente su criterio tuyo que variar.

«¡Sí, es una mujer!», se volvió a decir.

Extraña sensación aquella, y precisamente sentida allí, bajo el agua, en la corriente del Orinoco y en aquellos momentos en los que los

dos habían estado a punto de morir. ¿No era todo el capricho de un destino que les unía?

El francés y aquella mujer también. Ella había llegado a América y precisamente a la cuenca del Orinoco, en busca de su padre, largos años desaparecido. Y a él y a Germán, el Gobierno francés les había enviado al mismo sitio con la misión propia para unos cartógrafos.

¿Casualidad? ¿Destino...?

Mientras este torbellino de pensamientos y dudas agitaban el confuso cerebro del amigo, sobre la piragua Germán Paterne ya había dejado de disparar. Había podido contemplar cómo los cocodrilos se lanzaban sobre los de su propia especie a medida que él les alcanzaba con sus disparos, para devorarlos como si se tratase del mejor de los bocados.

—¡Bestias repulsivas! —había musitado entre dientes.

De cualquier manera, el inusitado espectáculo no le había impedido buscar con la vista a su

compañero, al que también había podido contemplar luchar como un león contra otro de aquellos reptiles: incluso al terminar con él, le había oído gritarle desde lejos para animarle a que siguiera disparando.

—Pero ahora... ¿Dónde estás, Jacques?

Germán Paterne tuvo que empuñar el remo, para evitar que la corriente continuase arrasando la piragua. Manióbró con habilidad, tomando por referencia el tronco de árbol sobre el que habían descubierto aferrado al joven náufrago.

¿Un náufrago que también había desaparecido?

Por un instante, el pensamiento que acudió a la mente de Germán Paterne le paralizó. ¿No podía ser que alguno de los cocodrilos bajo el agua hubiese atacado a los dos?

—De ser así, a estas horas... ¡Qué horror! — se alarmó.

Tuvo que volver a atender al remo, para mantenerse más o menos sobre el mismo sitio.

Si permitía que la piragua continuase río abajo siempre quedaría con la duda de lo que le había pasado a Jacques y al joven muchacho. Le era preciso buscar un indicio que le confirmase algo que, por otra parte, tenía miedo de comprobar.

Y al volver a temer lo peor, los labios de Germán se movieron para musitar, como una sentida oración:

—No, Jacques... ¡No me dejes solo ahora, amigo! Sin ti yo..., yo no podría terminar y además..., además...

Las pupilas húmedas del hombre se dilataron al creer descubrir sobre la corriente del río «algo» que flotaba, y que no podía ser una rama, un tronco o algún animal muerto arrastrado por la corriente. Aquello que aparecía y desaparecía entre las olas más bien se parecía a una cabeza humana y con todas sus fuerzas, Germán se puso a gritar:

—¡Jacques! ¡Jacques!

No le llegó ninguna respuesta, pero si vio algo que resultaba más que elocuente. La mano y el brazo de un hombre que se alzaba, agitando los dedos en muda señal.

Germán Paterne, sentidamente, alzó por un instante las pupilas al cielo aún encapotado, para volver a musitar:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias! ¡Es él! ¡Es Jacques! ¡No puede ser nadie más!

Y como le causaba infinito placer escuchar su propia voz, para confirmar sus esperanzas continuó gritando:

—¡Ah, picarón! ¡Ja, ja, ja! ¡Ya decía yo que no me abandonarías, amigo! ¡Ahora mismo remo hacia ahí! ¡Mantente firme, chico! ¡Tú siempre has sido muy fuerte! ¡Ja, ja, ja!

Ya no tenía dudas: el mismo brazo y la mano de aquel hombre nuevamente se había alzado por unos segundos, como si mudamente quisiera responderle a sus palabras. Pero ¿por qué no le gritaba a su vez? ¿Es que Jacques estaba mudo? ¿O quizá peor, muy mal herido?

—¡Allá voy, amigo!

El remo se movió veloz y al ir acortando distancias los ojos de Germán Paterne nuevamente volvieron a quedar clavados en la espalda de su amigo. Jacques se dejaba arrastrar por la corriente, pero a la vista estaba que lo hacía sujetando algo entre sus brazos. Bien podía ser el joven náufrago, y sin embargo, el joven cartógrafo francés exclamó, juzgando por lo que ya alcanzaba a ver:

—¡Es... es una mujer!

¡Imposible! O estaba soñando, o viendo visiones después de los momentos críticos que habían vivido. Germán temió estar delirando y esforzándose en remar cada vez más rápido volvió a gritar:

—¿Qué pasa, Jacques? ¿Es que has pescado a una sirena?

Aquella vez sí que le llegó la voz del amigo, aunque jadeante al apremiar:

—¡No te quedes pasmado y acércate! ¡Uf! No... ¡no puedo más, Germán!

—¡Aguanta, chico! Ahora mismo estoy ahí.

Cuando al fin la piragua quedó junto a la pareja, las manos ansiosas de Germán aferraron al amigo por la empapada camisa y precipitadamente se puso a tirar. La ropa se desgarró y entonces indicó:

—Agárrate tú a la piragua, Jacques. La corriente nos arrastrará, pero seguiremos juntos. Yo voy a intentar subir a la «sirena».

—Déjate de bromas. ¡Te digo que no puedo más!

—Lo comprendo: has debido quedar agotado con aquella «lagartija». ¡Menudos coletazos pegaba!

—Tuve suerte, si me llega a atrapar... ¡Me destroza!

—¡Arriba! Empuja tú también, Jacques.

—Ten cuidado, hombre. ¡No se trata de ningún saco!

—Ya lo veo, ya... ¡Y qué mata de pelo más negro tiene!

Al fin, tras no pocos esfuerzos y tirones, la mujer desmayada quedó tendida sobre el fondo de la piragua. Germán regresó junto al amigo, quien tuvo que advertirle ante la inclinación de la embarcación:

—¡Cuidado, bruto! ¡Puedes volcar!

—¡Uf! Es que tú, con ese corpachón, pesas mucho.

Minutos después, también sobre la piragua, Jacques Helloch tuvo que guardar silencio para recuperarse. Podía observar que los ojos inquietos del amigo iban desde la mujer desmayada a los suyos, como preguntándole muda pero apremiantemente cómo había sido posible aquella misteriosa transformación del muchachito Juan, en aquella belleza que tenían tendida a sus pies.

Jacques sabía muy bien que su amigo Germán nunca había sido un hombre al que se le pudiera distinguir por la paciencia, por lo que no se extrañó al oírle apremiarle:

—Y bien, chico. ¿Qué fue esto, un milagro?

—¡Lo fue! Estuve a punto de rendirme con aquel cocodrilo. Notaba que me faltaba el aire, los pulmones me estallaban y mis fuerzas...

—¡No lo digo por eso! Aunque te advierto que yo habría apostado por el cocodrilo; pero ahora me refiero... ¡A esto!

Y con la última exclamación no dejaba de señalar a la bella muchacha, cuyo movimiento de senos demostraba que cada vez respiraba más acompasadamente.

—No, Germán: eso no es ningún «milagro».

—¿Entonces...?

—Era una mujer con el cabello muy recogido siempre bajo su casco de explorador, con ropas de muchacho y, por lo que ahora recuerdo, un «tío» que siempre la vigilaba.

—¿Por qué se disfrazó de muchacho?

—No lo sé, Germán, al menos no lo sé de una forma muy cierta. ¿Cuántos años crees que tendrá?

—Quizá... unos veinte.

—Eso pienso yo. Y esto sí encaja con lo que nos contó de las fechas en que desapareció su padre, ¿recuerdas?

—Sí, tú siempre recelaste algo.

—Admite que había razones para ello. Ese Marcial siempre tan atento y al cuidado de su «sobrino», siempre vigilante, sin permitir que nadie le hablase, y luego la voz del «muchacho»...

—¡Es cierto! Yo también pensé que Juan tenía una voz un tanto atiplada, ¿no?

—Y sus ojos, Germán. Eran ojos de mujer.

—¡Ya! —quiso bromear el amigo, al añadir— : Sobre todo, cuando te miraban a ti, ¿verdad?

—¡Silencio, charlatán! Ya empieza a recuperarse.

Y los dos hombres se inclinaron atentos sobre la mujer.

JUANA REVELA SU HISTORIA

Lentamente, la mujer empezó a recuperarse; miró aturdida y alternativamente a los dos hombres, y aunque los reconoció en su confusión indagó con un hilo de voz:

—¿Dón...dónde estoy? ¿Qué... qué ha sucedido?

Tomando una de sus manos para sosegarla, Jacques Helloch pidió:

—Cálmese, por favor. Ya pasó el peligro.

—¡Oh, usted!

—¡Y yo! —se anunció alegremente Germán—. ¿No me reconoce también a mí?

—¡Oh, sí! Usted es... es Germán.

—¡El mismo! Y dispuesto a darle algo de beber, para que se recupere del todo y...

—¡No, por favor! Creo que ya bebí... ¡demasiado del río!

—Es claro —se interpuso Jacques—. Tienes unas ocurrencias que...

—¡Hombre! Yo me refería a algo más fuerte.
Un poco de coñac o...

—Gracias, Germán —rechazó la muchacha—. Creo que me sentaría mal.

De pronto se dio cuenta de su cabello suelto y nuevamente quedó confusa y preocupada al musitar:

—¡Oh, mi cabello! Yo... yo...

—No se preocupe por eso —se apresuró a indagar Jacques—. ¿Qué importa que hayamos descubierto su secreto, si está viva?

La muchacha clavó en él sus grandes ojos negros al recordar:

—Sí... Estoy con vida gracias a usted, Jacques.

—¡Bah! No tuvo importancia.

—¡La tuvo! Creí morir cuando le vi luchando con aquel enorme reptil que... ¡Fue horrible!

—Ni yo mismo sé cómo pude terminar con él —reconoció con franqueza el joven explorador.

—¡Pudo usted morir, Jacques!

Deseando calmar por completo a la joven, siempre dejándose llevar por su buen humor, Germán Paterne exclamó al señalar al amigo:

—¿Quién, éste? ¡Oh, no, señorita! Jacques es un tipo con la piel más dura que un cocodrilo. Seguro que si ese bichejo le llega a morder lo...

—No quiera quitarle importancia a lo que hicieron, Germán —rechazó a su vez la mujer—. A usted también le vi disparar desde la piragua.

—¡Y buena cuenta que di de esos monstruos! Tendría que haberlos visto lanzarse los unos contra los otros, según los iban alcanzando las balas.

—Fue eso lo que nos salvó —reconoció Jacques.

—¿A ver si ahora el héroe voy a ser yo? —exclamó siempre burlón Germán Paterne.

Siempre más concreto, Jacques Helloch quiso saber:

—¿Cómo fue que estaba en mitad del río? ¿Les ocurrió algo a Marcial y a los otros?

—Inesperadamente estalló una tormenta. El río empezó a crecer, la corriente se hizo muy fuerte, y al tener que remontar las aguas en medio de unos cortantes escollos... recuerdo que la embarcación chocó contra uno de ellos y que yo caía al río.

—Menos mal que encontró aquel tronco de árbol.

—Le vi flotando y nadé hacia él, pero no pude nadar hacia la orilla porque la corriente me arrastraba y...

Debió recordar y temer por Marcial y los otros porque de pronto, llevando ambas manos al rostro, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Tengo ganas de llorar!

Inclinados en el fondo de la embarcación junto a ella, los dos hombres quedaron confusos ante la profunda tristeza de la muchacha, por lo que a Jacques se le ocurrió decir:

—Pues llore... Sí, mujer, llore si eso le hace bien.

Como un niño desamparado, los brazos femeninos buscaron consuelo y se colgaron del cuello del confuso Jacques Helloch, que se puso a mirar al amigo como preguntándole ante aquel abrazo inesperado: «Bueno, y ahora... ¿qué hago yo?»

Sin saber ciertamente qué hacer, se puso a palmear la espalda femenina con una de sus manos, llevado por su afán de consolar a la muchacha. La cabeza de la mujer descansaba en su pecho, sintiendo bajo la barbilla el contacto de aquella negra cabellera que resbalaba sobre la espalda de ella y siguió animando, aunque viendo la risa del amigo en los labios de Germán:

—Llore, mujer, llore...

—Es... es que hace tanto tiempo que he tenido que tragarme las lágrimas. Se supone que un muchacho no debe llorar, y como yo tenía que comportarme como si lo fuese, pues...

—Lo comprendemos, mujer.

—Sí, ha debido ser terrible para usted — añadió Germán.

Abordar aquel tema pareció devolverla a la realidad, apartó su cabeza del tórax del hombre y al alzar sus ojos hacia él, dándose cuenta que seguía colgada de su cuello se ruborizó. Se apartó al instante, bajó las pupilas y musitó:

—Deben estar pensando que soy una... ¡una tonta!

—¡Nada de eso, mujer! —se apresuró a decir Jacques—. Pero creo que si nos cuenta todo eso la aliviará.

Germán volvía a conducir con el remo la piragua, ella volvió a sentarse y, tras intentar poner en orden las ropas que empezaban a secarse sobre su cuerpo, una vez más miró a Jacques que a su vez se había situado frente a ella y empezó:

—Ante todo tengo que pedirles perdón por haberles engañado.

—Eso no tiene importancia —dijo la voz de Germán detrás de ella.

—Y por mi parte... ¿Sabe que me alegro que sea una mujer? —confesó Jacques.

—Gracias a los dos.

—¡Y muy bonita! —añadió, también con sinceridad Jacques.

La muchacha volvió a ruborizarse, pero creyó conveniente decir:

—Habla así para consolarme.

—¡Oh, no, no! ¡Es cierto!

—¿Quieres olvidar los piropos y dejarla que cuente? —apuntó Germán al amigo.

—Reconocerán que tuve que hacerlo, cuando sepan que el viaje se debió a...

Se interrumpió la mujer, siguió instintivamente arreglando la mata de sus cabellos aún mojados, para añadir:

—Mi padre, el comandante Kermor, se casó con una criolla de la Martinica y...

—¡Claro! —exclamó Jacques—. Ahora me explico por qué tiene usted esos grandes ojos tan negros y ese cabello que...

—¡Jacques! —volvió a advertir el amigo.

—¿Eh? ¡Ah, sí! Perdona, chico. Siga usted, por favor.

—Pero al poco de su matrimonio mi padre tuvo que regresar a Francia en 1870 —siguió la muchacha—, porque nuestro país estaba en guerra y él era, además de militar, un buen patriota.

—¿Ya había nacido usted? —quiso concretar Jacques.

—No, nací en ausencia de mi padre. Pero mi madre, pese a la guerra, decidió trasladarse a Francia para reunirse con su esposo.

—¡Buena esposa! —volvió a decir Jacques.

—Pero el barco naufragó...

La muchacha hizo una breve pausa antes de añadir:

—Mi madre murió en el naufragio y yo me salvé de puro milagro.

—¿Siendo tan niña? —quiso saber Germán.

—Tuve la suerte que un matrimonio cubano se apiadó de mí, y no me dijeron quién era hasta hace seis años.

Nueva pausa, antes de decir:

—Cuando regresé a Francia para reunirme con mi verdadero padre, me enteré que él, creyéndome también muerta, había abandonado el país en el año 1875...

—El pobre hombre debió sufrir mucho al creer que había perdido a su esposa y su hijita.

—La única noticia que de él se ha tenido es una carta que fechó en San Fernando en el año 1879.

—Pero si el comandante Kermor ignoraba que usted vivía...

—La carta no iba dirigida a mí —atajó la muchacha al inquieto Jacques—. Mi padre había tenido muchos y buenos amigos y le escribió a un abogado de París, para legar al que había sido su asistente durante muchos años la mitad de su fortuna...

—¿A Marcial? —quiso adivinar Jacques.

—Sí.

—¡Un momento! —pidió Germán—. Entonces, ¿ese gruñón no es su tío?

—Por favor, Germán, no hable así de Marcial.

—¿Acaso no estaba gruñendo siempre?

—Lo hacía para protegerme.

—Sí... ¡Como un perro siempre vigilante!

—Es que temía que se pudiera descubrir que yo no era un muchacho.

—¿Y por qué se disfrazó como si lo fuera? —intervino nuevamente Jacques.

—¡Era preciso!

—La verdad, no comprendo.

—Pues piense un poco, Jacques.

Mirando al bello rostro de la muchacha para después recorrer con las pupilas admiradas toda su graciosa silueta, el joven explorador aún insistió:

—Pues fue una lástima intentar ocultar a todos que usted es una mujer muy...

—Le agradezco su gentileza, pero le dije que piense un poco, Jacques —insistió a su vez la muchacha—. Usted sabe que en este país, los indios son muy supersticiosos. Leyendo el libro

de viajes del explorador Chaffanjón me enteré que ninguno de ellos habría embarcado para remontar las aguas del Orinoco, llevando una mujer.

—¡Pues es cierto! —tuyo que reconocer Jacques.

—Claro, animal —volvió a bromear Germán—.

—Creen que una mujer en la embarcación les trae mala suerte.

—Eso sin contar que siempre nos creen más débiles y mucho más engorrosas para un viaje así.

—Eso también es cierto.

Por primera vez la muchacha creyó encontrar un motivo para medio sonreír, al preguntar directamente:

—¿Usted también lo cree así, Jacques?

—¿Quién, yo...? Bueno, pues...

—Diga la verdad.

Miró al amigo para buscar ayuda, pero al observar que sin dejar de conducir la piragua,

Germán mudamente se encogía de hombros, Jacques Helloch al fin afrontó:

—Bueno... En su caso, usted ha demostrado ser admirable, ¡Y hasta yo diría que muy valiente!

—¿Es otro cumplido, Jacques?

—¡Oh, no, no! Lo digo en serio. Incluso un día le dije a Germán que usted para ser un muchacho tan joven...

—Desde ahora «Juan» es como si hubiese quedado en el fondo del río.

—¿Entonces?

—Mi nombre es Juana... Juana de Kermor.

Siempre alegre y festivo, Germán Paterne se inclinó al decir a la ya repuesta muchacha:

—Encantado, señorita Juana de Kermor. Mi nombre es Germán Paterne.

—Y el mío Jacques Helloch —le imitó el amigo.

—Tienen ustedes muy buen humor.

—A nueva persona, nuevas presentaciones —se excusó Germán.

—¡Me gusta más así! —no dejó de aprovechar Jacques.

—Créame que a mí también —confesó la muchacha—. ¡Me encontraba molesta! Y me dolía tener que estar constantemente mintiéndoles a todos.

—Es que no sé... ¡Yo diría que no le iba el papel!

—Pero repito que era necesario, Jacques. Y no sólo por los indios y las supersticiones de este país. Incluso durante el viaje por el Atlántico, le dije a Marcial que la gente me prestaría menos atención.

Con cierta intención en sus palabras, Germán miró al amigo al admitir:

—La comprendo, Juana. Siempre hay hombres que, al ver a una mujer hermosa, se ponen pesados, ¿verdad?

—Oye, tú, si lo dices por mí yo...

—¡Por favor! —medio sonrió la muchacha—. ¿Van ahora a discutir?

—Vamos a hacer algo más útil —apuntó Germán.

—¿Por ejemplo? —le ayudó el amigo.

—Buscar un sitio apropiado, acercarnos a la orilla, comer y descansar unas horas y luego seguir remontando el río.

—Es una excelente idea, Germán.

—¿Lo ves, Jacques? ¿Qué harías sin mí?

—Por lo menos... ¡Aburrirme más!

—Yo se lo agradeceré —intervino la muchacha—. No podré descansar a gusto sin saber qué ha sido de Marcial y los otros.

—No se preocupe, Juana. ¡Les encontraremos!

—¿Sabe una cosa, Jacques?

—Usted dirá, Juana.

—Ha sido una suerte que ustedes quedaran rezagados en busca de esta embarcación. ¡Así han podido salvarme!

—Y nosotros encantados, Juana.

—Creo..., creo que toda mi vida se lo agradeceré.

Germán salió de su mutismo al indicar:

—¡Eh, pareja de tortolitos! ¿Qué os parece ese lugar?

—Magnífico, Germán.

—Pues coge el otro remo y ayúdame, Jacques. ¡Ya tendréis tiempo de seguir charlando!

Una hora después, mientras comían los tres en el improvisado campamento, Jacques Helloch felicitó:

—Es usted, además de bonita, una excelente cocinera, Juana.

—Gracias, Jacques.

Aunque también apurando el plato, Germán Paterne intervino intentando aclarar:

—No le ha entendido usted, Juana.

—¿Cómo dice, Germán? No le comprendo...

—Lo que Jacques quiso en realidad decir fue que le encantaría encontrar una mujer así, tan completa para...

—¿Quieres callarte? —le amenazó el amigo, como dispuesto a arrojarle el plato.

Juana de Kermor se ruborizó, aunque contagiada del buen humor de los dos amigos, dijo:

—Son ustedes como chiquillos... ¡Pero los dos adorables!

Minutos más tarde, montando la guardia mientras la muchacha y el amigo dormían, Jacques Helloch musitó para sí:

«Y tú deliciosa»...

11

REENCUENTRO Y LLEGADA A SAN FERNANDO

El tiempo pasado junto al río descansando para reponer las fuerzas, no se podía considerar ni perdido ni un retraso. Los dos amigos habían calculado que después del naufragio de la embarcación donde había viajado la muchacha, lo más natural era que Marcial y los tres geógrafos también descendieran por la corriente interrumpiendo su viaje hacia San Fernando, porque un hombre tan fiel como aquel ex sargento

por nada del mundo habría dejado de intentar encontrar, al menos, los restos de su «sobrino».

Y siendo así, ¿no terminarían pasando ante ellos? Por fortuna la corriente del Orinoco les había permitido encontrar a la muchacha y esa misma corriente les traería al resto de los amigos.

—Eso si es que no han muerto todos —le dijo Germán al amigo, en un instante que la muchacha no podía oírlos.

—No lo creo. Y aun siendo por desgracia así, la corriente habría arrastrado los restos de las embarcaciones.

—Pero me extraña una cosa, Jacques.

—¿El qué?

—Si la embarcación donde iba ella zozobró, ¿por qué no hemos visto ya pasar sus restos?

Jacques Helloch quedó pensativo antes de decidir:

—Seguiremos el viaje, Germán. Ya hemos descansado y ella se ha repuesto del todo.

—Tienes razón. ¡Esta incertidumbre es mala!

Por fortuna, con el paso del tiempo la corriente del Orinoco prácticamente se había vuelto casi normal, por lo que no resultaba muy fatigoso seguir remontándola hacia la población de San Fernando. Los dos jóvenes cartógrafos instalaron la pequeña vela; la suave brisa realizaba casi todo el trabajo y ellos dos, alternándose, tan sólo tenían que conducir a la embarcación utilizando muy pocas veces los remos.

Jacques Helloch miró a la muchacha, calculó que un prolongado mutismo la podía llevar a los más tristes pensamientos, por lo que se interesó:

—Estoy pensando que si de niña estuvo usted con aquel matrimonio que dijo en Cuba, es por ello que habla usted también el español.

—Usted tampoco lo hace mal, Jacques. Les vi hablar con Vélez y los marinos nativos.

—Bueno, siempre me han interesado los idiomas. Y como Germán y yo sabíamos que el

Gobierno francés nos encargaría esta misión en unos meses...

El joven observó que la muchacha volvía a su mutismo e insistió:

—Si la molesta mi charla, yo...

—¡Al contrario! Y no crea que no agradezco su intención. Pero no puedo dejar de pensar en Marcial y...

—No se preocupe. Es un hombre lleno de vitalidad, con muchas energías y muy curtido.

—Sí, pero le vi lanzarse a la corriente para intentar salvarme y...

Aquella vez la mujer se interrumpió al oír la voz de Germán que les anunciaba, al iniciarse una de las curvas de la corriente:

—¡Mirad allí!

—¡Una embarcación! —exclamó a su vez Jacques.

—¡Oh, Dios mío! ¡Pueden ser ellos! —deseó Juana.

Empuñando febrilmente los remos, los dos jóvenes se esforzaron para que la piragua ad-

quiriese mayor velocidad remontando la corriente, en su afán por acercarse más a la embarcación que se perfilaba en la lejanía.

A su vez la muchacha se precipitó hacia la proa de la piragua, poniéndose a gritar con loca alegría y llena de esperanza:

—¡Marcial! ¡Mi buen Marcial! ¡Aquí, aquí!

Una alegría indescriptible se apoderó de todos, cuando sobre la corriente del Orinoco el recio vozarrón del ex sargento a su vez se puso a gritar salvando la distancia:

—¡Eh! ¡Aquí, aquí!

Impaciente, revolviéndose y tocando a unos y a otros, Marcial se puso a avisar a los tres geógrafos:

—¡Miren, miren! ¡Es ella! ¡Ella está bien! ¡Dios mío! No... ¡No puedo creerlo!

Pese a la viva emoción que también sentían, los tres geógrafos no pudieron evitar intercambiar miradas entre ellos, formulándose mudas preguntas. No acertaban a comprender a su compañero de viaje, que nuevamente gritando

hacia la embarcación, cada vez más próxima, continuó:

—¡Es Juana! ¡Mi querida Juana! ¡Ja, ja, ja! ¡ES ELLA!

Fue el profesor Varinas el que al fin indagó a sus colegas, sin dejar de mirar a Marcial:

—¿El dolor de la pérdida de su sobrino le habrá vuelto loco?

—¡Chist! Por favor, Varinas. ¡No diga eso!

—¿Es que no le oye, don Felipe?

—Sí, pero...

De pronto, le tocó el turno a don Miguel el alzar la voz al identificar, fijos los ojos como todos en la piragua:

—¡Pues ahí veo yo a una mujer, don Miguel!

Las explicaciones llegarían más tarde y todo quedaría encajado, cuando Juana de Kermor y el ex sargento Marcial se vieron forzados a pedir las debidas excusas a los tres comprensivos geógrafos, que sólo se limitaron hacer algunas preguntas, entre admirados y confusos.

El único que pareció alarmado fue el mestizo Vélez, que con las manos a la cabeza exclamó:

—¡Ay, mamacita mía! Ahorita lo comprendo... ¡Todo nos ocurrió por llevar a una mujer!

—No sea ridículo, Vélez —le soltó Jacques Helloch—. Todo eso no son más que burdas supersticiones.

—¿Ah, sí, señor? ¡Pues bien que se hundió mi embarcación!

—Zozobró debido a la tormenta.

—¿Y el fuerte chubasco por qué vino, vamos a ver?

—¿No iré a creer que de eso tiene la culpa ella?

—¡Lo creo! Y si no del todo... ¡Mis marineros sí!

Pero el buen Marcial se sentía tan feliz, que tras buscar unos billetes en un doble cinturón que normalmente ocultaba bajo su camisa, ofreció al mestizo Vélez al proponer muy dadivoso y risueño:

—Deles triple paga y verá cómo se les pasan las supersticiones, amigo mío.

—Hombre, por mí...

—¡Pero con una condición! —indicó el tieso índice de Marcial.

—¿Con cuál, señor?

—¡Queremos llegar, cuanto antes mejor, a San Fernando! ¿De acuerdo?

El mestizo atrapó los billetes al vuelo, alejándose contando el dinero al rezongar:

—Doscientos, trescientos, cuatrocientos... ¡Usted manda, patrón! ¡Ahorita mesmo lo preparo todito!

Fuese por aquel dinero, fuese porque también Vélez y sus marineros nativos también deseaban terminar aquel largo viaje sobre el peligroso Orinoco, lo cierto fue que a partir de aquel día todo marchó como la seda y al fin llegaron a la población sin más contratiempos ni nada digno de contar.

Nada digno, exceptuando las entretenidas charlas que brotaban de la alegría que en el

fondo sentían todos, puesto que en comparación de lo que habían temido unos y otros perder nada irreparable había ocurrido.

Y esta alegría contagiosa duró incluso hasta la cena que les ofreció a todos los viajeros el gobernador de San Fernando, que aunque se mostró muy feliz de tener el honor de recibir en su casa a los tres geógrafos de Ciudad Bolívar, cuando la charla se generalizó y Juana de Kermor le preguntó si tenía alguna noticia de su padre, se limitó a decir:

—Lo siento, mi querida señorita; pero por aquí no hemos oído hablar de ese comandante Kermor que usted menciona.

Aquella noche, Juana de Kermor vestía de mujer y el elegante vestido que lucía aún hacía resaltar más su espléndida belleza y juvenil hermosura. Pero sus grandes y expresivos ojos negros nuevamente volvieron a reflejar la tristeza, cuando ante aquella negativa información recordó al dueño de la casa.

—Pues en Francia se recibió una carta, que mi padre fechó desde aquí, en San Fernando.

—Es posible, señorita. Quizá cuando estuvo por aquí utilizó otro nombre.

—Lo dudo, Excelencia —terció con su natural brío Marcial—. He servido durante muchos años al comandante Kermor, y le aseguro que no es hombre capaz de ocultar su verdadero nombre. ¿Qué razón podía tener para una cosa así?

—Bien, pero ¿cómo pasar desapercibido un francés en una población como ésta? —apuntó a su vez el gobernador—. Prácticamente, aquí todos nos conocemos y no crean que vienen con frecuencia los extranjeros.

—El explorador Chaffanjón sí que anduvo por aquí —recordó don Felipe.

—¡Cierto! —aceptó el gobernador—. Él y de vez en cuando algún religioso misionero, como el padre Esperante, por ejemplo.

Con la insistencia de quien se niega a perder toda esperanza, Juana de Kermor apuntó:

—Es posible que ese sacerdote sepa algo de mi padre.

—¿Se refiere al padre Esperante, mi querida niña?

—Sí, Excelencia.

—No lo creo; es un hombre admirable, que sólo está atento a cumplir su labor humanitaria. Desde que fundó la misión de Santa Juana...

El dueño de la casa se interrumpió al ver la actitud del joven Jacques Helloch, quien quiso confirmar:

—¿Por qué precisamente Santa Juana, Excelencia?

—No lo sé, joven. Pero no les extrañe nada. Por aquí es frecuente que muchas misiones y poblados tengan nombres parecidos. Santa Juana, Santa Genoveva, Santa Luisa, San Pedro, San Hipólito... ¡No se olviden de la gran influencia española! Como otros muchos países de América del Sur, Venezuela...

Esta vez se interrumpió al oír que junto a él decía la bella muchacha:

—¡Subiré a esa misión, Excelencia!

El hombre que presidía la mesa no debió tomar muy en serio la decisión de su joven invitada, puesto que tras secar correctamente sus labios con la fina servilleta, se limitó a sonreír, comentando:

—No sabe lo que dice, señorita.

Vivaz de genio, pese a la seña que mudamente le hizo Marcial con la bota sobre su pantorrilla, la muchacha inquirió al dueño de la casa:

—¿Por qué dice eso, señor?

—Porque esto no es su querida y dulce Francia, señorita. Se habrá podido ir dando cuenta, puesto que han llegado hasta aquí. De cualquier manera, San Fernando es una población... ¡Y no una simple misión como Santa Juana, perdida en la selva!

—Debe comprenderlo, Juana —intervino Jacques Helloch.

—¿Usted también? —preguntó la muchacha al clavar en el joven cartógrafo sus grandes ojos tristes—. Confiaba que...

—¡Pues siento defraudarla! —replicó con firmeza el joven explorador—. Usted misma ha visto que, a esta altura, el Orinoco a veces se hace innavegable. Y en cuanto a la selva...

La cena había, terminado, y Juana de Kermor dio muestras de su desilusión levantándose muy seria. Todos los hombres la imitaron y el dueño de la casa indicó, señalando a otro salón:

—Pase, señorita. Entre todos intentaremos demostrarle que un viaje así puede convertirse en algo muy desagradable, sobre todo para una mujer tan bella y delicada como...

—Excelencia, preferiría que olvidasen todos que soy una mujer.

Campechano y galante, como buen venezolano, el gobernador exclamó:

—¡Oh, una cosa así sí que resulta imposible, señorita! ¡Salta a la vista!

—Le hablo en serio, señor —y vuelta hacia los tres geógrafos y los dos jóvenes franceses, les recordó—: ¿Comprenden mejor ahora por qué hice bien en pretender pasar por un muchacho?

—Disfraz que tarde o temprano se tenía que descubrir —apuntó Jacques.

Tras encender un oloroso habano, el dueño de la casa lanzó el humo hacia el techo al indicar:

—Les propongo algo que les puede interesar.

—Usted dirá, Excelencia —sonrió don Felipe.

—A ustedes tres una embarcación para que puedan terminar su interesante exploración por el Orinoco.

—Ya tenemos una, Excelencia —apuntó don Miguel.

—¡Oh! Me refiero a una mucho mejor. Más segura y cómoda, don Miguel.

Los tres geógrafos iniciaron una leve inclinación de cabeza, aceptando don Felipe:

—Le quedaremos muy agradecidos. Excelencia.

—¡Todo sea por la ciencia! —sonrió—. ¡Y por nuestro país!

Luego se volvió a los dos jóvenes cartógrafos, al añadir:

—Y a ustedes dos, puesto que ya han terminado el encargo que su Gobierno les hizo respecto a esas mediciones cartográficas, a cambio de que lleven una carta mía al presidente de Francia... ¡Todas las facilidades para su regreso a Caracas!

—Será un placer, Excelencia —aceptó a su vez Jacques.

Tanto la muchacha como Marcial parecían impacientes, en espera de lo que les ofrecería a ellos el gobernador de San Fernando, que al fin clavó sus ojos reidores en ellos al decir:

—Y a ustedes les propongo que continúen siendo mis huéspedes a cambio de un poco de paciencia.

Esta vez se adelantó Marcial al decir:

—No comprendo, Excelencia.

—Pues es muy simple, amigo mío. Ustedes amenizan mis días contándome mil cosas de su interesante país, mientras algunos indios hacen investigaciones por ahí, para ver si encuentran alguna pista que les pueda llevar a ese comandante Kermor.

Hizo una pausa estudiada, volvió a lanzar el humo de su gran cigarro hacia el techo, rematando:

—¿Qué les parece?

Los tres geógrafos volvieron a inclinar levemente las cabezas como aceptación, lo mismo que los dos jóvenes franceses y hasta el mismo Marcial. Pero Juana de Kermor opinó:

—Si no le molesta y aun agradeciendo mucho su invitación yo preferiría ser la que intente localizar a mi padre, señor.

—Mis indios podrán realizar mejor esa ingrata labor, señorita.

—Lo acepto, señor, pero no he llegado hasta aquí para ahora limitarme a esperar...

Visiblemente molesto, el dueño de la casa opinó:

—¡Es usted muy obstinada, señorita Kermor! ¿Ignora que soy el gobernador de esta zona y podría impedir su viaje?

Con la mayor dulzura, la muchacha avanzó hacia el dueño de la casa y con los ojos húmedos casi imploró:

—No lo haré, Excelencia. De tener una hija, ¿no le agradaría que sintiera lo mismo que yo?

—¡Por supuesto! Demuestra amor, decisión y valentía. ¡Pero insisto en que un viaje así es muy arriesgado!

—¡Yo lo haré, señor! ¿No se aventuró Chafanjón, luego el misionero Esperante... y después tal vez mi padre?

—Sí, pero todos ellos eran expertos exploradores.

La sorpresa de todos fue cuando, apartándose del gobernador, la muchacha cambió la expresión triste de sus bellos ojos por un destello de risueña esperanza al quedar frente a Jacques Helloch, yendo a posar sus manos delicadas sobre las del hombre:

—¡Y yo tengo a dos de los mejores exploradores, señor!

—¿Có...cómo? —dijo el gobernador.

Ofreciendo la otra mano al también perplejo Germán Paterne, la radiante mujer insistió:

—¡Se llaman Jacques Helloch y Germán Paterne, Excelencia! ¡Ellos me acompañarán! ¡Estoy segura!

Al ver lo que ocurría, don Miguel sonrió y siseó a sus dos colegas, siempre dispuestos a discutir y apostar:

—Apuesto a que la acompañan.

—¡Y yo a que no! —aceptó don Varinas.

—Pues yo ni que no ni que sí —dijo don Felipe—. ¡La harán desistir del viaje!

Pero, al menos aquella vez, el prudente don Felipe no acertó. Y no fue así porque, tras sostener la esperanzada mirada de la joven, incapaz de rechazar, Jacques Helloch pareció decidir también por el amigo al manifestar:

—¡Es usted un diablillo, Juana! Y la acompañaremos, porque si no... ¡sería capaz de ir usted sola!

Germán Paterne captó la mirada radiante de la joven y a su vez se encogió de hombros, exclamando:

—¡Qué remedio! También iré.

—Gracias, amigos. Sabía que, al final, podía contar con ustedes —sonrió la muchacha.

Marcial se acercó a los tres al opinar:

—Pues ya sabéis lo que digo...

—Suéltalo, Marcial —animó Juana.

—Que te admiro, sí... ¡Te admiro! Pero también que al mismo tiempo te pondría sobre mis rodillas y te daría... ¡unos azotes!

—¿Pero por qué, Marcial?

—¿Y lo preguntas?

—¡Bah! No nos pasará nada, hombre.

—¿Y si ocurre algo? Te han dicho que no será ningún paseo por París. Aquí termina la civilización y el resto es selva. ¡Tierra salvaje donde los indios...!

—No se hable más, Marcial —le atajó Jacques—. Es absurdo empezar a sufrir por males que aún no han llegado.

—¡Muy filosófico eso, amigo! Pero también es de locos no calcular lo que pueda pasar.

Sabiendo que lo rechazaría en el acto, Germán apuntó:

—Quédese usted si quiere, Marcial. Nosotros tres...

—¡Narices! —saltó al instante—. ¡Donde vaya Juana voy yo!

—Sabríamos cuidarla, hombre.

—¡Y yo mucho mejor! Juana es una señorita honorable y no va a viajar por la selva con dos... dos...

—Por favor, Marcial.

No terminó la frase, pero tras rebufar, cerrar los puños y mirar a la muchacha que tenía a cargo, el ex militar estalló:

—¡Eres tú misma la que me saca de mis casillas!

El dueño de la casa, que se había sentado cómodamente en un sillón, continuaba saboreando su enorme habano y, de vez en cuando lanzaba bocanadas de humo al techo del salón, hasta que mirando a los dos grupos pidió:

—¿Quieren sentarse, amigos? Puesto que son tan locos que emprenderán ese viaje, será mejor que les informe de cómo están las cosas por esa zona.

—El problema mayor deben ser los indios quivas, ¿no? —apuntó Jacques.

—En efecto: últimamente andan algo revueltos. En toda la selva, la única balsa de aceite que existe de aquí al norte es la misión del padre Esperante. Se diría que a alguien le molesta que los indios vivan en aldeas como Santa Juana, empezando a aceptar la civilización.

El tema era interesante, sobre todo para cuatro de los reunidos en casa del gobernador de San Fernando, puesto que con la mayor celeridad posible pensaban proseguir el viaje remontando el Orinoco, aunque el dueño de la casa les informó:

—Y además, luego tendrán que internarse en la selva. ¡La misión de Santa Juana está muy apartada de ese río!

Dialogando sobre todo aquello, la velada se prolongó.

* * *

Al día siguiente, tanto el grupo formado por Juana y Marcial, como el que formaron Jacques y Germán, pronto comprobaron una cosa: la primera dificultad que tendrían que vencer era el miedo que mostraban los nativos, nada más se les indicaba que necesitaban ir a la misión de Santa Juana, para lo que necesitaban una embarcación y personal.

—Y bien pagados —terminaba siempre su petición Marcial.

Pero aun así, los nativos rechazaban:

—¿Por qué no, condenados? —empezó a irritarse Marcial.

—Por la selva, señor.

—¡Bah! La selva: llevamos buenas armas. Ningún animal se atreverá a atacarnos.

—¿Y los quivas, señor?

—¡Qué quivas ni qué narices! Son indios como vosotros, ¿no?

—No, señor.

—¿Ah, no? ¿Queréis decirme por qué?

—Porque los quivas son salvajes.

—Y vosotros unos miedosos —replicaba el ex sargento.

De cualquier manera, dos horas después, fatigados, sudorosos y con el desconsuelo reflejado en los ojos, vieron llegar desde la otra punta del rustico muelle a los dos amigos. La expresión de su rostro también reflejaba la ineficacia de su recorrido, aunque Juana quiso confirmar:

—¿Nada, Jacques?

—¡Nada, Juana! Todos se niegan.

—Esos indios quivas los tienen horrorizados —comentó con desaliento Germán.

—Podemos recurrir al gobernador —apuntó Marcial—. Bastará una orden suya, para que algunos de esos cobardes nos acompañen.

Vio que ni la muchacha ni los dos hombres decían nada, aunque no dejaban de mirarle y quiso saber:

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo?

—Nada, Marcial. Pero no debemos recurrir a eso.

—¿Y por qué no, Juana?

—¿Olvidaste lo que nos dijo anoche su Exce-lencia?

—¡Bah! Dijo muchas cosas.

—Y una de ellas, que él no quería responsabilidades por ese viaje.

—Ya vi que no estaba de acuerdo, pero él siempre puede ordenar que...

—¿Y si alguno de esos nativos muere? La responsabilidad sería de él... y de nosotros. ¿Comprendes, Marcial?

—Sólo comprendo una cosa: solos los cuatro, eso sí que sería muy arriesgado.

—Diga más bien imposible —rectificó Germán.

—No, Germán. ¡Imposible no! —rechazó la muchacha.

—Pues ya me dirán cómo hacerlo. Sólo disponemos de nuestra piragua, y si vale para Jacques y para mí en cortos recorridos, no es una embarcación digna de soportar a los cuatro, además de tener que llevar los víveres, agua potable, las armas y equipaje para un viaje así.

Vuelta hacia el más joven de los dos cartógrafos franceses, la muchacha indagó anhelante:

—¿Qué podemos hacer, Jacques?

—Ante todo, Juana, ya que hemos decidido seguir hasta Santa Juana, no desesperarnos por

las dificultades que podamos encontrar. Seguiremos buscando una embarcación apropiada, y si ningún nativo nos quiere acompañar... ¡Iremos los cuatro solos!

—¡Y viva Cartagena! —se burló Marcial—. ¿Quién cuidará de la navegación?

—¡Yo...! O Germán; no es la primera vez.

—¿Y de los bultos qué?

—Pues usted, Germán y yo.

—¿Millas y millas por la selva? —quiso saber, algo irónico aún—. Porque luego tendremos que llegar hasta esa misión, ¿no?

—¡Aunque sea al mismo infierno, Marcial! ¡Llegaremos!

—Claro, ustedes dos son jóvenes, pero yo...

—Marcial... ¡Que no se diga! —pretendió animarle la joven.

—Sí, sí... Que no se diga, pero ya tengo mis años. ¡Más de medio siglo encima!

—Le sentará bien —apuntó Jacques—. Así disminuirá su barriga.

—¡Eh, hijito! ¡Que yo no tengo barriga! Sólo es un poco...

—De grasa, que le conviene perder.

Lo que ellos ignoraban era que las dificultades para encontrar tripulación no sólo estribaban en el miedo de los nativos de San Fernando a los quivas que merodeaban por la selva. Cier- to que era un factor, pero existía otro artificial que estaba siendo fomentado por un hombre hercúleo, malcarado y sucio con marcado acen- to portugués, que también había estado toda la mañana merodeando por los muelles, repar- tiendo monedas entre los patronos de embarca- ciones.

Su lenguaje era tan grosero y sucio como la misma ropa que le cubría y sus palabras llenas de amenaza, al advertir:

—Toma y haz correr la voz. ¡Esos tipos no deben encontrar embarcación!

El indio, un patrón que se ganaba la vida viajando por el río, aunque aceptó la moneda indagó:

—¿Por qué no?

—Ya sabes..., tengo algunos contactos con los quivas y te podrían perjudicar.

—Sólo intentan llegar a la misión de Santa Juana. Ella dice que busca a un tal comandante Kermor, que es su padre.

—Precisamente por eso, amigo.

—¿Y tú por qué no quieres que lleguen?

—Porque antes he de llegar yo, ¿comprendes?

El indio sacudió la cabeza negativamente, pero tras comprobar que la moneda era buena se la guardó, limitándose a encogerse de hombros. En el fondo lo que más le importaba era que los belicosos indios quivas nunca le atacasen a él y a su embarcación, y aquel hombrón blanco pero de tez aceitunada y morena tenía pinta de que efectivamente mantenía relaciones secretas con los quivas que merodeaban por la selva.

En su fanfarronería aquel desagradable individuo aún llegó a más, pues aunque se guar-

dó mucho de acercarse al grupo de extranjeros, llamó su atención gritándoles:

—¡Eh, ustedes!

Al otro extremo del muelle, creyendo que algunos de los patrones de embarcaciones les llamaba para aceptar, Juana de Kermor fue la primera en volverse y mirar al individuo. El hombre mostró sus negros dientes raídos con una sonrisa cínica, al preguntar a la muchacha:

—¿Están buscando al comandante Kermor?

—¡Oh, sí! —confirmó la mujer esperanzada al añadir—: ¿Sabe usted algo de él?

Aquel individuo sucio y malcarado hizo algo totalmente extraño después de su pregunta. En vez de acercarse e informar, dio media vuelta y caminó por el muelle, obligando a la intrígada y anhelante muchacha a caminar tras él preguntándole:

—¡Espere! ¿Quién es? ¿Por qué me pregunta eso?

El individuo se limitó a medio volverse para gritar, debido a la distancia:

—Digamos que soy un viejo «amigo» de ese comandante. ¡Y que le encontraré antes que ustedes!

—¿Cómo dice...? ¡Eh! ¿Quién es usted?

Pero ya el individuo empezaba a desaparecer entre el gentío del muelle, aunque dejando oír su áspero vozarrón al gritar con marcado acento portugués:

—¡Jo, jo, jo! ¡Se asustaría de conocer mi nombre, muñeca! ¡Y gracias por la pista que su llegada aquí me dio sobre el comandante!

Cuando Marcial, Jacques y Germán llegaron corriendo junto a Juana, aquel misterioso individuo ya había desaparecido entre el trajín del muelle. Juana de Kermor había llegado a una terrible conclusión: aquel hombre grosero y desagradable no podía ser nadie más que el portugués evadido del penal de Cayena, adonde Marcial le contó le había enviado su padre tras las declaraciones que hiciera el comandante Kermor en un caso de asesinato.

—Y ahora... ¡Ahora seguro que le busca para vengarse! —pensó en voz alta la muchacha.

En pocas palabras contó sus temores y el primero en reaccionar fue Jacques que propuso:

—¡Hay que avisar al gobernador! Si ese tipo es Alfañiz y ronda por aquí, seguro que le gustará echarle el guante.

—Cierto, Jacques. ¡Es un evadido de prisión!

—¿A qué esperamos? —les animó al instante Marcial.

Los cuatro corrieron hacia la casa de la primera autoridad de San Fernando y todo aquel territorio, que al instante dio órdenes a sus hombres para organizar una batida por los alrededores. El gobernador ofreció una crecida recompensa por la captura del portugués Alfañiz, diciéndoles a los que le habían traído la información:

—Es todo lo más que puedo hacer, señores. Tengo autoridad sobre la zona, pero no soy ningún dictador para, por la fuerza, obligar a nadie a que les acompañe.

Aquel hombre amable y bueno abrió los brazos y añadió, como excusándose:

—Así están las cosas. Pueden ver que no tengo más que un pelotón de soldados. El Gobierno central no se preocupa mucho por estas provincias lejanas y perdidas donde, generalmente, lo que más impera es la ley de la fuerza.

—Pero su Excelencia podría pedir a algún patrón del muelle... —empezó a apuntar Marcial, fiel a su idea.

—No, amigo mío; eso sería intervenir. Ahora bien, si ustedes logran contratar a algún voluntario, es otra cosa.

Y tras esto se lanzó a todo un discurso político, en el que manifestó que un gobernador debía ser siempre justo y ecuánime con sus subordinados, aunque éstos fueran indios y mestizos a medio civilizar.

—Comprenderán —añadió—, que mi autoridad se vería muy mermada y con el tiempo hasta discutida, si ordeno a alguien que les acompañe en ese dichoso viajecito. En el caso

de morir algunos indios mandados por mí, todos me harían responsable.

—No se esfuerce más, Excelencia —pidió Jacques—. Mañana es posible que tengamos mejor suerte.

Y fue así porque, seguramente al enterarse en los muelles que el gobernador había enviado a un grupo de sus hombres para que localizaran al portugués Alfañiz, la búsqueda y captura del temido bandido levantó los ánimos a muchos.

Lo cierto fue que al fin encontraron una embarcación, aunque su dueño se excusó:

—Lo siento; los quivas andan muy revueltos para navegar más de unas millas más arriba de San Fernando.

—Pero dijo que...

—Yo sólo dije que les alquilo mi piragua, señor —insistió el nativo—. ¡Nada más!

Acostumbrado gran parte de su vida a tratar a muchos hombres como si fueran soldados reclutas, el ex sargento Marcial se acercó al na-

tivo y tomándole por la pechera de su mugrienta camisa empezó:

—Pues yo te diré algo a ti, enanito. ¡Eres un cobarde!

El indio sonrió de oreja a oreja, mostró todos sus dientes y con gesto elocuente simplemente se excusó:

—Me gusta la vida, señor. ¿Comprende? ¡Allá ustedes si están locos para hacer ese viaje!

—Vamos, Marcial —le incitó Jacques—. Hay que preparar muchas cosas.

—Me quedo aquí, a vigilar la embarcación —anunció Germán.

—¡Buena idea! —celebró Marcial—. Esos pillos son capaces de llevársela, una vez cobrado el alquiler.

Se trataba de empaquetar las provisiones y prepararlo todo con la mayor precaución, sin olvidar ningún detalle. La muchacha le observó, agradeciendo:

—Se toma usted mucho interés en esto, Jacques. No sé cómo se lo voy a agradecer.

—Le diré, Juana; estoy dispuesto a correr los riesgos que hagan falta, pero al mismo tiempo, sólo los necesarios. Y por mí no quiero que quede nada olvidado.

Mostrándose amable, Marcial a su vez reconoció:

—Jacques, es usted un chico excelente.

—Gracias, Marcial.

—¡Es cierto! Y además... ¡Un explorador excelente! Está usted en todo.

—Cuídese de esas galletas. Deben quedar bien envueltas en esa lona para protegerlas de la humedad.

—¿Y yo qué puedo hacer, Jacques?

—Dos cosas, y por este orden, Juana; vaya a ver a don Felipe y sus amigos para avisarles que emprendemos la marcha al caer el sol.

—¿Tanto tardarán en prepararlo todo?

—No, pero no es conveniente partir antes.

—¿Por qué, Jacques?

—Hace mucho calor y tendríamos que remar.

—Pero la embarcación dispone de vela. ¡La vi!

—Cierto; pero la brisa no soplará lo suficiente hasta salir del recodo donde está situada esta población. Dos millas más arriba de San Fernando, el río vuelve a ensancharse y al llegar allí la podremos utilizar.

—¡Lo dije! —aprobó Marcial—. Está en todo.

—Soy cartógrafo y he hecho muchas mediciones sobre estos terrenos. Por cierto que los mapas dicen poca cosa sobre esta zona; está poco explorada.

Creyó adivinar la inquietud en los ojos de la muchacha y al instante se esforzó en aclarar:

—Me refiero desde un poco más al norte hacia arriba, claro.

—Dijo que me ordenaría dos cosas, Jacques. ¿Cuál es la otra?

—Que sea buena chica y se quede con don Felipe y sus amigos, hasta la hora de partir.

—¡Pero es que yo quiero ayudar! ¿Por qué tengo que quedarme allí con esos geógrafos,

escuchándoles siempre discutir sobre el Orinoco, el Guaviare o el Atabapo?

—¿Qué tiene de malo eso? Es una charla muy instructiva.

—¡Pero a mí me aburre!

—Siempre será más prudente que andar por ahí.

No olvide que estamos muy lejos de la civilización y que en poblaciones tan apartadas como ésta, pueden ocurrir muchas cosas desagradables.

Jacques Helloch hizo una pausa, antes de añadir:

—Sobre todo, siendo una mujer... ¡Y blanca!

Sin dejar de empaquetar los víveres, Marcial sonrió a la muchacha al indicar al joven y comentar:

—¿Qué te parece, querido «sobrino»? Cuando fingías que eras un muchacho, tenía que cuidar de ti y siempre te quejabas de mis sermones y consejos, ¿no? Pues ahora tienes ade-

más otro vigilante. ¡Y parece más severo que yo!

—Pero más joven... ¡Y menos gruñón, cascarrias!

Al quedar solos los dos hombres, el joven cartógrafo quedó sorprendido al oírle decir a Marcial:

—Lo que le dije antes era en serio, muchacho.

—No sé; no recuerdo.

—Eso de que es un buen muchacho.

—Le costó trabajo aceptarlo, ¿verdad, amigo?

—Hombre, yo...

—Se pasó más de la mitad del viaje, desde que nos conocimos, soltándome resoplidos y pretendiendo siempre prohibir a Juana que hablase conmigo y Germán.

—Entonces las cosas eran distintas. Nadie sabía que era una mujer y debía vigilar. El menor descuido...

—No siga, Marcial. ¡Lo sé!

—Voy a decirle algo, Jacques. ¡Le gusta a usted!

—Acertó sólo a medias, porque no sólo me gusta. ¡La quiero!

—¡Sopla!

—Y se lo he confesado porque...

—¡Siga, hombre, siga!

—Bueno; porque si no encontrásemos a su padre, tendría que ser a usted a quien le pidiera que ella y yo...

—¡Alto, jovencito! Yo no soy de la familia de los Kermor. No estoy autorizado para consentir una cosa así.

Pero Jacques Helloch ya se había desahogado confiándole a alguien su secreto y se sentía aliviado.

Desde aquel instante, incluso pondría mucho más interés en todo.

MILAGRO Y FELICIDAD PARA TODOS

Caía la tarde cuando, en la parte norte del embarcadero de la población de San Fernando, cuatro hombres, los tres geógrafos y hasta el gobernador, se despedían de los otros cuatro expedicionarios.

Impulsivamente Juana de Kermor había depositado un beso amistoso en las mejillas de aquellos hombres, sintiendo húmedos los grandes ojos negros al manifestar:

—¡Nunca les podré olvidar, amigos míos! Han..., han sido todos muy buenos y muy pacientes conmigo.

Don Felipe quiso quitar solemnidad a la despedida, e incluso para contener su propia emoción bromeó al estrechar la manaza de Marcial:

—Si alguna vez un amigo necesita una buena «niñera», no dude que le recomendaré a usted, Marcial.

El ex sargento sonrió, pero devolvió la broma al prometer a su vez:

—Y si yo alguna vez sé de algún río no explorado, le llamaré, don Felipe.

—¿Y a nosotros qué? —fingió enfadado don Varinas.

—¡No, por Cristo! —rechazó Marcial—. Si aviso a los tres, se pasarían el tiempo discutiendo.

Cuando los tres hombres y la mujer ya estaban embarcados, agitando los brazos la despedida se hizo general:

—¡Adiós y suerte!

—¡Ojalá encuentren al comandante Kermor, o alguna pista sobre él!

—¡Gracias, Excelencia!

—¡Adiós, amigos!

Las primeras millas remontando el río, Jacques y Germán tuvieron que utilizar los remos, en espera de encontrar la brisa una vez el Orinoco volviese a alcanzar su normal anchura,

rebasados aquellos recodos próximos a la población de San Fernando.

Y fue precisamente al alcanzar aquellas latitudes cuando, en el silencio de la noche y ya utilizando la vela, la mujer confesó:

—Tengo miedo. ¿Y si ese bandido localiza a mi padre antes que nosotros?

—Lo que yo no me explico es por qué tenemos que viajar por la noche. Llevo casi un siglo escuchando que por el Orinoco no se debe hacer y ahora...

—Sé que no es normal, y hasta si quieren más arriesgado —argumentó Jacques—. Pero el viaje en sí, ¿no lo es ya?

Nadie respondió lo que todos sabían y el joven cartógrafo añadió:

—Por eso decidí que un riesgo más no era nada, sobre todo si de él podemos sacar algunas ventajas.

—Dígalas —retó Marcial.

—La primera: como los quivas andan re-vueltos y merodean por la selva, hay una posibilidad más de pasar sin que nos vean.

—¡Uf! Esos salvajes tienen buena vista y mejor oído, mi joven amigo.

—No lo olvido, Marcial. Pero por la noche, para dirigir sus flechas por fuerza tienen que hacerlo con más dificultad, y nosotros tenemos ventaja con los rifles.

—Y además, como estarán cansados de vigilar el río durante todo el día, a estas horas estará más descuidada su guardia —apoyó Germán.

Mirando a los dos amigos alternativamente, Marcial comentó:

—Por lo visto, ustedes dos estaban de acuerdo.

—No lo dude, Marcial. Jacques y yo siempre tomamos las decisiones juntos.

Jacques Helloch quiso franquearse del todo e informó:

—Les espera otra sorpresa.

—¿Cuál, Jacques? —se impacientó la muchacha.

—Antes de amanecer, dejaremos bien escondida la piragua.

—¡Diantre! —estalló Marcial—. ¿Piensa que hagamos el recorrido a pie?

—Es lo mejor. Lo más prudente.

—¿Pero y esos condenados indios quivas?

—Nos buscarán por el río, no atravesando la selva.

—¡Es arriesgado!

—Sólo con riesgo se ganan las grandes batallas, ¿no, Marcial?

—¡Cierto! Pero esto es muy distinto y con Juana...

—¡Resistirá! Es joven y animosa, amigo. Lo ha demostrado muchas veces.

—Sí, pero si fuera un muchacho...

—¿Cuántas veces nos dijo que olvidásemos que era una mujer? —recordó Jacques, para que sirviera de reto a la muchacha—. ¡Pues le llegó la hora de demostrarlo!

Reinó el silencio, hasta que la voz femenina aceptó:

—¡Lo haré, Jacques!

—Lo sabía, Juana. Por eso Germán y yo trazamos este plan, calculando que la sorpresa puede ser la forma más segura de acercarnos a la misión del padre Esperante. Una vez cerca de Santa Juana estaremos seguros, porque los indios no suelen atacar las misiones.

—¿Ni esos rebeldes quivas?

—Ni éstos, Juana. Saben que en las misiones hay vida organizada y los nativos que se acogen a ellas saben defenderse muy bien. ¡Incluso que muchas veces cuentan con armas de fuego!

—¡Dios le oiga! —deseó Marcial.

Horas después, todo fue saliendo según la hábil estrategia trazada por los dos expertos exploradores, aunque tuvieron que someter a sus dos amigos a una marcha agotadora cruzando la selva, precisamente en unas horas de intenso calor, cuando generalmente hasta las

alimañas más salvajes se ocultan y reposan huyendo del sol abrasador.

Jacques Helloch llegó incluso hasta prohibir toda charla para ahorrar el máximo de energía, limitándose a recordar retadoramente a la muchacha cuando parecía vacilar sobre la ruta que seguían:

—¿No dijiste tú misma en casa del gobernador que Germán y yo éramos dos excelentes exploradores?

—Sí, pero...

—¡Pues confía!

Alguien ha escrito que para el ser humano nada hay imposible. Que hay caminos que conducen a todo: que si consiguiésemos voluntad suficiente contaríamos siempre con suficientes medios. Y eso fue lo que pasó con aquellos cuatro seres que pusieron toda su voluntad en conseguir su objetivo: la misión de Santa Juana fundada muchos años atrás por el padre Esperante.

La sorpresa fue de los nativos de la propia misión cuando uno de los indios cruzó la gran explanada flanqueada por simétricas chozas al anunciar, corriendo hacia un religioso:

—¡Padrecito, padrecito! ¡Una mujer y tres hombres vienen hacia aquí!

—¿Por la selva? —se extrañó el misionero—. ¡Imposible!

Hasta que al fin, el ansiado pero dilatado encuentro iba a tener lugar, aunque ocurrió de la forma más inesperada. Y ello porque los cuatro expedicionarios habían llegado hasta allí con la esperanza de encontrar algún rastro o noticia que les pudiera llevar hasta el desaparecido comandante Kermor, cuando quedaron en la gran explanada de la misión y su fundador acudió a recibir a los viajeros silenciosamente rodeado de todos sus indios, el asombradísimo Marcial exclamó con su recio vozarrón, incapaz de contenerse:

—¡Por Dios vivo! Pero... ¡Pero si es mi jefe! ¡Es el comandante Kermor!

A su vez, quien decía ser el padre Esperante también reconoció:

—¡Marcial! ¡Es... es un milagro!

Los dos hombres corrieron a la vez hasta quedar frente a frente, bastando tan sólo un instante para identificarse por completo. Jacques y Germán se acercaron a la muchacha que como en sueños miraba a aquellos dos hombres fundirse en estrecho abrazo, y aunque pretendió sonreír viéndoles, saltar de gozo y alegría como si fueran dos chiquillos, la honda y profunda emoción que sintió la hizo llorar.

Y con las lágrimas, una palabra que brotó de lo más íntimo de su ser:

—¡Padre! De...debe ser mi... padre...

Y habría seguido llorando de no ver que el buen Marcial literalmente tiraba del otro hombre para llevarle ante ella, a la par que proclamaba lleno de gozo:

—¡Ahí la tiene, mi comandante! ¡Ella es el milagro! ¡Porque milagro es que haya tenido tanta voluntad y decisión para arrastrarme has-

ta aquí, siempre anhelando encontrar a su padre...!

—¿Mi hija...? —casi fue incapaz de pronunciar aquel hombre.

—Sí, comandante Kermor. ¡Su hija! Que no murió en aquel naufragio y que ha cruzado medio mundo para reunirse con usted.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Yo creí que también había muerto y quise abandonar el mundo, ingresando años después en un convento español, sin decir nada a nadie... Tiempo más tarde solicité ir a misiones y...

—¡Padre mío! —sollozó la muchacha.

Ni el rudo soldado que había sido el sargento Marcial pudo sustraerse a la honda emoción de aquel encuentro. Sintió que la vista se le nublaba, pero como en el fondo se sentía invadido por una alegría que le haría explotar si no gritaba, alzando ambos brazos se puso a vitorear, animando a todos los presentes incluyendo a los indígenas:

—¡Viva el comandante Kermor! ¡Viva su hija Juana! ¡Viva Francia! ¡Viva yo, qué caray! ¡Y viva todo el mundo! ¡Ja, ja, ja!

Cuando dejó de besar y abrazar a su hija, el ahora padre Esperante no quiso ser menos en lo tocante a las explosiones de buen humor, y pasando uno de sus brazos por los hombros de la muchacha gritó:

—Frene sargento o reventará. Veamos si no ha olvidado la disciplina... ¡Atención...! ¡Firmes!

Un enérgico taconazo fue la respuesta del ex sargento, quien tras cuadrarse y saludar militarmente bramó:

—¡A la orden, mi comandante!

Todos los indígenas que había en la explanada miraban la escena silenciosos, pero cuando vieron a Marcial en aquella postura, sin saber por qué les hizo mucha gracia y empezaron a reír. Las carcajadas se hicieron contagiosas; había indios que hasta se retorcían, lo que em-

pezó a escamar a Marcial que algo perplejo opinó:

—¿Qué les pasa a estos bellacos, mi comandante? ¡Veo que no les enseñó mucha disciplina!

—¡Ah, mi buen Marcial! Puede que tengas razón, pero sí les enseñé otras muchas cosas. ¡En ellos deposité todo el amor que el destino no me permitió ofrecer a los míos!

—Ahora podrá hacerlo, señor —osó indicar Jacques.

Nada más oírle Juana les presentó, aunque después de pronunciar el nombre de Germán, al instante se puso a contar que Jacques le había salvado varias veces la vida, que era un hombre muy valiente, inteligente y eficaz, hablando con tanto calor y vehemencia del joven cartógrafo que, buen buceador de almas, el misionero se atrevió a adivinar:

—¡Ah, hijita mía! Presiento que tú sí has tenido a quien querer y que no tardaré mucho en tener que bendecir vuestra unión.

—¡Padre! —se ruborizó la muchacha—. Yo..., yo... ¡Bueno, tenemos de tantas cosas que hablar...!

Aquel mismo día se habló largo y tendido de todo, olvidando incluso el cansancio y la fatiga de los cuatro viajeros y abordando problemas que, de cualquier manera, necesitarían de más calma, más sosiego y sobre todo de más profundas reflexiones.

Los mismos indígenas parecían también muy contentos de ver a su «padrecito» risueño y feliz, y ellos mismos dispusieron los alojamientos que los cuatro viajeros debían ocupar. Cuando al fin todos se retiraron a descansar y el poblado parecía disfrutar de total calma, los silenciosos pasos del misionero francés le llevaron bajo la noche estrellada y cruzando la solitaria explanada camino de su lugar preferido, bajo un frondoso árbol varias veces centenario que el ex comandante Kermor había elegido como altar.

Y allí, clavándose en el infinito del cielo los ojos de aquel hombre, la noche y las estrellas le escucharon musitar:

—¡Gracias, buen Dios! ¡Mil gracias, Señor...! Pero sigue dándome fuerzas para continuar aquí. Mi vida ya está trazada, porque aquel naufragio marcó mi rumbo. Nombré a esta misión Santa Juana en honor a mi hijita... He leído en sus bellos ojos que será feliz con ese Jacques Helloch... Y yo debo serlo continuando mi tarea. ¡Estos hombres también me necesitan!

* * *

Días después la felicidad fue completa en la apartada misión de Santa Juana, cuando llegaron hasta allí importantes noticias. Los hombres del gobernador de San Fernando habían capturado al bandido Alfañiz, desarticulando la banda de rebeldes indios quivas que se habían desperdigado por la selva, tras sufrir en el enfrentamiento una seria derrota.

Por otra parte, discutida, pero al fin decidida la permanencia del comandante Kermor en la misión utilizando el nombre de «padre Esperante», Jacques Helloch creyó llegado el momento de hablar con Juana de lo que más anhelaba su corazón.

—Debo presentar nuestro trabajo al Gobierno francés —argumentó el joven cartógrafo—. Tú debes decidir si vendrás con Germán y conmigo a París, cariño.

—Iré, Jacques... Pero cuando mi padre haya bendecido nuestro matrimonio.

—¡Gracias, Juana! ¡Me haces muy feliz!

—¡Y tú a mí, amor mío! Creo que, por más soberbio y peligroso que sea el Orinoco, nunca podré arrepentirme de haber realizado este viaje tan accidentado, pero tan emocionante.

—¡Sí, Juana! ¡El nos ha proporcionado la felicidad!